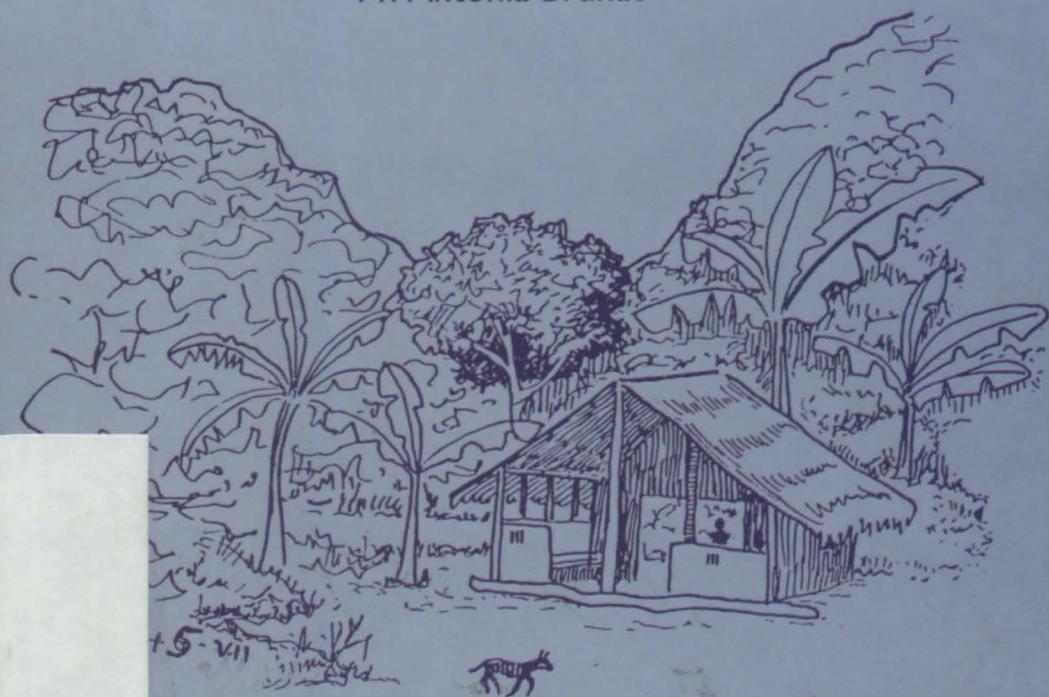


CUENTOS DE LOS FANG DE

Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M^a. Antònia Brunat



+5-vii

Ritu durtiu
mudable
mudable

Ex-libris.
Lacina
Creus i.B. 

CUENTOS DE LOS FANG
DE
Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M.^a Antònia Brunat

CUENTOS DE LOS FANG
DE
Guinea Ecuatorial

Ilustraciones de
FERNANDO EVITA



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
EDICIONES

EDITADO EN EL MARCO DE LOS
PROGRAMAS DE COOPERACIÓN
CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
ESPAÑOLA CON GUINEA ECUATORIAL
MALABO, 1991

**Ilustración portada
de Emilio Guinea**

© Jacint Creus y M.^a Antònia Brunat
Ediciones Centro Cultural Hispano-Guineano.
Apdo. 180 - Tel.: 2720
MALABO (R. Guinea Ecuatorial)

ISBN: 84-7232-609-8
Depósito Legal: M. 25.091-1991

Producción: EDIMUNDO, S. A.

Impreso en EDIGRAFOS, Edison, B-22
Polígono Industrial San Marcos
GETAFE (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I

El lector que se sitúa frente a esta colección de *Cuentos de los fang de Guinea Ecuatorial* debe tener en cuenta que tanto el tratamiento de los textos como los criterios de selección y de publicación se atienen en todo a lo dicho en la colección de *Cuentos de los ndowe de Guinea Ecuatorial*, publicada asimismo por el Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo. Pretendemos que este preámbulo no sea mera repetición de aquello.

Sentada la premisa de que todos los supuestos teóricos aplicados a los cuentos de los ndowe pueden, asimismo, aplicarse a los de los fang, añadiremos que ello solamente es comprensible a partir de una caracterización de los mecanismos de producción y de difusión de los cuentos tradicionales; y que dichos mecanismos provocan que muchas veces nos encontremos ante versiones distintas, parecidas o equivalentes —según las circunstancias de los informadores— de los mismos cuentos.

El lector encontrará dentro de la presente colección, igual que sucedía en la anterior, cuentos que se parecen mucho. La misión de los autores es seleccionar con algún criterio; y el nuestro ha sido el de respetar al máximo las distintas versiones que nuestros informadores nos han ido proporcionando; también hemos rechazado, aunque no siempre, las que eran prácticamente idénticas; y hemos intentado integrar lo que solamente eran variantes concretas. Todo ello, con la finalidad de que el lector pueda percibir con más claridad aquel proceso, aquellos mecanismos.

El conjunto de 106 cuentos que componen este repertorio será suficiente, creemos, para tal menester. Cuentos que se encuentran agrupados por ciclos; y, sucesivamente, por grupos de temas y por versiones, dejando siempre al final de cada grupo las más vacilantes y las que parecen calcos procedentes de otras culturas.

Cabe añadir que las grabaciones de dichos cuentos se llevaron a cabo a lo largo del curso escolar 1986-1987, y se completaron durante el verano de 1989. Ello nos ha llevado a recorrer todo el territorio continental de Guinea, escuchando cuentos de todo tipo; y de labios de muchas personas que tuvieron la amabilidad de compartir con nos-

otros su tiempo y su sabiduría. Personas fang procedentes tanto de zonas okak, como de zonas ntumu, como de zonas de inmigración. De entre los cuentos que finalmente publicamos, los hay de los siguientes informadores:

- *Carlos Edjang Aseko*, de 47 años, maestro procedente de Koro, en el distrito de Niefang.
- *Domingo Mba Ekomo Monayong*, de 39 años, procedente también de Koro.
- *Jerónimo Mansogo Mba Mange*, de 66 años, procedente de Ansem, en el distrito de Kogo.
- *José Nsue Ona*, de 75 años, jefe tradicional de la tribu eseng en Ebebiyín.
- *José Obiang Owono*, de 20 años, estudiante procedente de Mongó, en el distrito de Niefang.
- *Juan Matogo Esono*, de 56 años, conductor procedente de Mbiralem, en el distrito de Ebebiyín.
- *Martín Ndong Mbene*, de 82 años, procedente de Oveng, en el distrito de Nsork.
- *Pedro Matogo Nandongo «Ote»*, de 21 años, estudiante procedente de Bata.
- *Salvador Ela Nkogo*, de 89 años, procedente de Ndjakom, en el distrito de Bata.
- *Susana Biagule*, de 75 años, procedente también de Mongó.

Depositarios de la memoria popular de su pueblo, debemos expresar desde aquí nuestro agradecimiento a todos ellos: por su colaboración desinteresada y amable, y por tantos momentos llenos de interés que pudimos pasar con ellos, en las casas de la palabra de tantos pueblos.

II

El mecanismo de producción y difusión de los relatos provoca no solamente versiones de un mismo cuento, sino un continuo trasvase de versiones entre culturas próximas, hasta alcanzar dimensiones universales: por ejemplo, el cuento número 77 («La lanza mágica») es una extrapolación de un cuento ndowe de Ugula (ciclo de Ndjambu), cosa que aumenta nuestras sospechas de que se trate de un personaje en

trance de afianzamiento entre los ndowe (efectivamente: los calcos interculturales apenas afectan a personajes perfectamente fijados y estereotipados, tales como Ilombe, Ngwakondi, Ngwalezie, etc.). Otros cuentos tomados de los ndowe pueden ser el 79 («El hombre que vivía en un árbol»), el 51 («La tortuga y los demás animales»), o el 39 (en el episodio en el cual el leopardo, que se simula muerto, es descubierto por la tortuga cuando ésta le regala una chaqueta llena de hormigas carnívoras), etc.

Hasta qué punto podemos decir que son los fang los que han copiado los cuentos ndowe, y no al revés, es prácticamente imposible. Quizás pudiéramos tomar como punto de referencia cuál de las dos culturas ha fijado con mayor precisión unos personajes o unas situaciones. En tal caso, deberíamos suponer que este último ejemplo es más fácilmente atribuible a los fang puesto que, como veremos, en sus cuentos se fija más el personaje de la tortuga y su oposición al leopardo. Y también tendríamos alguna muestra del caso contrario: el cuento 84 («Salvado de la muerte»), por ejemplo, es extraordinariamente parecido al único cuento ndowe del ciclo de Ndjambu donde Ilombe desarrolla un papel lleno de connotaciones negativas. ¿Es que los fang, al tratar de producir una versión propia de un cuento ndowe, han equivocado los nombres? ¿Se trataría en realidad de un cuento sobre la mujer mala? ¿O son los ndowe los que han calcado un cuento fang, y por eso no se compagina bien con sus propias estructuras?

Las influencias entre culturas propiamente cercanas, como la fang y la ndowe, provocan notables interferencias. Lo mismo sucede con culturas más lejanas, especialmente si en algún momento histórico se ha producido un contacto. Pese a esta afirmación, los rastros de cuentos europeos son muy escasos entre los cuentos fang: no aparecen, por ejemplo, caballos voladores ni otros elementos medievalescos, fuera de la figura del rey, muy borrosa aunque constante. En cambio, es muy apreciable la influencia de los cuentos árabes. El motivo de la roca que se abre ante una determinada consigna («¡Ábrete, Sésamo!»), tan característica del cuento de Alí Babá, se repite en los cuentos 55 («El brujo Mengiri-Mengiri y los fantasmas del bosque»), 106 («Ubeti»), 29 y 36 («La tortuga y el leopardo»).

Y, volviendo a los cuentos europeos, debemos citar algunas similitudes tales como la que se da entre el cuento número 80 («El cazador solitario y la mujer antílope») y nuestra Blancanieves, o entre el cuento número 105 («El monstruo del río») y las versiones europeas de la leyenda del caballero de San Jorge.

III

Podríamos citar más similitudes; pero, igual que en la anterior colección, más que ser exhaustivos nos importa que el lector pueda reflexionar sobre algunas de las características de los cuentos que va a leer, y que aprecie el funcionamiento de los relatos.

En este sentido, hemos de llamar la atención sobre algo que es consustancial a la narrativa oral: el hecho de depender de la memoria de cada narrador provoca una serie de recursos mnemotécnicos que se concretan en la creación de unos estereotipos: personajes determinados que van tomando forma, en la literatura popular, creándoseles unos rasgos y unas maneras de actuar determinadas, y dando lugar a unas estructuras narrativas precisas.

Dentro de los cuentos fang, el ciclo más original corresponde al personaje llamado Beme (Beheme o Biom, en otros repertorios: véase especialmente: Constantino Ocha'a Mve Bengobesana, *Tradiciones del pueblo fang*, Madrid, 1981).

Beme y su mujer Obula son, efectivamente, dos personajes exclusivos de la literatura fang, y perfectamente estereotipados: Beme es un personaje de carácter dependiente, glotón y obsesionado por la superioridad de su mujer. Obula aparece siempre como la mujer de carácter que pega a su marido, descubre sus trampas y le ayuda en momentos de especial apuro; cuando no es así, aparece la figura de su hijo mayor, Mba Beme, que se encarga de ayudar a su padre.

Un ciclo de cuentos, sin embargo, no se caracteriza solamente por haber fijado unos estereotipos. Los personajes tipificados, además, desarrollan pautas de actuación que también, con el tiempo, se van estereotipando. Entonces resulta muy fácil, para cualquier narrador, no solamente recordar el cuento ante su público, sino también crear cuentos nuevos del mismo estilo. Mientras que el público se familiariza y se identifica con los personajes y las situaciones, pese a saber cómo terminará todo.

El funcionamiento del ciclo se cierra con la atracción, hacia sus características prefijadas, de otros cuentos. Lo cual da lugar a variantes y adscripciones vacilantes, que denotan modernidad en la atribución o procedencia exterior.

En el caso de Beme y Obula, y seguramente por razones azarosas, solamente hemos recogido ocho versiones. Sin embargo, se trata de un ciclo muy consistente, puesto que tiene una estructura perfectamente fijada que se basa en estos motivos:

- Salida de Beme al bosque para cazar.
- Encuentro maravilloso con algún manjar inesperado acaparado por un ser extraordinario.
- Robo de dicho manjar por parte de Beme.
- Vuelta a casa y aptitud egoísta del protagonista, que no quiere compartir la comida con su mujer.
- Nueva salida al bosque y situación comprometida para Beme, que puede derivar en dos posibilidades:
 - o bien recibe una paliza; en este caso, regresa a casa y sale de nuevo al bosque con su mujer, provoca que sea ésta la que reciba una nueva paliza y, una vez descubierta la trampa o el engaño por parte de Obula, ésta devuelve a Beme la paliza recibida;
 - o bien recibe una amenaza de muerte (igual que en el caso anterior, por parte del mismo personaje extraordinario que anteriormente había sido víctima de Beme); en tal caso, es Obula la que consigue burlar tal amenaza o bien Mba Beme, el hijo mayor, si es que Obula decide que es mejor marcharse y dejar que afronte solo la situación: Mba Beme acude siempre en el último momento, cuando Beme está a punto de sucumbir.

Obsérvese que en cualquier ocasión resulta vencedora la mujer. El caso resulta curioso en una narrativa popular como la fang, en la cual cualquier personaje femenino que aparece con características de superioridad respecto al marido es acusado de brujería y, una vez evidenciada ésta, abandonado por el marido (véanse, por ejemplo, los cuentos 63, «Mba y la mujer de carácter», y 64, «Una mujer que mandaba demasiado»).

Por otro lado, existe también en el ciclo de Beme una denuncia constante de un elemento que es característico del comportamiento social en el África Central: el hecho de que muchas de las prohibiciones que tienen que soportar las mujeres se deban a intereses caprichosos de los hombres, que quieren asegurarse así, en exclusiva, algún bien. Citemos como ejemplo este pasaje del cuento número 3, «El egoísmo de Beme»: *«Obula estaba preparando la comida. Beme le dijo: “No voy a comer lo que has preparado, sino este paquete de comida que he encontrado. Tú no puedes comer de él, porque se trata de un manjar prohibido para las mujeres”. En realidad, en el paquete había pescado y otras cosas muy apetitosas, que Beme no quería compartir»*. Este egoísmo que excluye a la mujer es severamente castigado en los

cuentos del ciclo de Beme, que finalmente termina escarmentando... hasta el cuento siguiente.

Sea como sea, lo cierto es que el de Beme es el único ciclo realmente fijado, estereotipado, entre los cuentos fang. Es también el que da a los cuentos fang un sello de originalidad similar al que otorga a los cuentos de los ndowe el ciclo de Ndjambu.

IV

Queda, como es natural, el ciclo de los cuentos de animales, que los cuentos fang comparten con muchas otras culturas y sobre el cual volveremos más adelante. Pero de la misma manera que en los cuentos ndowe existían los ciclos de Ndjambu, de los cuentos de animales, y otros ciclos menores, y fuera de la agrupación en ciclos apenas quedaba ningún cuento, entre los cuentos fang la característica más notable es la dispersión.

Dispersión que se nota incluso en cuestiones tan anecdóticas como los nombres de los personajes. Frente a unos pocos nombres propios pertenecientes a los cuentos ndowe, entre los fang hay montones de ellos: Ada'a, Ange'e, Alongbiselako'o, Biso'o, Cosboy, Dresok, Eli, Elibobe, Elimoana, Fuesong, Jambo, Mangi, Mba, Mengiri-Mengiri, Milang, Mokulu, Mongonam, Ndo, Ndong, Nguema, Ngo, Nzimi, Obambo, Okuku, Ona, Ondo, Osambot, Ote, Pichichi, Roge, Sakina, Susa, Tumba'a-Bingas...

De ellos, solamente uno parece haber obtenido algunos rasgos estereotipados, que pueden suponer el embrión de un próximo/futuro ciclo: se trata de Mengiri-Mengiri, adiestrado por su padre en la brujería tradicional. En tal caso, solamente serían de adscripción segura los cuentos 54 («El brujo Mengiri-Mengiri y los fantasmas del bosque») y 55 («Mengiri-Mengiri, el pequeño brujo»), mientras que sería de adscripción probable el cuento 53 («Los fantasmas del bosque»). Las atribuciones las podemos hacer, como es lógico, por las semejanzas de estructuras. Ya observará el lector que, aun así y a pesar del escaso número de adscripciones, se trata en realidad de dos estructuras diferentes, lo cual refuerza la tesis de que se trata de un ciclo poco desarrollado y relativamente moderno; mientras que la estereotipación del personaje viene señalada sobre todo por el hecho de tratarse de un tipo excepcional entre los de su especie: por este procedimiento podríamos

adscribir a este pequeño ciclo el cuento 56 («Un chico huérfano»), que cumple las características de Mengiri-Mengiri, aunque el protagonista reciba ahora el nombre de Nguema; la atribución de un nombre tan vulgar, sin embargo, queda neutralizada por la excepcionalidad del muchacho brujo, que *«siguió asistiendo a las reuniones de los brujos, aunque no mataba ni se comía a nadie»*.

Otra estructura que se repite la encontramos en los cuentos 57 y 58: la brujería de la suegra provoca situaciones parecidas, en las que la víctima debe ser la nuera; o las sucesivas nueras, dada la maldad de la bruja. De todas maneras, se trataría de un ciclo tan menguado que también podemos pensar en un calco de versiones. Y ello es constante en un recorrido lector por los cuentos de los fang: más que estructuras repetidas, fuera de los cánones tradicionales del cuento maravilloso descritos por Vladimir Propp, más que ciclos de cuentos, encontramos temas recurrentes.

Y quizás sea precisamente la brujería uno de esos temas recurrentes a los que acabamos de hacer referencia: como si los cuentos pretendieran avivar un miedo ancestral, los brujos aparecen continuamente en la narrativa popular de los fang. Brujos y brujas a los que se atribuye la capacidad de efectuar cualquier tipo de mal, el daño más ruin, y que poseen sus poderes gracias a una transmisión directa por vía familiar. El cuento mantiene y refuerza los miedos seculares; aunque siempre existe un remedio, porque rara vez la brujería acaba triunfando. Una constatación se impone: el brujo aparece en los cuentos, igual que en la realidad cotidiana de los fang, como algo muy borroso, delimitado de una manera poco clara.

Éstas podrían ser algunas de las características de un brujo, a partir de los cuentos:

- Son asesinos que perpetran sus crímenes tras una planificación colectiva.
- Practican el canibalismo; véanse los cuentos 74, 55, 61 y 62, especialmente este último, en el que los padres de una familia hambrienta se proponen comerse a sus hijos, que huyen al bosque. El episodio es comparable a otros cuentos europeos donde, sin embargo, la insinuación de canibalismo se encuentra dentro del bosque y no es el motivo de la partida de Ote y Susa (¿Hansel y Gretel?). El único momento en que una acusación de canibalismo no se relaciona con un brujo es en el cuento 45 («La mujer y los animales del bosque»), donde tal pretensión corre a cuenta de un fantasma.
- Pueden transformarse en seres distintos: ello ocurre, por

ejemplo, en los cuentos 61 («La bruja que comía cadáveres») y 67 («Los tres hermanos»).

- Finalmente, y como ya hemos indicado, sus poderes pueden llevarles a habitar en lugares extraordinarios tal como sucede en los cuentos 63 y 64 ya citados, en los que la mala mujer (bruja, sin duda) vive de noche en una butaca situada en el mismo centro del sol.

Todo ello es una caracterización nebulosa, bastante distante de la meticulosidad con que los ndowe, por ejemplo, caracterizan a sus fantasmas. Y quizás se deba, como ya hemos dicho, a reminiscencias de la vida cotidiana, de las creencias tradicionales. En este sentido, un buen ejemplo de resumen de tales creencias nos lo proporciona el cuento número 59 («Los brujos y el curandero»); por cierto que nuestro informador se negó en redondo a grabar dicho cuento en lengua fang, por temor a represalias. Lo cual nos conduce de nuevo a sospechar que, a pesar de la pretensión de no veracidad que atribuimos a los cuentos tradicionales, la gente sí cree en la existencia de determinados seres que en ellos aparecen.

En cualquier caso, y comparando nuevamente cuentos fang y cuentos ndowe, la inexistencia por parte fang de un ciclo parecido al de Ndjambu y la intensa presencia del fenómeno de la brujería van, en los cuentos fang, en menoscabo del personaje del fantasma. La maldad ya está encarnada en los brujos. Y a pesar de que en los cuentos fang se dan apariciones en sueños, presentes también en las creencias populares; y a pesar de que también aparecen fantasmas, su frecuencia es tan cierta como un desdibujamiento general de sus características:

- Son personajes malvados que no retroceden ante el rapto, el asesinato o el canibalismo.
- Pueden tener muchas cabezas, dos ojos (dando a entender que esta característica es excepcional), o tomar apariencias diversas.

Un muchacho anónimo, en el cuento 53 («Los fantasmas del bosque») y Mengiri-Mengiri en el 54 («Mengiri-Mengiri, el pequeño brujo») encuentran una manera divertida de hacerles frente y rescatar a sus víctimas: dejar que el fantasma les engulla cuando van armados de un objeto cortante y, una vez en su interior, hacer uso de ese objeto hasta darle muerte. El motivo de la supervivencia en el estómago de otro es muy frecuente (recuérdese a «Caperucita Roja», sin ir más lejos) y forma parte del poso común de las literaturas tradicionales.

Pero soluciones de este tipo nos hacen añorar a los fantasmas de los ndowe, derrotados y detenidos por el curso del río, motivo que nos remonta al mito del agua como separación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, ya presente en el antiguo Egipto (en cambio, el mito de la ciudad sumergida aparece en los cuentos 27, 60, 70 y 101).

La abundante presencia de elementos de brujería da lugar y se completa con una gran prolifidad de seres y objetos maravillosos o mágicos: un hombre que lleva las tripas fuera; una mujer antilope; un monstruo del río, de un solo ojo; un pez que habla; un pájaro maravilloso; un extraño enano; un gigante que por su nombre, Banyam, nos acerca seguramente al mundo de las leyendas...

La lista de objetos mágicos es mucho más larga: una lanza mágica; un objeto no descrito de marfil; una escoba; unas hojas mágicas capaces de resucitar a un muerto; una cajita; una mesa, un caballo escualido y una porra; una bola; un anillo mágico; un bolígrafo que escribe solo; el diente de un león; un brebaje preparado; un perro; un envuelto; una crema embellecedora; una reliquia...

El universo de los cuentos de los fang, por tanto, resulta menos estructurado que el de los ndowe; en contrapartida, sin embargo, es mucho más diversificado; y en él tiene una intervención más destacada el elemento irreal.

Uno y otro coinciden en expresar a través de los cuentos dos de las grandes preocupaciones de cualquier cultura: la búsqueda de comida para alimentarse y la sexualidad:

Cuentos en los cuales la búsqueda de alimentos constituye un elemento importante lo son los que llevan los números 62, 81, 85, 86, 90, 91, 93 y 95, entre los que no hemos adscrito a ningún ciclo concreto; más todos los del ciclo de Beme; más los siguientes del ciclo de los animales: 21, 22, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 40, 41, y otros en los que la importancia del tema es más relativa.

En cuanto a temas relacionados con la sexualidad: la búsqueda de pareja es primordial en los cuentos 9, 15, 33, 42, 47, 56, 57, 58, 60, 61, 63, 65, 69, 70, 72, 75, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 89, 95, 97 y 105; la fidelidad matrimonial se encuentra presente en los cuentos 65, 88, 89 y 102, además de en la mayoría del ciclo de Beme. Otros temas, de carácter raro o escabroso, son menos frecuentes: extraños embarazos (cuento 82), casamientos entre hombres y animales (cuentos 46 y 47, en los cuales una mujer se casa con la tortuga), etc.

El alimento y la sexualidad, por tanto, vuelven a ser los temas recurrentes más habituales en esta nueva colección de cuentos.

V

Debemos señalar, finalmente, que los cuentos fang comparten con todas las culturas un ciclo dedicado a los animales. Para dicho ciclo son válidas también las reflexiones que hacíamos en la introducción a los *Cuentos de los ndowe de Guinea Ecuatorial*. Y, en todo caso, podemos añadir algunas concreciones:

En primer lugar, el número tan elevado de cuentos de animales que contienen los cuentos fang, seguramente relacionado con la escasa fijación de otros ciclos: aunque debemos volver a señalar que la frecuencia, en nuestro caso no es pertinente, 44 cuentos en una colección de poco más de un centenar son muchos cuentos.

Hablando comparativamente, de entre un número tan elevado de cuentos sobresale una característica: el hecho de que muy pocos, al contrario que en los cuentos ndowe, estén poco elaborados: dentro de los ndowe existe un número muy grande en que, a partir de una oposición entre animales rivales, se da cuenta de las razones de dicha rivalidad. Dentro de los cuentos fang también existen oposiciones de animales: gallo/mosca, perro/gato, tigre/antílope, Mban/akaat, primates/cangrejo, enkulungu/antílope. Pero estas oposiciones no siempre explican algo tan primario como la rivalidad entre ambos animales: muchas veces la rivalidad es inventada aparte de la realidad (el avestruz que seduce a las hembras del antílope, por ejemplo): y, finalmente, existe un subgrupo dentro del ciclo destinado a explicar el origen de ciertas realidades observables, donde la explicación no siempre parte de una rivalidad: a veces se explica como un favor, otras como una ampliación de conocimientos y otras, efectivamente, como el resultado de una rivalidad que no siempre es antagónica.

Una mayor elaboración de los cuentos se nota también en el hecho de que el personaje de la tortuga está bastante más estereotipado. Sus aventuras con el leopardo, otro de los personajes centrales, no parten ya de la necesidad de comer, sino que son fruto de la imaginación: la tortuga piensa la manera de fastidiarle, de matarle, de comerle, de engañarle. Y la trama que desenvuelve el relato se mueve por consideraciones mucho más reflexionadas e imaginativas que en los cuentos de los ndowe. El personaje, por tanto, queda más fijado, con lo que las sorpresas son menores: siempre cumple con su misión y, por ejemplo, raramente se empareja con animales distintos, a no ser que se trate de demostrar que es el más inteligente de todos. No aparecen, por tanto, en los cuentos fang, aquellos emparejamientos entre la tortuga y animales no estereotipados que podían terminar venciendo. Incluso es

superior al mismo hombre (cuento 46) y puede permitirse valerse de terceros animales para derrotar a su gran contrincante: en tales casos acude al león y al cocodrilo, este último siempre en segundas secuencias, que son tan fieros como el mismo leopardo.

¿Significa esto que los cuentos del leopardo y la tortuga son más antiguos entre los fang que entre los ndowe? La respuesta es arriesgada. En cualquier caso, lo que sí parece seguro es que no puede ser al revés.

Quedan en el tintero dos consideraciones respecto de este grupo de cuentos: En primer lugar, nos ha parecido mejor traducir la palabra «nze» por «leopardo». En la mayoría de cuentos transcritos hasta ahora se ha venido traduciendo por «tigre», que es otra posibilidad cierta. Creemos, sin embargo, que «leopardo» se ajusta más a la realidad guineana y al sentido exacto que aquí se le da. Algo parecido sucede, en lengua ndowe, con la palabra «roo», traducible igualmente como «leopardo» y como «tigre».

Finalmente, la enorme consistencia del grupo del leopardo y la tortuga acentúa sin duda el efecto de atracción de muchos otros cuentos hacia sus características. Así se explican versiones en las que aparece el león, por ejemplo, y otras que el lector encontrará. El efecto de atracción, o de centrifugado, denota no solamente la consistencia del ciclo, sino también su antigüedad y su posición privilegiada entre los cuentos fang.

VI

El libro se cierra con la transcripción de veinticinco de los cuentos en la lengua fang original. Se trata de los veinticinco primeros que grabamos, y de ahí su extraño desorden. La tradición de escritura fang en Guinea Ecuatorial tiene ya una cierta fijación; y la seguimos, especialmente, a partir del libro normativo que goza sin duda de mayor difusión (Rafael María Nze Abuy, *La lengua fân o Nkobo fân*, Barcelona, 1975). Los aspectos positivos de dicho libro son numerosos; como personas que desde el exterior nos interesamos por las lenguas guineanas, no podemos dejar de señalar la necesidad de abordar una descripción lingüística con criterios bantuyistas y referida al conjunto del área lingüística.

Debemos agradecer el esfuerzo de *Román Nguema Akono Nchama*, bibliotecario del Centro de la UNED en Bata y profesor del Instituto

Politécnico de aquella ciudad: a él se deben, exclusivamente, estas transcripciones en fang, y es él el único al que cabe atribuir este mérito.

Y un reconocimiento final a la paciencia de nuestros lectores. Esperamos, con esta pequeña introducción, haber contribuido a aumentar su curiosidad y haber conseguido para ellos una primera aproximación a los cuentos de este libro. Buena lectura y felices cuentos.

Torelló (Barcelona), noviembre de 1990.

PRIMERA PARTE

**EL CICLO DE LOS CUENTOS
DE BEME**

1. EL EGOÍSMO DE BEME

Un día, Beme salió hacia su bosque de aguacates. Vio un antílope, y pudo cazarlo. También apresó un puerco espín. Beme estaba contento: pensaba en la comilona que podría darse, y en que su mujer no probaría bocado porque el bosque era solamente suyo. Efectivamente, de vuelta a casa, Obula le preparó la comida. Y Beme lo comió todo¹.

Al día siguiente, Obula fue a la finca. Todo lo que consiguió lo utilizó para dar comida a sus hijos y para comer ella, sin darle nada a Beme: «La finca es mía», le dijo. Y, a pesar de que Beme aquel día no había cazado nada, no quiso darle ni un bocado.

Beme, otro día, se dirigió de nuevo al bosque. Observó que de un árbol caían toda una serie de animales comestibles; y que una gran mano los iba recogiendo. Beme se acercó; pero con tan poca prudencia que esa misma mano le agarró. Se trataba de una especie de monstruo, que metió a Beme en su pipa.

El pobre Beme observó que el monstruo tenía una herida en la pierna y le preguntó: «¿Qué has venido a hacer aquí, con esta herida que tienes?». Antes de que terminara de hablar, el monstruo le agarró y le sacudió una soberana paliza. Al dejarle, Beme apenas podía andar. Cuando regresaba renqueante a casa, iba pensando: «Ya he encontrado a alguien que puede pegar a mi mujer», puesto que Obula era muy fuerte y Beme no podía con ella.

Al llegar a casa, Beme contó a Obula que había encontrado un árbol lleno de animales comestibles; y que por la mañana irían los dos a buscarlos. Cuando, al día siguiente, se acercaban al árbol, Beme dijo que quería comprobar sus trampas, y se alejó. Obula vio que, ciertamente, en el árbol había muchos animales comestibles; pero también se dio cuenta de que una mano los iba recogiendo y los metía dentro de una gran pipa. Así que protestó: «¡Oye, tú! Deja estos animales, porque éste es el bosque de mi esposo Beme».

¹ A lo largo de los cuentos, Beme irá prohibiendo a Obula que coma atangas, aguacates, yuca, antílope y puerco espín. El efecto que se quiere lograr es más evidente y se refuerza por el hecho de que se trata de alimentos muy habituales.

Al instante, el monstruo la agarró por el pelo y empezó a darle una buena paliza. Mientras tanto, Beme decía: «No te preocupes, Obula, que yo también voy a pegarle». Pero, en realidad, estaba sacudiendo con un palo un montón de hojas que había preparado.

Sin embargo, sucedió que el monstruo dejó libre a Obula. Y Beme, mientras tanto, continuaba golpeando aquel montón de hojas. Obula se situó detrás de su marido y exclamó: «Vaya, Beme, ¿me dan una paliza y te quedas tan tranquilo? Ahora sabrás lo que es bueno». Y, cogiendo a su hombre por el cuello, le dio tal paliza que al pobre Beme no le quedaron ganas de volver a engañar a su mujer.

2. EL MAL CARÁCTER DE OBULA

Obula era más gorda, más alta y más fuerte que Beme. Por eso, cada vez que Beme no actuaba correctamente Obula le pegaba una buena paliza. Beme ya estaba harto de la situación, y pensaba la manera de poder terminar con las palizas que regularmente recibía.

Un día salió al bosque que le había dejado su padre. El bosque se llamaba «nfin metia»¹. Vio que un fantasma estaba encima de un árbol del pan, y que echaba al suelo los frutos que iba arrancando. Beme empezó a recoger los frutos y echó a correr. Desde lejos, empezó a gritar: «Este es el bosque que mi padre me dejó. Solamente yo puedo sacarle provecho». El fantasma quería comérselo, pero estaba demasiado gordo para seguirle. Beme regresó a casa y se comió todos los frutos antes de que llegara Obula.

Al día siguiente, Beme regresó al bosque. Y vio a un hombre debajo de un árbol que da picantes. Aquel hombre tenía una gran pipa, y todos los picantes que cogía los depositaba en la pipa. Beme gritó: «Este bosque me lo dejó mi padre, y soy el único que puedo sacarle provecho». El hombre no podía soportar los gritos, de manera que cogió a Beme y, con un palo, le dio tal paliza que lo dejó medio muerto.

Al regresar a casa, la insistencia de Obula no sirvió para que Beme contara nada de lo sucedido. Solamente le dijo: «Mañana me acompañarás al bosque de mi padre para recoger unos picantes».

A la mañana siguiente, Beme y Obula se dirigieron al bosque. Cuando ya se acercaban al árbol en cuestión, Beme se hizo el despistado: «Ve tú delante; yo recogeré unos frutos de este otro lado y regresaré para ayudarte». Se apartó e hizo un paquete con hojas secas y ramas pequeñas.

Obula llegó, mientras tanto, al árbol de los picantes. Y observó cómo aquel hombre los cogía y se los metía en la pipa. Al instante se enfadó y empezó a gritar: «Este bosque se lo dejó a mi marido su difunto padre. Nadie más que él debe sacarle provecho». Los gritos de

¹ Bosque de aguacates.

Obula molestaron mucho al hombre, que cogió un palo y empezó a pegarla duramente.

Obula lanzaba auténticos alaridos e imploraba la presencia de Beme: «¿Dónde te has metido? ¡Ven aquí y sácame de encima a este loco!». Pero Beme no acudía en su ayuda, recordando las palizas que su mujer le había propinado: empezó, con otro palo, a pegar al paquete de ramas y hojas que se había hecho. Y dijo: «Obula, ahora mismo no puedo ir. También yo estoy pegando a la mujer de ese hombre». Y siguió golpeando al paquete.

Cuando el hombre de la pipa se cansó de pegar a Obula, la dejó ir. Obula acudió al lugar donde estaba Beme, y le sorprendió golpeando al paquete. Se lanzó sobre él, le arrebató el palo y empezó a sacudirle con toda convicción, hasta dejarle baldado.

Regresaron a casa. Y, cada vez que Beme no actuaba correctamente, su mujer Obula le propinaba una soberana paliza. Beme no había conseguido solucionar su problema, y no tenía fuerzas para devolverle los golpes.

3. EL EGOÍSMO DE BEME

Beme vivía en un pueblo con su mujer Obula. Su egoísmo era tan grande, que incluso decía que era el dueño del bosque porque su padre se lo había dejado; cuando sabemos bien que el bosque es de todos.

Un día, se adentró en aquel bosque y encontró una casa que parecía deshabitada. Dentro, sobre la lumbre, había un paquete de comida. Oyó una voz que decía: «Míralo, pero no lo comas». Beme se asustó un poco y miró por todas partes. Al no ver a nadie, se acercó al paquete y lo tocó. De nuevo se oyó la voz, que decía: «Tócalo, pero no lo comas». Beme volvió a mirar por todos lados. Y, al no observar la presencia de nadie, lo cogió. La voz apuntó: «Cógelo, pero no lo comas». Beme salió corriendo de la casa y regresó a la suya.

Obula estaba preparando la comida. Beme le dijo: «No voy a comer lo que has preparado, sino este paquete de comida que he encontrado. Tú no puedes comer de él, porque se trata de un manjar prohibido para las mujeres». En realidad, en el paquete había pescado y otras cosas muy apetitosas que Beme no quería compartir.

A la mañana siguiente, Beme volvió al bosque. Vio de nuevo aquella casa, pero pasó de largo por temor a ser castigado por su fechoría. Más adelante había un fantasma en lo alto de un árbol del pan¹, que iba arrancando los frutos y los echaba al suelo: «Uno, dos, tres...». Beme miró a lo alto del árbol y observó que era un fantasma muy gordo. Entonces cogió todos los frutos y empezó a correr gritando: «¡Fantasma barrigudo, voy a comerme tus frutos!». El fantasma quiso perseguirle, pero su obesidad no le permitía correr y le perdió de vista.

De vuelta a casa, Beme mostró los frutos a su mujer, y le dijo: «Son frutos prohibidos para las mujeres; así que solamente voy a comerlos yo». Su mujer se enfadó mucho, pero por temor a un hechizo no los probó.

Al día siguiente, Beme quería asistir a la fiesta de unos funerales que se celebraban en el pueblo vecino. Había mucho trabajo en casa, y

¹ El fruto de este árbol tiene una consistencia parecida a la del pan, por lo que se suele traducir su nombre así. Suele tomarse frito.

Obula se opuso. Beme prometió a Obula que, mientras ella fuera a la finca, él se encargaría del trabajo de la casa. Pero, en cuanto su mujer estuvo fuera, salió para el otro pueblo donde se celebraba la fiesta.

Al llegar allí, vio a un hombre que llevaba un sombrero con un árbol encima. Le gustó mucho. Tanto, que se dirigió a la multitud con estas palabras: «Mi padre, al morir, me dejó aquel sombrero. Y ahora veo que aquel hombre me lo ha robado. Haced que me lo devuelva». El hombre, por no buscar pelea, accedió a darle su sombrero; pero le puso un ungüento para que no se lo pudiera quitar de la cabeza. Beme regresó a su casa, pero no pudo entrar en ella.

Cuando Obula volvió de la finca, se enfadó mucho al ver que Beme había ido a la fiesta. Como no podía entrar en la casa, la mujer optó por cortar el árbol con un machete, y Beme prometió que al día siguiente se ocuparía de la casa.

Pero, al día siguiente, se repetía la fiesta en el otro pueblo, y Beme también acudió. Al entrar en el pueblo, vio a un hombre con una gran nariz. Le gustó mucho y se dirigió a la multitud: «Mi padre me había dejado esa gran nariz, y ese hombre me la ha robado». El aludido se le cedió por no tener que pelearse con aquel gallito, pero igualmente puso un ungüento para que no se la pudiera quitar más.

Y sucedió que, a partir de entonces, cada vez que intentaba comer, la nariz no le dejaba: todo se lo comía ella. De manera que Beme se moría de hambre y se volvía cada vez más delgado; mientras que la nariz engordaba y engordaba.

Hasta que Obula decidió acabar con aquella situación: cogió un machete y le cortó la nariz al pobre Beme; que, además de quedarse sin nariz, recibió una gran paliza por haber desobedecido a Obula. A partir de entonces, escarmentó y realizó las tareas que le tocaban.

4. BEME, EL COMILÓN

Obula tenía una finca de caña de azúcar, y cada tarde llevaba unas cuantas cañas a Beme. Éste consideraba que debía traerle más, y no estaba muy satisfecho.

Un día, llamó a Obula y le dijo: «Coge a nuestro hijo y vete del pueblo hasta la noche; porque esta tarde habrá mesing¹ y no quiero que lo presenciéis». Obula se fue e, inmediatamente, Beme se dirigió a la finca de Obula y cogió una gran montón de cañas.

Las llevó al pueblo y las peló. Se las comió en un santiamén y, para que su mujer no sospechara, dividió los restos que habían quedado en tres montones más pequeños; los situó en cada extremo del pueblo y en el centro, cubiertos con hojas de plátano, y al instante se llenaron de moscas.

Beme cogió una tumba y empezó a tocar, gritando y armando mucho ruido; tanto, que los montones de moscas empezaron también a revolotear y a armar un ruido infernal. Desde muy lejos, Obula oyó toda esa algarabía y creyó que, efectivamente, se celebraba un mesing.

Vencida por la curiosidad, decidió regresar al pueblo para verlo. Y, al descubrir el engaño de Beme, se acercó a él y le pegó una gran paliza, no cesando hasta que Beme le pidió perdón.

¹ Espectáculo de lucha entre dos individuos que deben intentar derribarse mutuamente.

5. EL EGOÍSMO DE BEME

Beme vivía con su mujer Obula en un pueblo. Había heredado de su abuelo un bosque de aguacates, y a menudo se acercaba hasta allí pensando que era de su propiedad.

Un día, observó que encima de uno de sus aguacates se encontraba un ser feo, de gran cabeza y cuerpo alargado¹ que le estaba robando los frutos y los echaba al suelo. Sin ningún temor, Beme cogió un saco y fue metiendo dentro de él los frutos que aquel ser había arrancado. Con el saco lleno, se separó un poco del árbol y le gritó: «Amigo, este bosque es mío. Así que me llevo la fruta. Muchas gracias por haberme ahorrado el trabajo».

El extraño ser se enfadó mucho. Pero el gran peso de su cabeza no le dejaba correr y no pudo perseguir a Beme. Éste llegó contento a su casa, y entregó los aguacates a su mujer para que preparara una buena comida. Y añadió: «Esta fruta está prohibida para las mujeres. No la toques para nada». Así fue cómo Beme se pegó un buen banquete mientras Obula no podía probar ni un bocado.

Al día siguiente, Beme se metió en el bosque y llegó hasta un pueblo. Entró en la casa de la palabra, donde había un bulto; y al ver que nadie le observaba, cogió el bulto y le dio la vuelta. Entonces el bulto empezó a hablar: «Hoy no comerás nada», decía. Beme estaba sorprendido. Dio otra vuelta al bulto, y éste le repitió la misma frase: «Hoy no comerás nada». Beme se metió en una cocina y cogió un poco de yuca, mientras el bulto seguía hablando: «Por mucha yuca que cojas, hoy no comerás nada».

Beme cogió el bulto y la yuca, los metió en su saco y se marchó corriendo. El ser extraño del día anterior se encontraba en el tejado de la casa de la palabra e intentó en vano su persecución. Beme llegó jadeante a casa. Lo entregó todo a Obula y le ordenó de nuevo que no probara bocado puesto que se trataba también de comida prohibida.

Al día siguiente, Beme estaba convencido de que todo había sido pura ilusión. Volvió al mismo lugar y, entre la maleza, oyó que una voz le preguntaba: «¿Quién eres?»). Beme levantó la suya para respon-

¹ Se trata de un ser fantástico al que los fang llaman «koko'ó».

der: «¿Quién es el que se atreve a hacerme preguntas en mi bosque?». Y descubrió que era un hombre que tenía el cuerpo lleno de cuernos. Le persiguió un rato hasta que llegaron a un lugar donde se había excavado un agujero en el suelo.

El cornudo le dijo: «Beme, ésta será tu tumba. De manera que ya puedes decirme cuándo quieres morir». Beme no vaciló: «Dentro de diez años». Entonces el cornudo se enfadó: «¿Crees que voy a esperar diez años sin poder comer? Date un tiempo razonable, si no quieres que te mate ahora mismo». Beme, atemorizado, musitó: «Dentro de dos días». El cornudo se sentía satisfecho: «Vete, entonces. Dentro de dos días acudiré a tu casa para darte muerte».

Beme regresó a casa inquieto y aterrizado. Su mujer Obula, después de escuchar atentamente su historia, no quiso compadecerse de él ni ayudarlo: «Me voy con nuestro hijo pequeño; dentro de tres días, cuando todo haya pasado, ya regresaremos». Y se fueron. Beme estaba desconsolado. Su hijo mayor también se encontraba fuera, de viaje. Si regresara a tiempo, podría ser su salvación.

Al cabo de los dos días, el hombre cornudo apareció en casa de Beme. Éste le suplicó que, antes de matarle, le dejara comerse al gallo de la casa. El hombre accedió y Beme hacía las cosas tan lentamente como podía: persiguió al gallo, se le escapó varias veces, lo volvió a coger, lo mató, lo desplumó... y empezó a cocinarlo. El cornudo perdía la paciencia: «Date prisa, Beme, que yo también quiero comer».

Beme seguía perdiendo el tiempo. El cornudo se enfadó y ya iba a arremeter contra Beme, cuando se oyó la voz del hijo mayor que regresaba de su viaje: «Papá, ¿dónde estás?». El cornudo intentó impedir que Beme contestase, pero éste se escabulló y empezó a gritar: «Estoy aquí, hijo, y quieren enterrarme vivo. ¡Ayúdame!». El cornudo desapareció en el acto. Y el hijo mayor, tras escuchar la historia de su padre, le tranquilizó: «Ese hombre cornudo no volverá más por aquí». Regresaron a la casa, y allí encontraron ya a Obula y al hijo pequeño que habían regresado.

O sea, que Beme pudo recuperar a su familia. Y aprendió que no debía ser tan egoísta ni tan glotón.

6. BEME Y EL HOMBRE CORNUDO

Beme vivía en un pueblo con su mujer Obula. Su hijo mayor, Mba Beme, había salido de viaje. Y él se adentró en el bosque para cazar.

De pronto oyó un ruido que parecía que venía de una nube, y algo cayó al suelo haciendo: «¡Brrr! ¡Brrr! ¡Brrr!». Beme se asustó mucho y se agachó. Y vio que había un gran agujero cavado en el suelo. Pensó: «El que ha hecho este agujero tiene que ser alguien inteligente, porque en el suelo ha dispuesto cuchillos y machetes afilados».

En aquel momento oyó una voz que decía: «Has descubierto mis trampas, y tendrás que morir». Beme se levantó y vio a una especie de hombre con el cuerpo lleno de cuernos. Le dijo: «Si quieres comerme, vendré aquí mismo dentro de un año: mataré un gallo, lo comeré y regresaré a este sitio para que me comas».

El hombre cornudo no estuvo de acuerdo en esperar un año para comer. Y Beme, con tal de evitar que se lo comiera allí mismo, fue rebajando el plazo. Y quedaron de acuerdo para la semana siguiente.

Cuando Beme regresó a casa, Obula notó que le pasaba algo raro. Después de mucha insistencia, él lo contó todo; y su mujer le regañó: «¡Qué tonto has sido! Cuando llegue el momento, cogeré a nuestros hijos y me marcharé lejos de aquí»¹. Pero Beme esperaba la vuelta de Mba Beme, porque creía que el cornudo no se atrevería con los dos.

Cuando llegó el día señalado, el hombre cornudo apareció en casa de Beme para llevárselo. Entonces Beme empezó a perseguir al gallo, puesto que habían acordado que primero podría comérselo. Pero al mismo tiempo que lo perseguía, lo espantaba: para dar tiempo al regreso de Mba Beme. Hasta que el cornudo se cansó, cogió al gallo, lo mató y lo metió en la olla.

Beme empezó a buscar los cacahuets para cocinarlo. Simulaba que no sabía dónde estaban, y los traía uno por uno al lugar donde se cocía el gallo. El hombre se impacientó, se levantó y encontró todos los cacahuets que hacían falta para cocinar. Cuando el gallo estuvo pre-

¹ El mutis de Obula prepara la vuelta, con el tiempo justo, de Mba Beme. La fortaleza que se le supone a la mujer no deja otra opción a la presencia del hijo mayor.

parado, Beme lo comió muy despacito, perdiendo todo el tiempo posible.

Cuando terminó la comida, el hombre lo cogió y lo llevó al lugar del bosque donde tenía las trampas. Le ató las manos y le desnudó. Beme protestaba: «¿Es que vas a hacerme sufrir? Mátame deprisa y cómeme». El hombre le explicó que, para matarle, tenía que cornearle. Así que le dispuso en un lugar.

Pero cada vez que el cornudo le embestía, Beme se separaba del sitio donde le había dispuesto, de manera que siempre erraba la embestida. Hasta que, por fin, apareció el hijo, Mba Beme, gritando: «¡Padre, padre, vengo a salvarte!».

El hombre cornudo se dio cuenta de que no podría vencer a los dos juntos, y marchó corriendo, adentrándose en el bosque. Y Beme pudo regresar sano y salvo a su pueblo.

7. BEME, OBLUA Y EL ENANO DEL BOSQUE

Beme había ido al bosque, y allí encontró a un enano lleno de orugas comestibles. Empezó a sacárselas para poder comer; y, al llegar a coger la que tenía en la nariz, el enano se enfadó y le pegó. Beme llegó a casa y contó a Obula lo que le había ocurrido. Ésta se rió de él, y Beme decidió que al día siguiente saldrían juntos al bosque.

Al acercarse al lugar donde vivía el enano, Beme ordenó a Obula que siguiera, mientras él iba a comprobar las trampas que había dejado preparadas. Obula encontró también al enano lleno de orugas; y, al intentar quitárselas, el pequeño hombre empezó a pegarle una gran paliza. Obula llamaba a su marido desesperadamente; y éste removía las hojas exclamando: «No puedo ayudarte, porque a mí también me están pegando». Aquella noche fue Beme el que se rió de su mujer.

Más adelante, Beme volvió a encontrar al enano subido a un gran árbol. Se encontraba junto a una colmena. Y, como no tenía ninguna bolsa donde guardar la miel, se sacó el estómago y allí la fue metiendo. Beme estaba asombrado. Cuando el enano terminó la operación, se le acercó y le pidió un poco de la miel que había conseguido. El hombre pequeño accedió, después de que Beme le asegurara que acababa de llegar y que no había visto cómo la guardaba. Al alejarse con la miel, Beme se rió del hombrecillo: «Lo he visto todo, he descubierto tu secreto». Y su mujer le regañó: «No debes buscarte enemigos, porque puede ser que intenten matarte».

Al día siguiente, Beme encontró de nuevo al enano: estaba cavando agujeros para atrapar animales. Beme intentó de nuevo mofarse de él, y le preguntó con aire socarrón: «A ver si también cavas mi propia tumba». El enano replicó al instante: «Tú lo has dicho. Mañana, a esta hora, vuelve; y te prepararé la tumba para que puedas morir inmediatamente». Ahora, Beme ya no se reía. Estaba aterrorizado, y su mujer tampoco le daba opción: «De hecho, has sido tú el que se lo ha propuesto. Ahora debes cumplir tu palabra».

Pasó la noche en vela, y por la mañana llamó a su mujer y prepararon una caja llena de palos y de piedras. Apareció más tarde el enano, y le preguntó: «¿Ya has decidido dónde quieres tener la tumba?».

Beme le indicó el lugar preciso, y el enano cavó allí un gran agujero. Entonces Obula se dirigió al enano: «Hay que asegurar que mi marido será enterrado en un lugar cómodo. De manera que, antes de matarle, debes probar que su tumba lo es».

El enano se metió en el agujero para comprobar su comodidad. Y en aquel momento Beme y Obula sacaron la caja y la emprendieron a golpes y a pedradas con el pequeñajo, hasta que murió. Obula, contenta por haber podido conservar a su marido, le dio una advertencia: «No debes buscar más aventuras». Y Beme le prometió que no regresaría al bosque durante mucho tiempo. Había escarmentado.

8. BEME Y EL LEÓN

Beme y Obula vivían en un pueblo donde se pasaba mucha hambre. Un día, Beme decidió ir al bosque que le había dejado su padre para ver si podía encontrar algo para comer.

Se adentró en el bosque como pudo, porque el hambre le hacía desfallecer. Y al cabo se durmió debajo de un atango¹. Se despertó al cabo de un rato, porque una atanga le había caído sobre la cabeza. Quiso cogerla para comérsela, pero la atanga empezó a saltar.

A Beme le extrañó mucho, y empezó a perseguir a la atanga. Y ésta, de salto en salto, le condujo a un pueblo desconocido. Entró en la casa de la palabra, y luego en otra casa vecina. Beme la iba siguiendo. Y en aquella otra casa encontró a dos ancianos que querían escuchar su historia.

Beme se lo contó todo; y los dos ancianos le indicaron una de las últimas casas del pueblo: «Entra allí y encontrarás a un hombre que podrá ayudarte. Dale este papel, que contiene las instrucciones de lo que debe hacer».

Beme, efectivamente, se dirigió a aquella casa. Y encontró allí a un hombre que le ofreció un tambor y le dijo: «Toma este tambor y llévate a tu casa. Cada vez que sientas hambre, golpéalo; y aparecerá toda la comida que desees».

Loco de alegría, Beme tomó el tambor, regresó a su casa y llamó a Obula para demostrarle lo que había conseguido: golpeó el tambor, y al instante aparecieron tres guardias que empezaron a golpearles, a él y a su mujer. Creían que iban a morir cuando Beme, en un esfuerzo supremo, consiguió golpear de nuevo el tambor y los tres guardias desaparecieron.

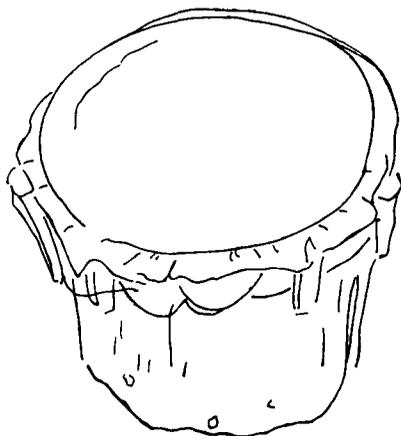
Al día siguiente, Beme se dirigió de nuevo al pueblo desconocido y explicó a aquellos ancianos lo que le había sucedido con el tambor. Los ancianos le dieron un nuevo papel con otras instrucciones. Y, al llegar a las últimas casas del poblado, Beme recibió un nuevo tambor.

¹ Árbol cuyas frutas, las atangas, tienen una cierta semejanza a las aceitunas. Suelen tomarse hervidas.

Al regresar a casa, lo golpearon. Y, efectivamente, apareció una enorme mesa llena de toda clase de comida. Beme, Obula y los niños comieron cuanto quisieron. Luego golpearon el tambor de nuevo y la mesa desapareció. Entonces Beme cogió el tambor y lo fue a esconder al bosque, quedándose dentro de la casa el otro tambor.

Así fueron pasando los días: la familia de Beme comía en gran abundancia, mientras que la otra gente del pueblo continuaba pasando hambre.

Un día, el hijo de Beme salió de la casa con un buen bocado de comida en la boca. El hijo del león le vio, y le preguntó de dónde conseguían tanta comida. El hijo de Beme se lo contó: «En casa tenemos un tambor: cuando lo golpeamos, aparece una mesa llena de comida. Luego, mi padre lo golpea de nuevo y la mesa desaparece».



El «ngoom» es uno de los tambores más frecuentes.

El hijo del león no tardó un minuto en contárselo a su padre, que se puso al acecho. Y, en cuanto vio que Beme y los demás salían de la casa, entró en ella y golpeó el tambor.

Al instante aparecieron los tres guardias, que le daban toda clase de golpes y de patadas. El león quería defenderse, pero los guardias eran muy fuertes y seguían golpeándole con toda su fuerza. Hasta que el león, que no sabía que el tambor bueno estaba escondido en el bosque, murió desangrado.

Por eso había perdido la vida el león: por robar; y también por no saber lo que estaba robando.

SEGUNDA PARTE

**EL CICLO DE LOS CUENTOS
DE ANIMALES**

II.a. CARACTERÍSTICAS DE UN ANIMAL

9. LA HISTORIA DEL PERRO

El perro vivía con su padre y con su familia hasta que, al hacerse mayor, se fue de viaje en busca de mujer para casarse. Pocos kilómetros más allá de su pueblo, encontró a una chica muy hermosa. Habló con ella, quedaron de acuerdo para celebrar la boda, y entró en su casa para dormir.

A la mañana siguiente, la madre de la chica tenía que ir a la finca. Así que pidió a la pareja que, mientras tanto, prepararan una calabaza para la comida. El perro iba troceando la calabaza y dejaba los pedazos en un plato. La chica, en cambio, cogía los pedazos y se los comía. El perro se cansó y se dirigió a la chica para decirle: «No está bien que te vayas comiendo los pedazos de calabaza. ¿Qué es lo que tendrá que cocinar tu madre si te lo estás comiendo todo?».

La chica se enfadó mucho y empezó a repetir: «¿Quién te ha dado permiso para decirme eso? ¿Quién te ha dado permiso para decirme eso?» Lo fue repitiendo hasta que murió. El perro estaba asombrado; y fue a la casa de la palabra, donde el padre de la chica estaba amontonando leña. Le explicó todo. El padre se enfadó por lo ocurrido, y le dijo: «¿Quién te ha dado permiso para decirle eso?». Y empezó a repetir esa frase, igual que la chica, y también murió.

Entonces, el perro acudió a la finca, donde estaba trabajando la madre, y le explicó lo sucedido. La madre se enfadó también muchísimo, y recriminó al perro: «¿Quién te ha dado permiso para decirles eso?». Y repitió la frase muchas veces, muriendo también.

El perro decidió volver a su casa. Por el camino iba encontrando gente. Y, si les contaba lo ocurrido, todos reaccionaban repitiendo: «¿Quién te ha dado permiso para decirles eso?». Y morían. De manera que el perro decidió no contar nada a nadie.

Al llegar a su casa, su padre se extrañó de que volviera solo y le preguntó: «¿Cómo es que no has traído a una mujer para casarte con ella?». El perro estuvo a punto de contar lo sucedido. Pero recordó

todas las muertes que aquella frase había provocado y solamente balbuceó: «¡Mmmmm mmmmm, guau, guau!».

Y, desde aquel día, el pobre perro ha dejado de hablar, por miedo a que nadie más pueda morir. Y solamente repite: «¡Guau, guau!»¹.

¹ Las características de un determinado animal no surgen de una rivalidad entre animales antagónicos. Resulta curioso constatar que también entre los ndowe la incapacidad del perro para hablar procede de su oposición a una mujer (véase el cuento 16 de aquella colección, «Ngwakondi y el perro»).

10. POR QUÉ LA TORTUGA TIENE CAPARAZÓN

Para protegerse del frío, la tortuga no tenía caparazón: solamente unas escamas. Lo que sí tenía era la envidia de muchos de los animales del bosque, que un día se reunieron para fastidiarla.

Pensaron que pondrían un buen puñado de maíz a hervir; y, para hacerle daño, se lo echarían encima. Así lo hicieron; y, cuando ya lo tuvieron a punto, uno de los animales fue a buscarla: «Ven con nosotros. El mono ha preparado una gran fiesta, y nos echará la comida desde el árbol en donde vive».

La tortuga se situó debajo de aquel árbol. Y el mono, en lugar de echar la comida prometida, le echó sobre la espalda el maíz hirviendo que había preparado; mientras que los demás animales no dejaban que se moviera.

Con el tiempo, aquel maíz se fue endureciendo. Y se convirtió en la concha que ahora tiene la tortuga para protegerse contra cualquier adversidad.

11. POR QUÉ EL PERRO TIENE EL MORRO ALARGADO

Vivían juntos todos los animales domésticos. El perro robaba los huevos de las gallinas y de los patos y se los comía. Hasta que un día el dueño de las gallinas, interesado en descubrir al ladrón, pasó la noche en vela.

Hizo un agujero alrededor del lugar donde cada gallina ponía sus huevos; y, dentro de cada agujero, puso una cuerda: de manera que el ladrón quedara atrapado.

El perro, desprevenido, al llegar la noche se dirigió a robar los huevos. Metió el morro en uno de los agujeros y el dueño, que estaba al acecho, tiró de la cuerda y se quedó colgado por el morro. El animal no podía gritar. Y el dueño seguía tirando de la cuerda, de manera que el morro se le fue alargando; hasta que, por fin, pudo escaparse.

Regresó a su casa. Y su mujer, al verle con el morro tan alargado, puso agua a hervir e intentó curárselo. Mas aquello no cedía, y la mujer exclamó: «Esto te ha pasado por querer robar los huevos de las gallinas. Y, como yo no quiero tener que vivir con un ladrón, te vas a quedar solo con ese morro tan largo». Y se marchó a otro pueblo.

Desde aquel día, el perro tiene el morro así.

12. POR QUÉ EL GORILA Y EL CHIMPANCÉ TIENEN EL CUERPO PELUDO

Los animales vivían en el bosque con sus familias. El gorila y el chimpancé estaban sin pelo, y los demás querían ayudarles a que lo tuvieran.

El elefante sugirió: «Que todos los animales que ya lo tienen se arranquen unos cuantos; y ya decidiré yo lo que haya que hacer con ese montón de pelos que vamos a conseguir».

Y efectivamente: el león, el leopardo... todos empezaron a arrancarse pelos y a dárselos al elefante. Éste pensó que si tiraba aquellos pelos al río, cuando el gorila y el chimpancé se bañaran quedarían con el pelo pegado al cuerpo.

Llamó a todas las familias y, para que los interesados no sospecharan nada, les ordenó que se bañaran en el río. Cuando todos los animales estaban bañándose, llegaron el gorila y el chimpancé. El elefante les mandó que cerraran los ojos, y aprovechó la situación para echar al río aquel montón de pelos. Luego echó al agua a los dos pelados, que al salir se vieron cubiertos de un pelo muy abundante.

Desde aquel día el cuerpo de los gorilas y de los chimpancés es tal como todos los conocemos: cubierto de pelo por todas partes.

13. POR QUÉ EL LORO PUEDE HABLAR

Todos los pájaros vivían en el bosque. El loro era muy presumido: se creía el más bello de los pájaros y no quería imitar la voz de nadie, porque estaba convencido de que la suya era la mejor y la más distinguida.

Todos los demás estaban hartos de esta actitud pretenciosa, y un día le acorralaron en el río: «Crees que puedes vivir sin aprender la lengua de los demás para entenderte con ellos, y no eres tan autosuficiente como piensas». Y empezaron a atacarle: le pisotearon, le dieron una buena paliza y le dejaron sin sentido.

Cuando se recuperó, fue a visitar a su padre para que le aconsejara. Éste le dijo: «Parece que te han dado fuerte. Para que jamás vuelva a ocurrirte algo parecido, voy a pagarte un largo viaje: irás por todos los pueblos y aprenderás todas las lenguas».

Y desde entonces hasta ahora, el loro tiene la capacidad de hablar y de imitar la voz de los demás.

14. POR QUÉ LA SERPIENTE NO TIENE PATAS

Los reptiles vivían en el bosque. Entre ellos se encontraba la serpiente, que no se arrastraba por el suelo porque tenía unas patas de tres centímetros. Pero los demás animales estaban hartos de ella, ya que siempre que podía les robaba lo que tenían. Hasta que decidieron cortarle las patas, para poderla alcanzar cuando les robara algo y para pegarle una soberana paliza.

Una noche, la invitaron a salir de caza. Todos los reptiles iban bien pertrechados: llevaban linternas y machetes. Cuando estuvieron en el interior del bosque, la rodearon y le dijeron: «Hace ya mucho tiempo que nos molestas con tus hurtos. Y esta noche la vas a pagar». Antes de que pudiera reaccionar, le cortaron las patas y la dejaron tendida en el suelo.

Cuando se recuperó, se arrastró hasta llegar a su casa. Al llegar allí, su madre le dijo: «Esto te ha pasado por robar a los demás. Si no te portas bien, es lógico que los otros te castiguen. Ahora tendrás que arrastrarte toda la vida, porque no hay curandero que pueda curar algo así».

Así es cómo la serpiente perdió las patas que tenía. Y desde entonces tiene que arrastrarse por el suelo.

II.b. OPOSICIÓN ENTRE DOS ANIMALES

15. EL PERRO Y EL GATO

El perro y el gato eran amigos y vivían en el mismo pueblo. Un día, se dieron cuenta de que ya eran mayores para buscar mujer, crear una familia y pensar en el futuro. Así que decidieron partir en busca de esposas.

Llegaron a un poblado vecino. Dos muchachas muy guapas salieron a recibirles, y les invitaron a su casa. El perro y el gato hablaron con los padres de las chicas, y éstos estuvieron de acuerdo en que se celebrara la boda. Mientras tanto, permanecerían en la casa.

Cada mañana, el perro y el gato se quedaban en la casa mientras que las dos chicas y la madre iban a la finca. Un día, la madre les pidió, a cambio de prepararles la comida, que la ayudaran en la finca. El perro y el gato la acompañaron, y empezaron a cortar árboles.

Al cabo de un rato, el gato empezó a decir: «Me están llamando del pueblo». El perro no oía nada, pero el gato insistía: «No puedo trabajar sabiendo que alguien me llama». Y regresó. Al llegar, entró en la casa y vio que había una olla llena de arroz. Comió un poco y volvió a la finca.

El perro le preguntó: «¿Quién te llamaba?». Respondió el gato: «Es que estaban bautizando a un niño y querían que lo apadrinara». Siguiendo el trabajo, el gato se cansó mucho. Y al fin quiso repetir la misma excusa: «Creo que hay alguien que me llama otra vez. Volveré enseguida». Se dirigió de nuevo al pueblo y se comió todo el arroz que quedaba. Llenó la olla de agua y la puso en el fuego. Luego regresó a la finca, contando que había tenido que apadrinar a otro niño.

Después del trabajo, el perro y el gato regresaron a casa. El perro pidió al gato que sacara el arroz del fuego y que lo sirviera, pero éste se negó. «¿No ves que mi mujer se dará cuenta de que soy cocinero y ya no me querrá?». El perro no comprendía lo que decía su amigo; así que sacó la olla del fuego y la puso sobre la mesa. Luego la destapó. Y, al ver que solamente había agua caliente, comprendió que su amigo le

había estado engañando y empezó a perseguirle. El gato, a toda velocidad, subió a un árbol; y el perro se quedó ladrando debajo de él.

Cuando llegaron los demás, el perro les pidió que le trajeran la olla y un tubo de goma. Con aquel tubo, cogió un poco de agua hirviendo y se la echó, soplando, al gato, dándole de lleno en los ojos. El pobre gato, cegado, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Pero entonces llegó la mujer del gato. Y, al ver a su marido en aquellas condiciones, cogió un machete; y, dirigiéndose al perro, le golpeó la cabeza y lo mató.

Ahí terminó la amistad del perro y el gato. Y, desde entonces, el perro tiene una señal en la cabeza; y al gato le cambian de forma sus pupilas.

16. EL GALLO Y LA MOSCA

El gallo y la mosca eran amigos y vivían en el mismo pueblo.

Un día, el gallo pegaba a su mujer¹; y la mosca, que estaba a su lado, no hizo nada para separarlos. Otro día, era la mosca la que pegaba a la suya; y el gallo acudió enseguida para que dejaran de pelear. Cuando el gallo volvió a pegar a su mujer, nuevamente la mosca se quedó con los brazos cruzados.

Entonces, el gallo se quejó a su amiga: «¿Cómo es que nunca nos separas? Quizás lo que pretendes es que yo acabe matando a mi mujer y me quede solo, mientras que tú te quedarás con la tuya». Pero la mosca le tranquilizó: «Eres mi amigo, y no dejaré de serlo por una pelea: aunque dejes de pegar a tu mujer y yo a la mía, seguiré siempre a tu lado».

Cuando el gallo se peleó nuevamente con su mujer, la mosca se le echó al cuello y no cejó hasta que estuvieron separados. Y, en lugar de volver a su casa, se quedó en el cuerpo del gallo, picándole la cabeza y aleteando a su alrededor.

Desde aquel momento, el gallo y la mosca van siempre juntos.

17. EL HIJO DEL ANTÍLOPE Y EL HIJO DEL LEOPARDO

El hijo del antílope y el hijo del leopardo se habían puesto de acuerdo para jugar juntos a la orilla del río. Mientras tanto, el padre del pequeño leopardo buscaba en vano a su hijo. Cuando por fin lo encontró, le preguntó: «¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando toda la tarde sin poder encontrarte». El pequeño respondió: «Estaba en la orilla del río, jugando con el hijo del antílope». El gran leopardo no daba crédito a lo que oía: «¿Jugando con la comida? ¿Es que no sabes que el antílope se come? La próxima vez que quedes de acuerdo con él, clávale las garras en el cuello; y de esta manera podrás traer comida para la familia».

También el antílope había estado hablando con su hijo: «¿Cómo puedes haber estado jugando con un leopardo, que es nuestro enemigo? Si alguna otra vez salís juntos, no te acerques a él por nada del mundo, porque te devoraría».

Cuando, al cabo de un tiempo los pequeños volvieron a encontrarse, el hijo del antílope se paró lejos de su amigo. El pequeño leopardo protestó: «¿Por qué te quedas tan lejos? Acércate más, y podremos jugar juntos». Pero el otro había aprendido bien la lección paterna: «Lo que tu padre te contó el otro día en la casa de la palabra, también el mío me lo ha contado. De manera que jamás podremos volver a jugar juntos». Y partió a toda velocidad.

El pequeño leopardo quiso perseguirle. Pero no pudo atraparlo, y volvió a casa con las manos vacías y el rabo entre las piernas.

18. UNA HISTORIA DE PÁJAROS

Hacía ya mucho tiempo que toda la comunidad de los pájaros del bosque vivía aterrorizada por la presencia de «Mban», la flecha.

El águila, jefe de todas las aves, las reunió y les dio estas instrucciones: «A partir de ahora, todos volaremos en pareja. De esta manera, si la flecha mata a alguno de nosotros su acompañante podrá venir a advertirnos su presencia».

Así lo hicieron. Pero un día el pájaro Akaat se encontró frente a frente con Mban. Fue tan de repente, que no tuvo más remedio que saludarle. Le propuso que fueran amigos. Mban aceptó, y le dijo: «Ya eres mi amigo. Dime cómo podré reconocerte». Akaat contestó: «Cuando te vea, te saludaré con este grito: ¡Kaar, kaar!».

Al cabo de un tiempo, Mban salió a cazar. Vio a un pájaro y le atacó. Luego se dio cuenta de que era su amigo Akaat y le dijo: «Mueres de una manera inútil. Si hubieras usado la contraseña que habíamos acordado, no me hubiera lanzado sobre ti».

Y así terminó la fugaz amistad entre dos enemigos que habían establecido un pacto¹.

¹ Se trata de un pacto que no tiene nada que ver con la observación primaria de la realidad. La gran elaboración de las fábulas fang es evidente.

19. EL GORILA, EL CANGREJO Y EL CHIMPANCÉ

El gorila y el chimpancé, que luchaban en un mesing para discernir cuál de los dos era el más fuerte, oyeron una voz que decía: «Vaya, vaya, siempre tenéis que pelearos». Miraron al suelo, pero no vieron a nadie y continuaron la pelea hasta que oyeron de nuevo aquella misma voz. Sorprendidos, empezaron a hurgar entre las hojas. Allí se había escondido el cangrejo rojo, que era el que había hablado; y, cuando vio que las grandes manos de los primates se acercaban a su territorio, con sus grandes pinzas les pellizcó a los dos.

Los primates chillaban de dolor y se fueron, así doloridos, a sus casas. Mientras que el cangrejo rojo contaba su hazaña a sus hermanos: «¿Cómo puede ser que hayas podido con el gorila y el chimpancé si a nosotros no nos puedes hacer nada?». El cangrejo pensó un poco, y al cabo respondió: «Es que vosotros tenéis una concha dura, mientras que aquellos animales de tierra tienen la carne blanda».

Los cangrejos rojos quisieron ver con sus propios ojos si todo aquello era verdad. Y, al día siguiente, acompañaron a su hermano hasta el lugar donde, nuevamente, gorila y chimpancé celebraban su mesing. El cangrejo volvió a provocarlos; y el gorila, indignado, quiso aplastarle con un gran golpe de su enorme mano. Pero el cangrejo, muy atento, se apartó a tiempo; y el gorila golpeó con fuerza un pincho que había justamente allí y se lo clavó. Herido y lleno de rabia, en brazos del chimpancé, el gran gorila fue llevado a curarse a su casa del bosque.

Los cangrejos rojos estaban orgullosos por su victoria, y corrieron a contar la hazaña a los cangrejos negros. Éstos escucharon la historia, incrédulos, y quisieron comprobarla.

A la mañana siguiente, cangrejos rojos y negros se acercaron al lugar donde habitualmente luchaban el gorila y el chimpancé. Pero el primero de los primates, herido en su mano y en su dignidad, no compareció.

Los cangrejos negros, entonces, se sintieron engañados y arremetieron contra sus congéneres rojos. Éstos les derrotaron después de una

ardua lucha y decidieron que los negros ya no vivirían con ellos en el río, sino en las tierras costeras.

Y, desde aquel día, las dos clases de cangrejos se han ido diferenciando más y más¹.

¹ Diferenciación que tiene su raíz, tal como narra el cuento, en una rivalidad en la que los cangrejos negros no han tenido nada que ver. También aquí parece haberse producido una fusión entre dos historias.

20. LAS MUJERES DEL ANTÍLOPE

Todos los animales habían decidido vivir juntos en el bosque. Sin embargo, el antílope no había seguido a los demás, porque quería vivir solo.

Una mañana se fue, dejando solas a sus mujeres. Entonces apareció por allí el pájaro enkulungu¹, que les preguntó dónde estaba su marido. Ellas le respondieron: «Ha ido a la montaña, a disputar un ayab con la tortuga». Y, efectivamente, el antílope y la tortuga estaban disputándose los frutos de aquel hermoso árbol.

El pájaro enkulungu, entonces, exclamó: «¿Cómo es posible que se haya ido sin despedirse?». Y empezó a bailar el balele llamado «banjam».

Las mujeres del antílope, entusiasmadas, bailaban con él. Y a partir de entonces, deseosas de bailar con el pájaro, se fueron con él y abandonaron al antílope.

¹ Especie de pelicano.

II.c. LA TORTUGA Y EL LEOPARDO

21

El leopardo y la tortuga eran amigos. Tenían que ir a la celebración de un funeral, y la tortuga aconsejó: «Por si acaso a la vuelta no tenemos bastante comida, más vale que dejemos las trampas preparadas». Y, efectivamente, se puso a trabajar y dejó las trampas en los lugares en que solía disponerlas.

El leopardo, en cambio, mucho más perezoso, aquel día no quiso trabajar. Asistió a la fiesta, bailó y bebió hasta muy avanzada la noche. Quiso regresar a casa. Pero iba tan borracho, que no recordó que su amiga había dejado las trampas preparadas, cayó en una de ellas y quedó tan malherido que murió al cabo de poco rato.

Murió tontamente, por no haber seguido el consejo prudente de la tortuga.

El leopardo y la tortuga eran amigos y cazaban juntos. Pero mientras que el leopardo cazaba con toda facilidad, la tortuga siempre regresaba de vacío y su familia empezaba a pasar hambre.

Un día, le pidió ayuda al antilope, y éste la condujo hasta un lugar desemboscado, donde había un pozo y dentro de él un extraño animal. Éste regaló un anillo mágico a la tortuga, que debía complacer todos sus deseos. La tortuga se lo llevó a casa, lo puso encima de la mesa y pensó un solo deseo.

A partir de entonces, cuando salía de cacería con el leopardo, era ella la que se llevaba la parte mejor: porque gracias al anillo había conseguido saber una lengua que atrae a los animales. De manera que le propuso un trato al leopardo: «Yo me quedaré todos los animales que tengan un agujero debajo de la cola». Cada vez que cazaban algún animal, el leopardo le levantaba la cola esperando que se lo pudiera quedar. Pero siempre regresaba de vacío, mientras que la tortuga regresaba a su casa cargadísima de toda clase de piezas.

Hasta que un hombre pasó cerca de la casa de la tortuga mientras ésta se encontraba en el bosque. Y, sabedor de las virtudes del anillo, lo cogió y se lo llevó. El hombre empezó a pedirle al anillo ciudades, y coches, y aviones, y el anillo complacía todos sus deseos.

Y la tortuga se quedó tal como estaba al principio.

El leopardo creía que era el animal más rápido de la selva. Hasta que un día la tortuga le dijo: «¿Cómo puedes creerte semejante tontería? El animal más rápido de la selva soy yo». El leopardo se echó a reír: «No puedes decir eso: yo tardo cinco minutos en recorrer lo que tú en cinco horas. Si quieres hacer una apuesta, mañana por la mañana lo comprobaremos».

Antes de acercarse al lugar convenido, la tortuga llamó a sus hijos y dispuso a cada uno de ellos a lo largo del recorrido. Al empezar la carrera, el leopardo adelantó rápidamente a la tortuga. Al cabo de un rato volvió la cabeza, pero la tortuga ya se había escondido. Empezó a gritar: «Tortuga, ¿dónde estás?». El primero de los hijos de la tortuga, que se encontraba por delante del leopardo, respondió: «No vuelvas la cabeza atrás, que ya estoy aquí. Date prisa, porque vas a perder la apuesta». El leopardo echó a correr de nuevo, pero entonces apareció por delante de él el segundo de los hijos de la tortuga; y así sucesivamente, hasta que la gente proclamó vencedora a la tortuga.

El leopardo no cabía en el cuerpo de tanta rabia, e intentó matar a la tortuga; pero ésta se encerró en su concha y no sufrió ningún daño. Otro día, invitó a la tortuga a recoger frutos. La tortuga, al ver que el leopardo la miraba de reojo, se escondió entre la maleza y salvó la vida. Y comprendió que debía deshacerse de él porque, en caso contrario, éste la mataría.

Llamó a sus hijos y les dijo que hicieran correr el rumor de que se encontraba muy enferma y de que iba a morir muy pronto. Después llamó al ratón¹ y le dijo: «Eres un buen amigo, y sé que puedo confiar en ti. Cuando aparente que haya muerto, excavarás un agujero desde aquí hasta mi ataúd, y harás también un agujero en el ataúd por donde pueda escapar». El ratón estuvo de acuerdo.

Los amigos de la tortuga acudían a visitarla, porque creían que estaba a punto de morir. Ella les tranquilizó: «Me muero, pero no temáis: solamente pretendo ir a visitar a mi padre, que murió hace

¹ La mayor fijación de los estereotipos también afecta al ratón, que siempre actuará como auxiliar.

unos años. Dentro de tres días resucitaré»². Algunos creían sus palabras; otros decían que era una mentirosa.

Sea como fuere, la tortuga fue enterrada en su ataúd. Entonces el ratón realizó lo que habían convenido: excavó el agujero y sacó a la tortuga del ataúd por debajo de la tierra. Nadie se dio cuenta de lo sucedido; y, al cabo de tres días, los hijos de la tortuga la desenterraron y ésta apareció viva por el poblado. Al llegar a la casa de la palabra³, muchos huyeron despavoridos, al creer que la tortuga regresaba del mismo infierno.

El leopardo se acercó con mucha cautela. Nada más verle, la tortuga le espetó: «He visto a mi padre, y me ha dado un buen dinero. Pero también he visto al tuyo: y me ha dicho que está furioso contigo porque desde el día de su muerte te has olvidado de él y no has acudido a visitarle». El leopardo empezó a llorar, aterrizado, y prometió que le haría una visita.

Llamó a sus hijos y les dijo: «Voy a morir, porque debo visitar a mi padre. Pero no temáis: dentro de tres días resucitaré, tal como ha hecho la tortuga». Le metieron en un ataúd y le enterraron. El leopardo, falto de respiración, murió. Y la gente, que esperaba su resurrección en la casa de la palabra, al ver que pasaban los días se olvidó de él.

De esta manera, la tortuga pudo vivir en paz. Y todos creyeron que era la más rápida y que había resucitado.

² Préstamo obvio de las creencias cristianas.

³ Se trata de la casa comunitaria que existe en todos los poblados fang, y que suele cumplir tres funciones: sede de reunión del consejo de poblado, lugar de reposo y acogida de los viajeros, y comedor comunitario de los hombres, a cada uno de los cuales sus mujeres traían la comida.

En el pueblo de los hombres, cada cual tenía un trabajo que hacer por las mañanas. Aparte se encontraba la selva, donde los animales querían dilucidar quién de ellos era el rey del bosque.

El león y el leopardo, al unísono, se habían proclamado los más fuertes de los animales. Ello provocó las iras del elefante, que les amenazó: «Si os doy un pisotón, se habrá terminado vuestra fortaleza. ¿Es que queréis luchar contra mí?». Entonces la tortuga pidió la palabra y dijo: «Ya sé que yo no tengo ninguna fuerza ni puedo ser vuestro rey. Pero tampoco podréis serlo vosotros. Yo conozco al que es el rey del bosque y de toda la creación».

El león, el leopardo y el elefante, los tres candidatos, estaban ansiosos de que la tortuga descubriera su secreto: «Dinos quién es ese rey, que nosotros iremos a matarlo». Por fin, la tortuga aclaró: «Es el hombre. Es un ser tan peligroso, que con uno solo de sus gritos puede matar a cualquier animal que se acerque a él». Nadie daba crédito a tal posibilidad, pero todos los animales sentían el miedo en el cuerpo. Hasta que la tortuga les propuso ir a conocer al hombre, para que se dieran cuenta de que decía la verdad. «Que vaya el más rápido», dijeron, y el antílope se adelantó.

La tortuga le instruyó sabiamente: «Ve detrás de mí, y pisa en el mismo lugar donde pise yo. Porque el hombre tiene unos guardianes terribles, que solamente yo puedo advertir». El antílope siguió el consejo de la tortuga, que caminaba lentamente, tratando de esquivar las trampas que el hombre había dispuesto. Pero el antílope tenía hambre; y, cuando vio una plantación de yuca, se acercó a ella, desoyendo las advertencias de la tortuga. Justamente al entrar en la finca pisó una trampa y quedó colgado del cuello, sin poder respirar. La tortuga le reprendió: «¿No te había dicho que siguieras mis pasos, y que los guardianes del hombre son temibles? Ahora no puedo ayudarte, porque si me acerco también yo puedo morir». La tortuga regresó con los demás animales y les contó cómo los guardianes del hombre habían acabado con la vida del antílope.

Entonces el leopardo se envalentonó y proclamó: «Dondequiera

que se encuentre ese hombre, yo le mataré». Y ordenó a la tortuga que le acompañara hasta el poblado de los hombres.

Al acercarse a las casas, vieron que solamente estaban ahí las mujeres. Una de ellas decía: «Esta mañana he encontrado a un antilope entrampado cerca de la finca, y lo he matado». El leopardo se disponía a saltar sobre ella para abatirla, pero la tortuga le contuvo: «No es el hombre, son sus mujeres». Y siguieron al acecho.

De pronto, apareció un muchacho joven y fuerte, que se acercaba desde el bosque. La tortuga dijo: «Éste sí que es realmente el hombre. De manera que ten cuidado, porque si grita te matará. Yo voy a alejarme un poco, porque no quiero que lance sus gritos también sobre mí».

La tortuga se escondió entre las hierbas, y el leopardo se aprestó a saltar. Pero hizo un poco de ruido y el joven, que se dio cuenta del peligro que corría, cogió su escopeta y disparó. El animal, herido, se levantó de nuevo; y el muchacho lo remató de un certero disparo. Luego, le cortó la cola y la llevó al poblado para mostrarla como trofeo a los demás hombres.

La tortuga regresó apesadumbrada al lugar donde se encontraban los demás animales. Y, desde entonces, todos ellos comprendieron que, efectivamente, el hombre es el rey del bosque y de toda la creación.

Cada uno de los animales del bosque tenía su propio territorio, y una tarea concreta que debía realizar todas las mañanas.

Una mañana, el leopardo se adentró en el bosque y descubrió un lugar donde había cola para masticar¹. Estaba muy contento por su descubrimiento. No dijo nada a nadie, y pensó que ya volvería al día siguiente para recoger aquel botín. Pero la tortuga también conocía aquel lugar; y aprovechó que el leopardo regresaba a su casa para llevarse toda la cola que encontró.

Cuando el otro vio que no quedaba nada de aquella cola, se enfadó muchísimo. Buscó por todas partes y, al fin, visiblemente irritado, fue en busca del jefe de aquel poblado, que era el elefante.

El elefante pensó qué debía hacer: a la mañana siguiente prohibió a todos los animales que fueran al bosque, y los convocó en su casa para intentar aclarar el asunto: «Levántate, leopardo, y expón el asunto que tanto te ha molestado». El leopardo no podía ocultar su indignación: «Hay alguien en este bosque que se cree más fuerte y poderoso que yo, puesto que ha entrado en mi territorio y se ha llevado mi cola».

La tortuga pidió la palabra y proclamó: «¿Y por esta razón nos molestas tanto? Lo que deberías haber hecho es fijarte bien en quién está masticando tu cola». Y al ver que el leopardo no entendía sus palabras, prosiguió: «¿No ves que, junto a aquellas casas, hay gente que mastica tu cola?».

El leopardo levantó la cabeza y divisó a un grupo de cabras. Y como las cabras siempre están masticando, porque son rumiantes, creyó en lo que la tortuga había dicho. Se abalanzó sobre ellas y las devoró.

El enfado del leopardo ha durado hasta hoy, porque todavía intenta comerse a las cabras, cuando las ve.

¹ La cola es una semilla de color rojizo. La gente tiene la costumbre de masticarla para reducir horas de sueño y para aumentar la potencia sexual.

El leopardo y la tortuga vivían en el mismo pueblo con otros animales.

Un día, mientras la tortuga realizaba las tareas de la casa, el leopardo fue al bosque y encontró un árbol que tenía miel. Regresó al poblado sin decir nada a nadie, porque así sabría —otro día— un lugar donde encontrar alimento.

La tortuga, al día siguiente, siguió las huellas del leopardo y encontró la miel. La recogió y la guardó secretamente en su casa.

Cuando el leopardo quiso comer un poco más de miel, se encontró con que alguien se la había robado. Enfurecido, fue a visitar al jefe del pueblo, que era el elefante, para que convocara una reunión de todos los animales.

Todos ellos acudieron a la reunión, menos la tortuga. Ésta se afanaba en esconder la miel dentro del río. Los chimpancés vieron cómo se zambullía una y otra vez en el agua, y le preguntaron qué estaba haciendo. Ella les dijo: «He visto una botella con un líquido que impediría que tuviérais pulgas nunca más».

Los chimpancés se zambulleron también en el agua, encontraron la miel y se untaron todo el cuerpo con ella. Luego, todos acudieron a la reunión que el elefante había convocado.

La tortuga se quejaba: «Tan vieja que soy, y todavía me tenéis que molestar con tantas reuniones». El leopardo expuso su problema y la tortuga exclamó: «¿Para eso estamos aquí? ¿Por tan poca cosa me habéis molestado? Echad un vistazo a los chimpancés».

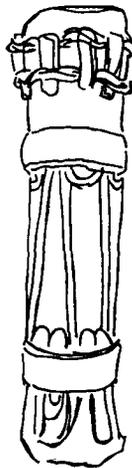
Todos miraron a los chimpancés y vieron que estaban rodeados de abejas que les picaban. El leopardo, enfurecido de nuevo y deseoso de venganza, empezó a perseguirlos. Pero ellos se escabulleron entre el ramaje.

El leopardo y la tortuga, que eran muy amigos, salieron de caza: la tortuga se dirigió cerca del río, donde empezó a preparar sus trampas; el leopardo no entendía de trampas y se fiaba de su amiga la tortuga. Pero no cazaron nada.

Entonces la tortuga, que empezaba a sentir un hambre atroz, subió a un árbol para coger aguacates. Con tan mala fortuna, que se le cayeron al río. La tortuga pidió al leopardo que fuera a buscarle los aguacates, pero éste no quería mojarse. De manera que fue la tortuga la que tuvo que meterse en el agua.

Buscó los aguacates y lo que encontró fue una ciudad sumergida. Allí le dijeron que no habían visto sus aguacates; pero le dieron un tambor¹, que no debía hacer sonar sino ella y en su casa. La tortuga lo hizo así: y, al empezar a golpearlo, apareció una mesa llena de los manjares más exquisitos.

¹ El «mbeheny» es otro tipo de tambor utilizado habitualmente.

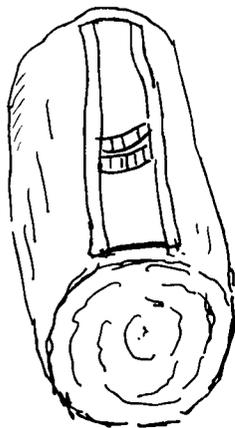


El leopardo no daba crédito a lo que veía. Era tan fascinante, que decidió ir también a la ciudad sumergida. Allí le dieron una tumba² con las mismas instrucciones. Pero, al llegar a su casa y empezar a golpearla, en lugar de una mesa llena de comida aparecieron dos guardias que no dejaban de golpearle. Y cada vez que lo intentó sucedió lo mismo.

Muerto de envidia, el leopardo ordenó a sus hijos que fueran a robar el tambor de la tortuga. Así lo hicieron. Sin embargo, al intentar que sonara de nuevo no apareció nada. Habían roto el pacto, y aquel tambor ya no funcionó nunca más.

Y tuvieron que volver a la caza para alimentarse.

² «Nku» o tumba, utilizada para transmitir mensajes mediante un código rítmico de tipo tonal.



El leopardo y la tortuga habían decidido preparar juntos una finca. Cortaron los árboles pequeños de una parte del bosque que les pareció apropiada, y al terminar, la tortuga empezó a tumbar el más grande. Pero el leopardo siempre quería hacer lo que la tortuga se proponía, y le dijo que ya lo cortaría él. Así que la tortuga tumbó otro más pequeño y pudo ponerse a descansar. El otro estaba enfurecido al ver que la tortuga trabajaba más deprisa, y no terminó de derribar el árbol hasta que el sol ya se ponía. Volvieron a casa, y el leopardo anunció: «Antes de regresar, pasaré a ver si hay algún animal en mis trampas». La tortuga tomó un atajo y llegó antes a las trampas del otro; le quitó todos los animales que había, y los llevó a su casa para que su familia pudiera comer. El leopardo, mientras tanto, no pudo llevar ningún alimento a los suyos.

A la mañana siguiente, la tortuga se dirigió a la finca pasando primero por las trampas del leopardo; metió todos los animales que había en sus propias trampas. Llegó a la finca, donde el otro ya la esperaba, y arremetió contra el árbol más grande que quedaba; nuevamente, el leopardo la interrumpió, deseoso de demostrar que podía más que su compañera; y nuevamente, la tortuga se pasó la mitad del día descansando mientras el leopardo proseguía sus esfuerzos.

Cuando todos los árboles estuvieron tumbados, decidieron pegar fuego a aquella parte del bosque, porque ya se acercaba la estación de las lluvias y tenían que sembrar. La tortuga dijo: «Yo me refugiare dentro del tronco de aquel árbol». Y, al instante, el leopardo reclamó para sí el refugio que la astuta tortuga había simulado escoger. Se metió en el tronco y la tortuga se escondió dentro de un pozo. El fuego avanzaba; y, al llegar donde se encontraba el leopardo, le devoró con sus llamas; mientras que la tortuga, metida en el agua, resistió el incendio.

Cuando el fuego se apagó, la tortuga cogió los restos del leopardo y todos los animales que había podido recoger en las trampas de su compañero, y se lo llevó a su casa. Sus parientes tuvieron comida durante muchas y muchas semanas.

A la tortuga se le había ocurrido adentrarse en el bosque mucho más allá de lo que acostumbra a hacer la gente; y encontró una roca con una especie de casita en la que no veía puerta ninguna. De pronto oyó un ruido, y se escondió.

Desde la maleza vio a un extraño bicho que, cargado de animales, se acercaba a la roca. Al llegar frente a ella, exclamó: «¡Casa de piedra, ábrete!». La roca se abrió para dejar entrar al bicho, que se puso a comer, dejó a los animales que había traído y, cuando hubo terminado, exclamó: «¡Casa de piedra, ciérrate!». Y la cueva se cerró.

La tortuga, maravillada, esperó un ratito; y al cabo repitió la misma operación para que la casa se abriera. Una vez dentro, observó que aquello era un inmenso secadero lleno de carne. Se hartó cuanto quiso, y antes de mandar a la cueva que se cerrara recogió toda la carne que pudo. Y así lo iba haciendo cada vez que le faltaba comida, de manera que su familia estaba contenta y sus hijos engordaban.

El leopardo no comprendía cómo se las arreglaba para sacar a la familia adelante con tanto éxito. Hasta que un día pidió que le explicara su secreto; y, al saberlo, rogó y rogó a la tortuga que al día siguiente le permitiera acompañarla. Ella accedió con una condición: «Nadie debe tocar un corazón que está colgado del techo; porque entonces se cerraría la cueva y no podríamos volver a abrirla»¹.

A la mañana siguiente, se formó una gran expedición: la tortuga y el leopardo se hicieron acompañar por todos sus hijos; y, al llegar a la cueva, empezaron a cargar toda la carne que había en el secadero. Cuando ya no quedaba nada, uno de los hijos del leopardo cogió el corazón que colgaba del techo; y, al instante, la roca se cerró.

Nadie sabía dónde esconderse. Los hijos del leopardo, finalmente, lo hicieron en el secadero; mientras que los de la tortuga permanecieron debajo de las hojas secas que había por allí. Poco después, oyeron la voz del extraño bicho que decía: «¡Casa de piedra, ábrete!».

La cueva volvió a abrirse. El bicho cogió una escoba para limpiarla

¹ Precaución que no se justifica con lo narrado hasta ahora.

y fue echando todas las hojas secas hacia afuera. Los hijos de la tortuga y la misma tortuga pudieron salvarse.

A continuación pegó fuego al secadero. Con el humo, los hijos del felino se pusieron a toser. El bicho, alarmado, los fue matando uno a uno. Pero no pudo con el leopardo, que se escapó por su mayor fortaleza.

La tortuga, enfadada por lo sucedido, le dijo: «Por no hacer valer mis instrucciones y mis consejos, has perdido a toda tu familia. A ver si aprendes la lección».

El leopardo y la tortuga vivían en el mismo pueblo. La tierra dejó de producir y apareció el hambre. El leopardo no sabía qué hacer, pero la tortuga quiso espabilarse para que sus hijos no murieran.

Salió del pueblo y fue hasta otro pueblo vecino. Había allí una gran cabra; y la tortuga observó que no se movía de su sitio. Así que cogió un cuchillo, e introduciéndose dentro de la cabra por el ano, empezó a cortar tiras de grasa. Después salió del interior de la cabra y fue a repartir la comida que había conseguido a su mujer y sus hijos, que, de esta manera, fueron engordando.

Los hijos del leopardo, en cambio, estaban medio muertos de hambre. El felino rogó a la tortuga que le contara su secreto; y ésta, en aras de su amistad, accedió; con una condición: «Permanecerás en silencio todo el rato; y solamente le cortarás tiras de grasa». El otro estuvo de acuerdo; sin embargo, al verse dentro de la cabra pensó que el corazón estaría más sabroso que la grasa; y le cortó una tira. La cabra dio unos cuantos brincos de dolor, que alarmaron a los habitantes del pueblo; éstos acudieron inmediatamente, pero la cabra murió sin darles tiempo a ayudarla.

La tortuga y el leopardo decidieron esconderse. La primera eligió el estómago, mientras que el otro se instalaba en la tripa. Por poco tiempo: porque los vecinos quisieron investigar qué había producido la muerte de su cabra, y le abrieron el vientre. El leopardo pereció agujereado por los cuchillos de aquellos hombres; los cuales, habiendo visto que el leopardo era el causante de la muerte de la cabra, le cortaron las vísceras y se las dieron a un hombre del pueblo para que las lavara en el río.

Aquel hombre se emborrachó; y ello dio tiempo a la tortuga para salir del estómago, robarle todo el dinero a aquel hombre, y volver a su casa sana, salva y rica. Su mujer estaba muy contenta de la proeza realizada; y entonces la tortuga explicó que con aquel dinero se casaría con una segunda mujer. La primera se puso tan celosa que envolvió a la tortuga en un trapo y la tiró al río.

Ya dentro del agua, la tortuga pudo deshacerse del trapo y llegar hasta una roca. Aburrida, cogió una hoja que flotaba, pintó en su

superficie un bello dibujo, y la soltó. Río abajo, los hijos del cocodrilo cogieron la hoja y se la enseñaron a su padre. Éste dijo: «¡Qué bonito dibujo! Iros río arriba hasta que encontréis al artista que lo ha realizado». Al cabo de un rato, los pequeños cocodrilos traían a la tortuga, y el gran cocodrilo le propuso que pintara todos los huevos que había puesto su mujer.

La tortuga puso de nuevo sus condiciones: «Tenéis que dejarme encerrado con los huevos toda una semana; y, además de pintura, me traeréis una sartén, aceite, sal y yuca. Cuando el trabajo esté listo, y para evitar que las pinturas se deterioren, deberéis dejar los huevos encerrados durante tres días». El cocodrilo accedió, ilusionado por poseer los huevos más bellos del país. Y la tortuga, durante toda aquella semana, se fue comiendo todos los huevos que pudo, excepto dos que se metió debajo de la camisa.

Al terminar aquella semana, el cocodrilo obsequió a la tortuga con mucho dinero. Y ésta, feliz por el negocio que había hecho, regresó a su casa. Al llegar al pueblo, el hijo mayor del leopardo se encaró con ella: «¿Qué es lo que le ha sucedido a mi padre?». La tortuga, tranquilamente, le respondió: «Nada. Se está pegando la gran fiesta río abajo, en la casa del cocodrilo. Ve tú también, que ya eres mayor, y llévalos estos huevos para que se pongan más contentos». Y, dicho esto, le entregó los dos huevos que se había escondido en la camisa y entró en su casa.

El hijo del leopardo, contento por aquella oportunidad, cogió aquellos huevos y se dirigió río abajo. El cocodrilo, mientras tanto, había descubierto sus huevos y solamente había encontrado un montón de cáscaras. Así que al ver llegar al hijo del leopardo con los dos que faltaban, creyó que él era el culpable de todo el destrozo. Y le devoró en un santiamén.

31. LA TORTUGA Y EL LEÓN

Nadie sabía qué parentesco podía haber entre la tortuga y el león; pero siempre se les veía juntos en el pueblo de los animales.

Sobrevino una época de hambre, y la tortuga decidió ir al pueblo vecino para intentar conseguir comida. Allí encontró a la cabra y le dijo: «Cabra, ábrete». La cabra se abrió y la tortuga se metió en el interior. De allí dentro cortó algo de comida y se la llevó a su familia. Así pasaron muchos días: la familia de la tortuga no tenía problemas para comer, mientras que los hijos del león iban adelgazando.

Un día, el león quiso saber de dónde sacaba la tortuga tanta comida. La tortuga no quería decírselo, pero al fin prevaleció la amistad. Decidieron que al día siguiente irían los dos a ver a la cabra del pueblo cercano.

Al llegar allí, entraron dentro de la cabra. La tortuga advirtió al león: «Eres muy fuerte, aunque también eres tonto. No debes cortar ni el corazón ni los intestinos. Corta la carne donde lo haga yo». Al principio, el león hizo caso de la tortuga; pero después vio latir el corazón, y le pareció un manjar muy tierno; de manera que se lo cortó¹.

La cabra murió en el acto. La tortuga estaba enfadada, y dijo: «Debemos escondernos, porque ahora vendrá la gente del pueblo para interesarse por la cabra. Yo me esconderé en el estómago». El león la apartó de un manotazo: él se metería en el estómago. Y la tortuga, aguantando como podía el mal olor, se metió en los intestinos.

Cuando la gente del pueblo llegó para saber de qué había muerto la cabra, decidió abrirla. En el estómago se le veía un gran bulto. Dispararon y el león murió. Luego le cortaron los intestinos y ordenaron a los niños que fueran a lavarlos al río. Al meterlos en el agua, la tortuga cogió un poco de porquería de los intestinos y se escabulló. Los niños la vieron, y ella dijo: «Me estaba bañando en el río y, de pronto, habéis aparecido y me habéis ensuciado. Id a decírselo a vuestros padres».

¹ El paralelismo con la forma de terminar con los fantasmas que aparece en otros cuentos es evidente.

A los padres les supo mal que los niños hubieran ensuciado a la tortuga, y la invitaron a comer. Por la tarde, la tortuga regresó a su pueblo y contó lo sucedido a los parientes del león. Éstos decidieron irse del pueblo. Y, desde entonces, la tortuga ya no tuvo que compartir su comida con nadie.

32. EL LEON, LA TORTUGA Y EL COCODRILO

En el pueblo de los animales se pasaba mucha hambre. Por eso, el león y la tortuga decidieron buscar una solución. El león propuso: «Podríamos ir al otro lado del río y hacer algunas fincas para cultivar algo para comer». La tortuga asintió, y quedaron de acuerdo para la mañana siguiente.

La tortuga no sabía nadar; de manera que el león tuvo que llevarla a costas para cruzar el río. Empezaron a trabajar, y muy pronto la tortuga se dio cuenta de que el león había escogido una tierra mucho más fértil que la suya. Se quejó duramente, y acordaron que —en tales condiciones— una sola finca no podía dar de comer a todo el pueblo; y decidieron: «Vendremos cada día aquí para comer, y la comida que dé la finca será para nosotros solos».

Al día siguiente, la tortuga se puso la chaqueta y se subió encima del león para cruzar el río. Al llegar a la otra orilla, el león empezó a comer; mientras que la tortuga, además de comer todo lo que pudo, se guardó una parte de la comida en los bolsillos de la chaqueta. Al regresar al pueblo, mientras cruzaban de nuevo el río, el león se sorprendió de que la tortuga pesara tanto. Ésta le replicó: «Date cuenta de que esta mañana he comido mucho; de manera que es natural que me encuentres más pesada, porque estoy más llena».

Así fueron pasando los días. Los hijos de la tortuga crecían fuertes y robustos, mientras que los hijos del león se morían de hambre. Un día, uno de los hijos de la tortuga salió de su casa con un plátano en la mano. Se encontró con uno de los hijos del león, que le pidió que le invitara. Accedió. Pero el hijo del león se lo contó a su padre. Y a la mañana siguiente, mientras cruzaba el río con la tortuga a costas, mostró su enfado: «¿No habíamos acordado que la comida de la finca sería solamente para nosotros? En cambio, tú has estado alimentando a tu familia mientras la mía se moría de hambre». Indignado, el león echó a la tortuga dentro del río y se alejó hacia la orilla.

La pobre tortuga estaba a punto de ahogarse, cuando consiguió alcanzar una roca en medio del río. No veía manera de salir de aquella

situación. Cogió una hoja que flotaba, y se entretuvo dibujando sobre ella. Después, volvió a lanzarla al agua.

Río abajo, estaban jugando los hijos del cocodrilo¹. Divisaron aquella hoja, y se la mostraron a su padre. El cocodrilo quedó admirado por la belleza de los dibujos, y les dijo: «Nadad río arriba, hasta que encontréis al que ha hecho estos dibujos, porque quiero encargarle un trabajo». Así lo hicieron. Y, al cabo de un rato, los hijos del cocodrilo regresaron a su pueblo con la tortuga a cuestas.

La llevaron a la casa de la palabra, donde la tortuga proclamó: «Ya sé que os han gustado mucho mis dibujos. Pues bien: si me encargáis otros, todavía pueden ser mejores». El cocodrilo dijo: «Quiero que hagas dibujos en los huevos que tenemos; así, cuando nazcan mis hijos ya nacerán con estos dibujos tan bonitos».

La tortuga pidió, para hacer los dibujos, una sartén, aceite, sal y yuca. Se encerró en una casa con todo eso y ordenó que nadie la molestara hasta que terminara de pintar todos los huevos. Pero en realidad, lo que la tortuga hacía era cocinar los huevos cada vez que tenía hambre. Hizo unas tortillas riquísimas, y al cabo de una semana estaba gorda como nunca.

Entonces se metió los huevos que quedaban en los bolsillos de la chaqueta; salió de la casa y llamó al cocodrilo: «Los dibujos están todavía frescos; que nadie entre en la casa hasta dentro de una semana, porque podrían estropearse si alguien los viera». Y, a continuación, manifestó su deseo de volver a su pueblo. El cocodrilo ordenó a uno de sus hijos que la subiera a cuestas y la llevara río arriba hasta su casa.

Pero uno de los hijos del cocodrilo entró en la casa y observó que, de los huevos, solamente quedaban las cáscaras. Se lo dijo al cocodrilo. Y, al ver que la tortuga les había engañado, empezaron a llamar al hijo que llevaba a la tortuga para que regresara inmediatamente. La tortuga oía los gritos, pero el pequeño cocodrilo no entendía lo que decían. La tortuga le explicó: «Dice tu padre que te des prisa en llevarme; y que procures que no me moje para nada».

Cuando la tortuga llegó a su pueblo, se dirigió a la casa del león, que observaba su vuelta estupefacto. La tortuga le regaló los huevos que traía en la chaqueta, y le dijo: «El cocodrilo te había invitado, y está deseando que vayas a visitarle».

El león estaba muy contento de poder visitar a su amigo del río. Así que se apresuró en ir a la casa del cocodrilo. Y, al llegar, le dijo: «No

¹ El cocodrilo quedará estereotipado como víctima e instrumento de venganza de la tortuga. Igual que en este cuento, su aparición suele coincidir con el inicio de una segunda secuencia.

sabes cómo me han gustado los huevos que me he comido esta mañana». El cocodrilo se puso furioso al ver que un amigo suyo se había comido parte de sus huevos; y mandó a sus hijos que le pegaran y le hicieran daño hasta cansarse.

De esta manera, la tortuga consiguió vengarse del león.

El leopardo y la tortuga vivían en un pueblo donde no había ninguna chica. Así que decidieron ir a un pueblo cercano, donde había muchas. Encontraron a dos que estaban solas, porque sus padres vivían en otra casa, y se pusieron a vivir juntos.

En aquel pueblo tenían que celebrarse unos funerales. Los padres de las chicas llamaron a la tortuga y al leopardo y les dijeron: «Para colaborar en la fiesta, podríais ir al bosque y hacer unos tambores, ya que no tenemos ninguno». Los dos animales aceptaron y se adentraron en el bosque.

La tortuga quería quedarse cerca de un camino, así que anunció: «Yo voy a adentrarme en la espesura; tú, mientras tanto, quédate junto al camino a preparar el tambor». Y el leopardo, que siempre quería hacer lo que pretendía la tortuga, se enfadó mucho: «No. Yo voy a ir dentro del bosque mientras que tú te quedarás junto al camino». La tortuga había conseguido su propósito.

Cortó un tronco apropiado y empezó a trabajar. Cada vez que oía que alguien se acercaba por el camino, dejaba allí mismo el tambor y se escondía. La gente, al llegar junto al tambor, comentaba: «Este tambor sonaría mejor si se le hiciera... tal cosa». La tortuga escuchaba con atención estos consejos involuntarios. Y cuando la gente se alejaba, los seguía. De esta manera, su tambor quedó terminado de una manera perfecta. Y cuando el leopardo regresó del bosque con un tambor tosco, ambos regresaron al pueblo, a la casa de sus chicas.

Por la noche, el leopardo sentía hambre y le propuso: «¿Por qué no matamos a una de las chicas, y así tendremos comida para todas las fiestas?». La tortuga estuvo de acuerdo: «Pero que sea la tuya». El otro cogió a su chica, la mató y la guardó en la cocina. A la mañana siguiente, cuando empezó la fiesta, todo el mundo se burlaba del sonido que emitía el tambor del leopardo. Éste se enfadó mucho, cogió el de la tortuga y empezó a hacerlo sonar: «La tortuga tiene arrugas en el culo...», decía el tambor. La tortuga estaba enojada con su amigo el felino, porque la estaba ridiculizando. Y pensó en vengarse.

Por la tarde, se dirigió al leopardo y le dijo: «Podríamos preparar unas trampas, por si no tenemos comida suficiente. ¿Qué te parece si

yo preparo las mías cerca de la cocina?» Naturalmente, el leopardo dijo que cerca de la cocina ya pondría las suyas; y que la tortuga fuera al bosque a preparar las suyas.

Mientras el leopardo preparaba sus trampas, los padres de la chica muerta se le acercaron: «¿Cómo es que nuestra hija no está contigo?». A lo que el otro respondió: «Vuestra hija se ha ido. Me ha abandonado y no sé dónde puede estar». En aquel momento, la tortuga ya había llegado al interior del bosque, y empezó a hacer sonar su tambor: «La chica ha sido asesinada por el leopardo. La encontraréis en la cocina...», decía ahora el tambor de la tortuga.

Los padres de la chica fueron a la cocina y, naturalmente, encontraron el cadáver de su hija. Enfurecidos, se dispusieron a perseguir al leopardo. Éste emprendió la huida pero, aturdido por el peligro, cayó en una de sus propias trampas, donde los padres de la chica le dieron muerte.

El leopardo y la tortuga salieron a ver lo que había caído en las trampas que habían preparado. El leopardo había cazado muchísimos animales, mientras que en las trampas de la tortuga no había caído casi ninguno. Entonces la tortuga le propuso: «Dame la mitad de lo que has conseguido; y otro día en que yo cace más que tú, también te daré la mitad de lo que haya cazado». El otro aceptó e hicieron el reparto.

De vuelta a la caza, esta vez fue la tortuga la que encontró sus trampas llenas. Así que cogió un saco para el leopardo, lo llenó de piedras, y en la parte superior puso un antilope y una rata, de manera que parecía que el saco estaba lleno de animales. El leopardo, confiado en un reparto justo, se llevó el saco sin comprobar lo que había dentro. Y, al llegar a su casa, comprendió que su amiga le había engañado. Aun así, prefirió conservar la amistad de la tortuga; y no le dijo nada.

Llegó la estación seca, y con ella la comida era más escasa. La tortuga sugirió: «Tendremos que matar a nuestras madres, si es que queremos comer buena carne». El otro estuvo de acuerdo, y la tortuga dispuso: «Sitúate junto al río. Cuando veas que el agua baja colorada, será señal de que ya he matado a mi madre. Entonces, tú matas a la tuya; y luego no reuniremos para cocinarlas».

La tortuga se dirigió río arriba y cogió unos racimos de ngong, que tiene el jugo de color rojo, y los arrojó al agua. El leopardo pensó, al ver el río colorado, que esta vez su amiga no le había engañado; y dio muerte a su madre, tal como habían convenido. Más tarde, los dos amigos se reunieron.

La tortuga había preparado unos envueltos de incienso, y dijo al leopardo: «Aquí están los envueltos con la carne de mi madre. Pero no digas nada, porque entonces la carne se convertiría en cualquier otra cosa». El leopardo, silencioso, puso también en el fuego los envueltos con la carne de su madre. Pero, al ver que los envueltos de incienso empezaban a arder, exclamó: «¡Caramba, cuánta grasa tenía tu madre!». Y entonces recordó que no tenía que haber hablado y creyó que era por su culpa que la carne de la mamá tortuga se había transforma-

do en otra cosa. Arrepentido por no haber respetado el pacto, ofreció los envueltos de carne de su propia madre a la tortuga, que tomó la mitad.

La madre de la tortuga, todavía vive. Mientras que la del leopardo sirvió para llenar las barrigas de nuestros dos amigos.

El leopardo y la tortuga eran amigos y se dedicaban a la caza en equipo: la tortuga atraía a los animales, y el otro los mataba. A la hora del reparto, sin embargo, la tortuga recibía solamente las tripas; mientras que el leopardo se quedaba toda la carne. La tortuga protestó por tal falta de equidad, y el felino le respondió: «Ten en cuenta que se trata de animales bastante pequeños. Solamente con el bocado que les tengo que dar para matarles, ya me llevo la poca carne que tienen».

La tortuga disimuló su enojo y preparó una trampa para el leopardo: «Entonces cazaremos animales más grandes. Pero tendrás que esconderte en un agujero para que no se espanten». Y cavó un agujero muy hondo en el que el leopardo, confiado, se metió.

La tortuga cerró el agujero con unas cañas, fue a buscar al león y le indicó dónde podría encontrar al leopardo. El león saltó dentro del agujero y ambos animales empezaron una batalla tan cruenta que terminó con la vida de los dos.

Y la tortuga tuvo carne para comer durante mucho tiempo.

La tortuga, cansada de que el leopardo siempre fuera a por ella, decidió terminar con él. Se le acercó y le propuso: «He encontrado un terreno donde podríamos preparar una buena finca. ¿Qué te parece si mañana nos encontramos y entre los dos la ponemos a punto?». El felino aceptó y se fue a su casa. La tortuga, en cambio, se dirigió al terreno en cuestión y preparó un gran agujero que luego tapó con cañas de bambú.

Cuando, a la mañana siguiente, se acercaban al lugar donde estaba el agujero, la tortuga dijo: «Tengo que hacer mis necesidades. Enseguida volveré». Y se apartó mientras que el otro, que seguía su camino, se precipitó dentro del agujero. La tortuga se le acercó de nuevo y le dijo: «Siempre intentas eliminarme, porque soy más pequeña y débil que tú. Pues ahora traeré a un animal que sea tan fiero como tú, a ver si eres capaz de hacerle frente».

Y se dirigió en busca del cocodrilo, que aceptó de buen grado una lucha contra el leopardo. Fueron al terreno, la tortuga se apartó y el cocodrilo se precipitó en el agujero. La tortuga tapó de nuevo su trampa con cañas de bambú y, regresando a su casa, ordenó a toda su familia que saliera hacia una cueva que había heredado de su padre; esta cueva estaba situada en una roca, y se abría con sólo decir: «¡Ábrete, roca!». Y, desde entonces, solamente salían por la noche¹.

Un hombre pasó por el terreno donde habían quedado el leopardo y el cocodrilo. Al verlos, pensó: «Iré a buscar ayuda al pueblo, y tendremos comida para unos cuantos días». Y, mientras se iba, la familia del leopardo y la del cocodrilo les encontraron, les ayudaron a salir de la trampa y les curaron las heridas que se habían producido. Cuando ya estuvieron bien, solamente perseguían un objetivo: matar a la tortuga y a su familia.

Una mañana, la tortuga cometió la imprudencia de salir de la roca. El leopardo, que estaba al acecho, la pudo capturar fácilmente. La

¹ El paralelismo con el cuento de Ali Babá termina aquí. La cueva no pertenece a nadie y cumplirá solamente la función de refugio seguro para la familia.

llevó al pueblo, la colgó de una pata y se fue, dejando como vigilante a uno de sus hijos.

La tortuga, deseosa de engañar al pequeño leopardo, empezó a defecar. Y al cabo de un rato le dijo: «¿No ves que lo estoy ensuciando todo, y que tu padre se va a enfadar? Suéltame y deja que lo limpie, y de esta manera tu padre estará satisfecho». El pequeño leopardo creía que, efectivamente, éste sería el deseo de su padre. Y, apenas soltó a la tortuga, ésta se escapó a toda prisa; y, tras permanecer un rato escondida, regresó a la cueva con su familia.

La familia de la tortuga almacenó toda la comida que pudo conseguir, para poder proseguir su estancia en la cueva tanto como fuera posible. Y el leopardo, al ver lo poco inteligente que su hijo había resultado, le mató y se lo comió.

37. EL LEÓN, LA TORTUGA Y EL COCODRILLO

En una parte del bosque vivían el león y la tortuga; en otra vivía el cocodrilo.

El león siempre provocaba a la tortuga, sabiéndose más fuerte. La tortuga tenía que aguantar todos los caprichos del león y sus bromas, y trabajar para él¹. Hasta que se cansó y empezó a pensar qué podía hacer para vengarse.

Entonces se fue al bosque, excavó un agujero y lo tapó con hojas. Fue a ver al cocodrilo y le dijo: «Amigo cocodrilo, dice el león que quiere comerte crudo». El cocodrilo se enfadó mucho; afiló sus uñas y dijo a la tortuga: «Vamos a casa del león, a ver si es capaz de decírmelo a la cara». Siguieron el camino; y cuando se acercaban al agujero, la tortuga dijo: «Sigue tú; yo vendré enseñuida». El cocodrilo siguió, y cayó en el agujero.

Entonces la tortuga se dirigió a la casa del león y le comentó: «Me ha dicho el cocodrilo que está enfadado contigo y que va a comerte». El león se enfureció y se apresuró a querer luchar contra el cocodrilo. Así que emprendió el camino del bosque, hacia la casa del cocodrilo. Cuando se acercaban al agujero, la tortuga dijo: «Sigue tú. Yo vendré más tarde». El león siguió y también cayó en el agujero, junto al cocodrilo.

La tortuga, divertida, les provocó desde arriba: «Cada uno de vosotros tenía ganas de comerse al otro. Ahora estáis juntos y podéis demostrar quién es el más fuerte y el más fiero». Y se fue tranquilamente a la casa del león donde se comió todo lo que encontró. Mientras tanto, el cocodrilo dio buena cuenta del león, y la tortuga vio cumplidos sus deseos de venganza.

Yo lo vi todo; pero me marché rápidamente para que el cocodrilo no me atrapara al salir del agujero.

¹ Un mayor desarrollo de esta parte del cuento daría paso, de una manera más lógica, a la segunda secuencia con el cocodrilo.

El leopardo se había dirigido al antílope para proponerle: «Tengo unos amigos en un pueblo cercano. ¿Por qué no vienes conmigo a visitarlos?». El antílope estuvo de acuerdo, sin caer en la cuenta de que el leopardo le estaba preparando una trampa.

Llegaron a un río, y el leopardo dispuso que tenían que cruzarlo con los ojos vendados. Primero fue el propio leopardo el que lo pasó, por encima de un tronco; mientras que el antílope lo pasaba nadando y con los ojos vendados. A continuación encontraron castañas¹; el felino comió las que quiso y el antílope, que no podía alcanzarlas, se moría de hambre. Al llegar al pueblo, los hombres se estaban comiendo una cabra. Tampoco era manjar del gusto del antílope, así que tuvo que irse a dormir con el estómago vacío.

Por la noche, el leopardo se le acercó: «Mañana por la mañana echaré hacia el bosque un montón de hojas secas, para que puedas comer». Así lo hicieron. Pero cuando el antílope iba a coger las hojas, todos los hombres estaban apostados, esperándole, para matarle. Y es que el leopardo había acordado que traería animales para que los hombres pudieran comerlos.

Lo mismo sucedió con muchos otros animales, que cayeron incautos en la trampa del felino. Éste, un día, intentó hacer lo mismo con la tortuga. Ésta aceptó, pero cogió un cuchillo y fue a su aire: cruzó el río con los ojos vendados y por encima del tronco; pudo cortar las castañas con el cuchillo que había traído; y fingió que se echaba a dormir cuando en realidad se puso al acecho para oír lo que el leopardo comentaba con los hombres: «Tenéis que matarla deprisa, porque es muy lista».

Entonces la tortuga llamó a otra tortuga, que se escondió en el límite del bosque. Y, cuando a la mañana siguiente el leopardo lanzó hacia el bosque el montón de hojas, y los hombres esperaban que la tortuga saliera de la parte del pueblo, apareció la otra tortuga desde el

¹ Palmiste, fruto de la palmera de aceite.

bosque y se llevó las hojas². Los hombres intentaron perseguirla, pero ya se había escondido. Y la primera tortuga, mientras tanto, pudo regresar a su pueblo con toda tranquilidad, habiendo burlado de nuevo a su contrincante.

² Se repite el motivo de la carrera de la tortuga con el perro o con otros animales.

El leopardo estaba preocupado porque no podía hacerle nunca daño a la tortuga. En última instancia, ésta se encerraba en su caparazón; y no había manera de hacerla sufrir. De manera que pensó en encerrarla dentro de su casa para poder disponer de ella y matarla.

Con este fin, envió un mensaje a la tortuga diciendo que había muerto, y que fuera a su casa a darle el último adiós. La tortuga se dirigió a la casa del leopardo; y, por el camino, recogió las ramas de un arbusto que estaba lleno de hormigas carnívoras, y las metió dentro de una chaqueta; así que la chaqueta quedó repleta de hormigas: por las mangas, por el forro, por todas partes.

Al llegar a la casa del leopardo, éste simulaba estar muerto encima de la cama. La tortuga le puso la chaqueta diciéndole: «Amigo leopardo, por lo menos podrás llevarte algo mío al otro mundo». Se dirigió fuera de la casa y empezó a cortar un árbol para hacer leña para el funeral.

El leopardo empezaba a sentir los efectos de las hormigas, y ya no podía estarse quieto. De pronto, oyó que la tortuga gritaba: «¡Cuidado, que el árbol va a caer sobre la casa!». Y salió de la casa corriendo a toda marcha mientras se descubría su mentira.

El felino quiso perseguir a la tortuga, pero las mordeduras de las hormigas le hicieron desistir; y la tortuga pudo regresar a su casa tranquilamente.

El leopardo y la tortuga eran cazadores: vivían de los animales que caían en sus trampas.

El hambre llegó hasta su pueblo: no se encontraba caza fácilmente, y sus familias empezaban a pasarlo mal. Así que el felino buscó un lugar del bosque donde la tierra era fértil y sembró la tierra para que diera fruto.

La tortuga se enteró de ello. Y, a escondidas del otro, iba a aquella finca y le robaba alimentos para su familia. El otro terminó por darse cuenta de lo que sucedía y puso vigilancia. La tortuga, al ver que la finca estaba vigilada, habló con el ratón. Éste hizo un túnel, de manera que la tortuga pudo continuar sus rapiñas burlando la vigilancia, porque el túnel la llevaba hasta el mismo centro de la finca.

El leopardo no entendía por qué continuaban robándole, hasta que lo descubrió todo y, entonces, dispuso una trampa. La tortuga caminaba lentamente por el túnel, cuando de pronto cayó en aquella trampa y quedó colgada de una pata. Al cabo de un rato, pasó por allí un antilope; y le dijo: «Amigo antilope desde aquí arriba lo veo todo. Incluso puedo ver a mis antepasados». El antilope sintió curiosidad y aceptó reemplazar a la tortuga: la ayudó a bajar y él mismo se metió el lazo por la pata y quedó colgado. La tortuga desapareció y poco después, cuando el leopardo quiso comprobar quién le robaba la comida, creyó que era el antilope y se lo comió.

De esta manera, la tortuga iba tirando: cuando caía en la trampa, siempre pasaba por allí algún animal ingenuo que la reemplazaba y acababa en el estómago del leopardo. Hasta que una vez el puerco espín cayó entrampado. Entonces la tortuga se dirigió a la casa del leopardo y le dijo: «He tenido un sueño muy raro: había una finca secreta y un puerco espín que intentaba robar los frutos de esa finca». El leopardo se apresuró a comprobar la trampa y, efectivamente, allí estaba el puerco espín.

El leopardo se comió al puerco espín¹. Pero, desde entonces, vigila-

¹ Obsérvese el carácter absolutamente secundario de los demás animales, meros comparsas de las argucias de la tortuga.

ba a la tortuga de una manera especial, porque comprendía que había adivinado su secreto.

Una noche la tortuga fue a la finca del otro y le dejó la finca desierta: lo robó todo. Luego se largó a otro pueblo, y el leopardo se quedó sin nada más que un palmo de narices.

41. LA TORTUGA Y EL LEÓN

La tortuga y el león vivían en un pueblo con otros animales. Hacía mucho tiempo que no llovía, las hojas estaban secas y no había agua. Pero, junto a la casa del león, había un árbol que no se había secado. El león, con las hojas de ese árbol, preparó una bebida. Y vigilaba desde su casa que nadie acudiera a su árbol para beber¹.

Un día, la tortuga se acercó al árbol y encontró al puerco espín. Le dijo: «No subas al árbol, porque tengo la misión de procurar que nadie tome la bebida del león. Solamente él y yo podemos hacerlo, mientras que todos vosotros os estáis muriendo de sed». El puerco espín le rogó que le dejara beber un poco y, después de hacerse rogar, la tortuga accedió: «Pero tienes que subirme al árbol también a mí, metida en una cesta. Cuando te diga ¡poco!, bebes tú un poco; cuando te diga ¡mucho!, me echas la bebida en la boca». El puerco espín estuvo de acuerdo y la subió al árbol en una cesta. Cada vez que la tortuga decía «poco», echaba un trago; y cada vez que decía «mucho», vertía un poco de bebida en la boca de la tortuga.

El león, desde la ventana de su casa, se dio cuenta de que alguien estaba subido a su árbol. Rugió de indignación y la tortuga, al oírlo, pidió al puerco espín que la soltara, con el cesto y todo. Al llegar al suelo, se escondió entre la maleza mientras el león perseguía al puerco espín y lo devoraba.

Cada vez que la tortuga tenía sed, engañaba a algún otro animal de la misma manera. Y, como el león nunca veía a la tortuga, siempre perseguía al otro animal. Hasta que un día apareció el antilope, y la tortuga también quiso engañarle. Pero el antilope siempre hacía lo contrario de lo que la tortuga quería: cuando ella decía «mucho», echaba un trago; y le daba bebida cuando decía «poco». Y cuando oyeron el rugido del león, no quiso soltar el cesto. Así que el león los encontró a los dos en el árbol.

Entonces, quiso devorar a la tortuga. Pero ésta se metió dentro del caparazón y no consiguió hacerle ningún daño. Luego quiso perseguir al antilope. Éste empezó a correr a toda velocidad. El león también

¹ En otras versiones se trata de una palmera de la que el león obtiene tope.

corría muy deprisa, pero el antílope consiguió llegar a una zona pantanosa. Se metió dentro del pantano, de manera que solamente se le veían los ojos. Cuando llegó al león, preguntó: «Amigo de ojos grandes, ¿has visto pasar a un antílope?».

El antílope contestó: «Ya me he tragado a nueve leones; tú vas a ser el décimo». El león se enfadó por la desfachatez de aquel ser de grandes ojos, y se lanzó al pantano para matarle. Pero quedó atrapado en el barro y se hundió completamente en aquel lugar.

El antílope pudo volver con la tortuga, y ambos ocuparon el árbol del derrotado león, y éste, cuando pudo salir del pantano —lo que ocurrió al cabo de mucho tiempo— pasó tanta sed como el resto de los animales.

II.d. OTROS CUENTOS DE LA TORTUGA

42. LA TORTUGA Y EL RELÁMPAGO

El relámpago y la tortuga eran buenos amigos. La mujer de la tortuga y sus hijos recibían siempre al relámpago con la mayor hospitalidad, y la tortuga estaba satisfecha de tener un amigo tan importante. Y decidió que también podía casarse con la hija de éste¹.

El relámpago se mostró favorable a la boda, pero pidió una dote muy elevada. La tortuga tardó mucho tiempo en juntar todo el dinero que le hacía falta; cuando por fin lo consiguió, ató todo el paquete con una cuerda y dio a su hijo mayor las instrucciones pertinentes: «Cuando el relámpago venga a buscar la dote, dile que vuelva al atardecer».

El hijo mayor cumplió las instrucciones de la tortuga. Ésta se mantuvo al acecho, y observó atentamente el camino que seguía el relámpago para ir a su casa y regresar al cielo. Entonces ordenó que la ataran en medio del paquete del dinero.

El relámpago volvió al atardecer; observó que la tortuga no se encontraba en la casa, y dijo al hijo mayor: «Dile a la tortuga que me lleve el dinero de la dote; que, si quiere llevarse a mi hija, tiene que subir al cielo mañana por la mañana». Y cogió el paquete de dinero, sin darse cuenta de que dentro de él también se llevaba a la tortuga.

En el cielo, el relámpago se jactaba de su mala jugada: «He conseguido que la tortuga me diera un buen montón de dinero a cambio de nada: porque ella, con ese caparazón enorme que tiene, que no le deja siquiera subirse a una silla, ¿cómo va a llegar hasta el cielo?». Y esperó tranquilamente a que pasara la noche.

Al amanecer, la tortuga empezó a pasearse por el cielo, ante el asombro general. Nadie comprendía cómo se las había apañado para subir y, sorprendidos, la agasajaron: le dieron cabra para comer, y le ofrecieron mil regalos. Por la tarde, la tortuga empezó a aparentar que

¹ La poligamia, plenamente vigente, forma parte del sistema de vida tradicional entre los fang.

se sentía mal: «Me duele tanto la barriga, que creo que me voy a morir. Entrégame a tu hija, relámpago, y ayúdame a bajar al bosque».

El relámpago comprendió que no estaría bien que la tortuga se muriera allí mismo, en la casa de la palabra del cielo, y tuvo que acceder: cogió a su hija y a la tortuga, y los bajó hasta el bosque. Luego desapareció para no volver.

La tortuga pudo casarse con la hija del rayo, y sus hijos comprendieron que debían actuar con la misma inteligencia que su padre².

² Obsérvese que la tortuga asume indefectiblemente un papel masculino en todos los cuentos.

43. LA TORTUGA Y EL COCODRILO

La tortuga y el cocodrilo eran buenos amigos. El cocodrilo poseía grandes riquezas; pero las había conseguido robando a los otros animales. Y éstos decidieron castigarle: tendría que vivir en el pantano.

El cocodrilo apeló a la amistad de la tortuga, a la que todos los animales respetaban. Y, en atención a dicha amistad, dejaron que eligiera un lugar preciso donde podría vivir sin que nadie le molestara. Allí le dejaron como guardianes a otros animales parecidos a él; y construyeron una prisión para encerrar a cualquiera que fuera a molestarle.

Pasado cierto tiempo, la tortuga pensó que su amigo el cocodrilo le prestaría algo de dinero. Y se dirigió al pantano. Aquel día estaba de guardia la lagartija, que no quiso atender a sus razones y la encerró dentro de aquella prisión. Hasta que el cocodrilo, al saber la noticia, acudió a liberarla y le prestó el dinero que necesitaba.

Así fue cómo un animal de tierra ayudó a uno de agua; y cómo un animal de agua ayudó a uno de tierra¹.

¹ Nuevamente, la pareja de animales no protagoniza una rivalidad: la evolución de los cuentos proporciona esta clase de historias.

44. LAS TRAMPAS DE LA TORTUGA

La tortuga no tiene mucha fuerza para trabajar. Pero puede matar a los animales con su inteligencia¹.

Un día, entró en el bosque y empezó a preparar una trampa. Se acercó un antílope y, al verlo, le dijo: «Me gustaría preparar esta trampa para cazar, pero no me sale muy bien. ¿Por qué no me ayudas?». El antílope no tuvo ningún inconveniente. Cuando la trampa ya estaba preparada, la tortuga sugirió: «Podrías enseñarme cómo es que los animales quedan atrapados ahí». El antílope, infeliz, se alejó un poco y regresó dando saltitos. Al pisar la trampa, quedó colgado en el aire de una pata. La tortuga se rió de él: «Tú mismo has preparado la trampa y has caído en ella. Ahora te mataré para comerte». Y, efectivamente, sacó su machete, le degolló y lo escondió entre la maleza.

Más tarde pasó por allí un puerco espín. La tortuga le suplicó que le ayudara a preparar la trampa nuevamente; y, lo mismo que antes, cuando la tuvo preparada quiso que le enseñara cómo funcionaba. El puerco espín cayó también en la trampa y quedó colgado de una pata. La tortuga le dijo: «Ahora eres mío, de mi boca y de mis dientes. Prepárate para morir».

De esta manera, la tortuga consiguió engañar a muchos animales. A todos les decía lo mismo y todos eran igual de incautos. Hasta que pasó el mono, y también quedó atrapado con la misma facilidad. Pero el mono tiene manos. Así es que, mientras la tortuga iba en busca del machete, pudo desatarse. Entonces cogió a la tortuga y se la llevó consigo. Y la tortuga tuvo que engañarle para poder escapar².

¹ Sin embargo, no es carnívora. La atribución de tal característica se debe al lenguaje alegórico propio de los cuentos de animales.

² Parece que el cuento debería completarse con una segunda secuencia.

45. LA MUJER Y LOS ANIMALES DEL BOSQUE

En un pueblo predominaban las mujeres: cada hombre tenía tres, con sus hijos correspondientes.

Un día, en tiempo de cosecha, una de las mujeres fue a la finca. Aparte de recoger lo que quiso, apartó también muchas cosas para una amiga suya.

A la mañana siguiente, volvió para tomar lo que quería dar a su amiga, pero no encontró nada. Vio un pequeño camino que se metía en el bosque y lo siguió.

Al cabo de un rato, vio que unas hierbas humeaban. Se acercó y vio que era un fantasma. A su lado, estaba toda la comida que había robado a la mujer. Y dormía plácidamente. La mujer cogió la olla de comida y se la echó por la cabeza. El fantasma, dolorido por el golpe, se despertó y regañó a la mujer: «Podías haberme matado; y, en lugar de cortarme la cabeza con un machete, me has tirado una olla. Eres tonta. Así que voy a comerte».

La mujer, muerta de miedo, emprendió la huida velozmente. Y se metió en la casa del antílope. Éste quería acogerla. Pero, al ver que se acercaba el fantasma le dijo que se fuera: un antílope no puede hacer nada contra un fantasma.

Entonces, la mujer fue a la casa del león; y después a la casa del elefante; y después a la casa de otros animales... siempre con el mismo resultado: en cuanto veían al fantasma, les cogía miedo y la echaban.

Hasta que, por fin, llegó a la casa de la tortuga. Ésta le pidió que se tranquilizara y que fuera a una finca a buscar comida.

Al llegar el fantasma, la tortuga le dijo: «Sí, he visto a la mujer que buscas. La he mandado a una finca que tengo para que traiga comida. Cuando llegue, podrás comer lo que quieras; y después podrás llevártela».

La mujer llegó de la finca y preparó la comida en una olla. El fantasma empezó a comer. Y tenía tanta hambre que, más tarde, quiso comer de la olla: metió la cabeza dentro y le quedó apresada. La tortu-

ga y la mujer cogieron un machete y, de un solo tajo, le cortaron la cabeza.

La mujer pudo regresar tranquilamente a su casa. Y el pueblo se libró del fantasma, gracias a las argucias que había llevado a cabo la tortuga¹.

¹ En otras versiones, la tortuga termina casándose con la mujer.

46. MONGONAM Y LOS ANIMALES

Junto al pueblo de los animales vivía una chica muy hermosa que se llamaba Mongonam. Todos la querían, pero ella rechazaba a todos los que se interesaban por ella: decía que solamente quería a los hombres.

El león quiso probar suerte. Se limpió las uñas y se acercó a su casa. Al llamar a la puerta, la chica dijo: «No voy a abrirte. Solamente deseo a los hombres». Y el león regresó avergonzado a su pueblo.

Entonces el elefante pensó que, aunque tuviera que hundir la casa, tenía que casarse con aquella chica tan bella. Pero ella, al verle llegar, le dijo que solamente se casaría con un hombre. Y, avergonzado por su fracaso, el elefante regresó a su casa.

Todos los animales del pueblo lo intentaron. Y todos fueron rechazados por la bella Mongonam. Entonces fue la tortuga la que quiso probar fortuna. El tigre no estaba de acuerdo: «Si nos ha rechazado a todos, ¿cómo puedes pretender que te quiera a ti?». Pero la tortuga no le hizo caso.

Se acercó a la casa de Mongonam y llamó a la puerta. Ella no quería abrir; pero la tortuga insistió tanto que, al fin, abrió. La tortuga se metió dentro de la casa y la bella Mongonam, llena de vergüenza, se encerró en su habitación.

Entonces la tortuga llamó a la puerta de la habitación. La chica no quería abrir pero la tortuga no se daba por vencida e insistió; hasta que, por fin, la chica abrió. La tortuga entró en la habitación, y la bella Mongonam se metió en la cama.

La tortuga empezó a decir: «Súbeme a la cama contigo». Ella no quería pero la insistencia de la tortuga obtuvo su premio. Mongonam y la tortuga durmieron juntos y, a la mañana siguiente, la tortuga se llevó a la chica a su casa.

Al llegar al pueblo, todos los animales les aplaudían. Y, desde entonces, consideraron a la tortuga como al más guapo de los animales¹.

¹ Aquí es la insistencia de la tortuga la que obtiene un premio: que no lo es tanto por tratarse de una mujer, ya que el lenguaje alegórico permite a la tortuga comportarse como los hombres, sino por ser una mujer bella como Mongonam. Tradicionalmente, la insistencia era sustituida por el rapto.

47. LA HISTORIA DE SAKINA

Sakina era la chica más bonita del pueblo. Todos la apreciaban y los chicos deseaban casarse con ella. Pero la familia había impuesto como condición que aquel que la deseara tenía que cortar un gran árbol que había junto a la casa.

Un chico muy fuerte fue el primero que lo intentó. Cuando el gran árbol estaba ya a punto de caer, Sakina lo llamó y le ofreció comida. El chico aceptó encantado. Mas, al regresar junto al árbol, éste estaba como nuevo y más fuerte si cabe. El chico no tuvo fuerzas suficientes para seguir hasta el final.

Los demás chicos del pueblo, y los de los pueblos vecinos, fueron pasando para intentar tumbarlo. Pero a todos les sucedió lo mismo. Luego lo intentaron los animales del bosque: incluso el elefante, que es el más fuerte; y el chimpancé, que parece humano. Y todos tuvieron que regresar con las manos vacías.

Hasta que un buen día fue la tortuga la que quiso probar fortuna: se acercó al árbol y empezó a cortarlo por la parte que le venía mejor. El gran árbol estaba a punto de caer, y la bella Sakina le invitó a comer con ella. La tortuga, sin embargo, rechazó la invitación y siguió su tarea hasta que el árbol se tambaleó y cayó con gran alboroto.

Sakina aceptó ser la compañera de la tortuga, que había demostrado ser más inteligente que todos los demás. Por el pueblo, la gente empezó a divulgar falsos rumores sobre la pareja. Una noche, mientras dormía, a la tortuga se la apareció en sueños su propio padre, y le aconsejó que se fuera lejos del pueblo.

Así lo hicieron. Tuvieron unos hijos extraños, que no eran ni hombres ni tortugas¹. Pero pudieron vivir en paz y fueron muy felices.

¹ Una afirmación de este tipo significa que el informador ha olvidado el carácter alegórico de la narración, que de esta manera queda desvirtuado.

48. EL MÁS FUERTE DE LOS ANIMALES

Los animales del bosque quisieron saber cuál de ellos era el más fuerte, y prepararon un mesing¹.

El más pequeño era el mono. Éste fue a visitar a una curandera, que le dio un brebaje para superar a todos los demás.

Llegado el día, el mono se colocó en el centro del campo. Acudió el elefante para luchar con él, y fue derrotado. El pobre elefante, totalmente avergonzado, salió del círculo y dejó paso al león; y éste al leopardo; y así sucesivamente, todos los animales que luchaban con el mono caían al suelo, derrotados por éste.

Solamente quedaban el puerco espín, el antílope y la tortuga. El mono no tuvo ningún problema para deshacerse del puerco espín; tampoco el antílope le presentó mayores problemas.

Entonces se adelantó la tortuga. Los demás animales la aclamaban, porque siempre la han considerado muy inteligente. La tortuga se acercó al mono: y, en lugar de golpearle, como habían intentado los demás, le hizo una llave y le tiró al suelo, derrotándole.

El elefante, el león y el leopardo no comprendían por qué no habían resultado ellos vencedores. Y, desde entonces, todos consideraron a la tortuga como el animal más inteligente que existe.

¹ «Mesing»: la finalidad de esta competición es demostrar la fuerza para vencer al contrario: la lucha se hace entre dos; el resto de espectadores o futuros aspirantes se coloca en círculo, dejándoles espacio suficiente para competir. Los dos contrincantes se sitúan frente a frente y se cogen con las manos como si fuesen a abrazarse. Cuando uno de los dos consigue tirar al suelo, de espaldas, al otro, resulta vencedor. Si hay más contrincantes, prosigue la lucha hasta que existe un vencedor final.

49. EL MÁS FUERTE DE TODOS LOS ANIMALES

En un bosque vivían todos los animales que existen. Querían saber cuál de ellos era el más fuerte. De manera que prepararon una competición.

En el centro se colocó el tití¹. Y el pequeño tití fue venciendo a todos los animales, uno a uno, incluso al leopardo y al elefante. Solamente quedaba la tortuga.

Y, cuando entró la tortuga en escena, todos se reían de ella: porque es lenta y le cuesta hacer esfuerzos. Pero la tortuga venía preparada por un brujo, que le había dado fuerza y agilidad; y además tenía una gran inteligencia y sabía utilizarla. Ni el tití ni la tortuga conseguían vencer, y se dieron un descanso.

La tortuga aprovechó ese descanso para volver a visitar al brujo, que le dio más fuerza y agilidad. Y, al reemprenderse la pelea, venció al tití con bastante facilidad.

Los animales pequeños se sentían felices. Los grandes se morían de envidia. Pero la tortuga había demostrado ser mejor y más inteligente que cualquiera de ellos. De manera que, a partir de entonces, es considerada como el más fuerte y valiente de todos los animales que existen.

¹ Animal perteneciente al orden de los primates (*Hapale* sp.).

50. LA TORTUGA HERRERA¹

Para ganarse la vida, la tortuga aprendió el oficio de herrero y se puso a trabajar. Mientras trabajaba, llegó el escarabajo para que le arreglara la punta de la lanza, que estaba rota. La tortuga le dijo: «Siéntate, y enseguida que termine el trabajo que estoy haciendo te la arreglaré».

Mientras esperaba, se oyó el grito del gallo en el otro extremo del pueblo. El escarabajo se asustó mucho y se dirigió a la tortuga: «Amiga tortuga, tienes que esconderme. Si el gallo se acerca por aquí, me matará». La tortuga la metió en una habitación y prosiguió su tarea.

Enseguida llegó el gallo, que traía un hacha para que la tortuga la arreglara. Pero, al ver la lanza y descubrir que era del escarabajo, preguntó a la tortuga si sabía dónde se había escondido. La tortuga respondió: «Le encontrarás en esa habitación». El gallo entró en la habitación; el escarabajo no tenía ninguna salida, y murió de un picotazo.

El gallo estaba muy satisfecho, porque hacía mucho tiempo que perseguía al escarabajo sin ningún resultado. En aquel momento, las gallinas empezaron a armar un gran alboroto: «¡Que viene el zorro! ¡Que viene el zorro!». El gallo se asustó: «Amiga tortuga, por lo que más quieras, escóndeme, que si el zorro se acerca me va a matar». La tortuga le metió en la misma habitación donde había escondido al escarabajo, y continuó trabajando.

Cuando el zorro llegó a la casa de la tortuga, dijo: «¡Qué hacha más bonita hay aquí! ¿Dónde la has conseguido?». Al saber que era del gallo, y que éste se encontraba en la habitación, el zorro se metió dentro y, al cabo de un momento, del gallo sólo quedaban las plumas. El zorro se sentía satisfecho de haber podido comerse al gallo, después de tanto tiempo de perseguirle.

Entonces aparecieron los hijos de la tortuga, que habían ido al bosque con los perros para cazar animales. Al oír a los perros, el zorro

¹ Se trata del único cuento encadenado de la colección. Cabe añadir que el oficio de herrero era uno de los más respetados en toda el área negroafricana.

se escondió rápidamente en aquella misma habitación. Pero éstos sintieron su olor, se metieron dentro y terminaron con el pobre zorro.

Y la tortuga, que proseguía su trabajo tranquilamente, pudo quedarse con la lanza del escarabajo, con el hacha del gallo, y con las herramientas que el zorro traía consigo.

51. LA TORTUGA Y LOS DEMÁS ANIMALES¹

Los animales del bosque vivían juntos en el mismo pueblo. Tenían una olla tan grande que dentro de ella hubiera cabido una casa entera. Pero no tenían nada para comer. Decidieron ir al bosque: cada uno de ellos traería unas hojas, y las utilizarían como verdura.

Así se hizo. Pero la tortuga temía que, como siempre, intentaran dejarla sin comer. Así es que escondió un caracol en las cercanías del pozo adonde iban a buscar agua.

Cuando tuvieron la olla llena de hojas, el elefante preguntó: «¿Quién es el animal más rápido?». Se adelantó el antílope, y le mandaron a por agua. Pero al llegar al pozo, el caracol empezó a gritar en una lengua extraña: «¡Aluuuma, aluuuma! ¡Antílope, no cojas agua de aquí!». El antílope se atemorizó y huyó a toda prisa. Explicó lo sucedido a los demás animales, que mandaron a otro a por agua; y luego a otro, y a otro... a todos les sucedía lo mismo.

Entonces, el elefante levantó su voz: «Yo mismo voy a ir a buscar agua. Sea lo que sea eso que habla de una manera rara, lo aplastaré con mis patas». Fue al pozo y también emprendió la huida al oír al caracol. Al volver sin agua, el león le regañó: «Hablas mal de los demás, y luego haces las mismas tonterías». El elefante se excusó: «Si eres capaz de traer agua, dejaré que seas tú el jefe del pueblo». El león, orgulloso, no quiso desperdiciar aquella oportunidad. Pero fracasó y tuvo que regresar tan avergonzado como los otros.

En ese momento, la tortuga pidió que la dejaran ir al pozo. Todos se reían de ella, y la amenazaron con comérsela si no conseguía su propósito. Ella fue al pozo, recogió al caracol, lo escondió debajo de su concha, recogió el agua y volvió al pueblo. Los demás animales estaban sorprendidos de que ella hubiera sido capaz de conseguir algo que ninguno de ellos había podido hacer. Cogieron el agua y pusieron las verduras a hervir. Cuando la comida estuvo a punto, los animales hicieron cola para tomar su ración. Al llegar el turno de la tortuga, el león le puso la zancadilla; la tortuga cayó, le pasó el turno y tuvo que

¹ Parece una versión del cuento ndowe número 64 «Cuando los animales del bosque despreciaron a la tortuga».

empezar la cola de nuevo. Al llegar de nuevo a la olla, el chimpancé le hizo la misma mala jugada. La tortuga, entonces, metió al caracol debajo de la olla y volvió al final de la cola. Cuando alcanzó de nuevo la olla, el elefante le pegó una patada y la metió dentro. No podía salir de la olla.

En aquel momento, el caracol reemprendió su cháchara: «¡Aluuu-
ma, no cojáis comida de aquí!». Todos los animales huyeron despavoridos. En su huida, volcaron la olla y la tortuga pudo salir de ella.

La tortuga se dirigió a un árbol que produce una savia rojiza. Se embadurnó con ella, de manera que parecía que estaba ensangrentada. Luego volvió a la olla y, junto con el caracol, se comieron toda la verdura que quedaba.

Poco a poco, los animales fueron volviendo al pueblo. El caracol ya había regresado al suyo. Y la tortuga, cuando la saludaban, respondía con gemidos y con una voz quebrada y lejana. Como seguía con el caparazón pintado con aquella savia, creyeron que estaba herida.

Los animales pensaron que aquella cosa tan extraña, el caracol, se había comido toda la verdura. Y que después había herido a la pobre tortuga, a la que habían dejado sola frente a esa cosa. Sintieron vergüenza por su actitud, y empezaron a cuidar y a alimentar a la tortuga, que durante mucho tiempo pudo vivir a costa de los demás.

II.e. OTROS CUENTOS DE ANIMALES

52. UN LORO CODICIOSO

Los loros vivían tranquilamente en el bosque, hasta que empezó a escasear la comida que tenían. Uno de ellos descubrió un palmeral lleno de dátiles, y todos los machos hicieron viajes a las palmeras para traer comida para sus familias. Cuando también los dátiles empezaron a escasear, decidieron esperar unos días hasta que crecieran dátiles nuevos.

Pero uno de los loros no quiso hacer lo que los demás habían decidido, y quiso traer para su casa hasta cinco dátiles, para asegurar la comida durante esos días de escasez: tomó un dátil con el pico, otros dos con las patas, y se colocó dos más sobre las alas. Y resulta que, al levantar el vuelo, se le cayeron los dátiles de las alas. «¡Vaya!», dijo, y se le cayó el dátil que había cogido con el pico. De manera que regresó a su casa con sólo dos dátiles y con la vergüenza de no haber sabido esperar unos días como sus compañeros.

Aun así, algo había aprendido: «Quien quiere abarcar mucho, consigue poco».

TERCERA PARTE

CICLOS MENORES

III.a. EL PEQUEÑO CICLO DE MENGIRI-MENGIRI

53. LOS FANTASMAS DEL BOSQUE

Un chico vivía con sus padres en un gran pueblo. Siempre llevaba consigo una navaja y sal.

El bosque de aquel pueblo estaba lleno de fantasmas. Los había de dos cabezas, de tres, de cuatro... y uno de diez cabezas que era el más temible.

Un día, el padre del chico se adentró en el bosque para cazar. Pero el fantasma de las diez cabezas se lo comió y no volvieron a saber de él. El chico, extrañado por la tardanza, quería salir a buscarlo; pero su madre se lo prohibió.

Aquella misma noche, la madre se adentró en el bosque y preguntó a los fantasmas dónde estaba su marido. Los fantasmas le decían que siguiera más adentro... hasta que también encontró al de las diez cabezas. Éste se la comió, tal como había hecho con su esposo.

Al darse cuenta de que su madre tardaba tanto, el chico cogió la sal y la navaja y se adentró en el bosque. Todos los fantasmas le incitaban a adentrarse más y más, hasta que se encontró cara a cara con el de las diez cabezas. Le preguntó: «¿Has visto a mis padres?». El fantasma hacía ver que no le oía; y, con esta excusa, lo levantó con las manos hacia la oreja; y, una vez levantado, se lo acercó a la boca y se lo tragó.

En el estómago del fantasma había mucha gente, entre ellos los padres del muchacho. Éste sacó la navaja y empezó a cortar los intestinos del fantasma. Después de cada corte, le echaba sal; y el fantasma, terriblemente dolorido, pedía a sus mujeres que le dieran agua para beber¹.

El muchacho siguió cortando hasta llegar al corazón. Se lo cortó y

¹ La aparición de este motivo implicaría un posterior desarrollo, que aquí no se da.

el fantasma murió en el acto. Un nuevo corte en la tripa permitió a todos los que estaban dentro del fantasma salir fuera de aquel cuerpo de diez cabezas.

Todos regresaron contentos al pueblo; y, desde aquel día, no volvieron al bosque.

54. MENGIRI-MENGIRI, EL PEQUEÑO BRUJO

Mengiri-Mengiri era un muchacho inteligente que vivía con sus padres al lado de un bosque poblado de fantasmas. Un día, estos fantasmas mataron a su padre. Y, al cabo de poco tiempo, su madre desapareció.

Mengiri-Mengiri pensó que ya estaba bien. Cogió una cuchilla de afeitar, un envuelto de pimienta y un envuelto de sal; y se adentró en el bosque, dispuesto a preguntar a cualquier fantasma que encontrara qué había sucedido con su madre. El primer fantasma que encontró tenía una sola cabeza; y le dijo: «Sigue más hacia adentro; busca a un fantasma con dos cabezas, y quizá él te podrá informar». Tampoco el de dos cabezas sabía nada; y, más adelante, tampoco supo decirle nada el de tres, ni el de cuatro, ni el de cinco, ni el de seis, ni el de siete, ni el de ocho, ni el de nueve...

Mucho más adentro se encontraba el fantasma de diez cabezas, que vio llegar a Mengiri-Mengiri desde muy lejos: «¿Qué dices que quieres? Es que estoy un poco sordo. Sube a mis rodillas y repítemelo». Mengiri-Mengiri repitió la pregunta desde las rodillas del fantasma, que continuaba sin enterarse: «¿Qué dices que quieres? Tendrás que repetir la pregunta desde mi hombro». Mengiri-Mengiri no sentía ningún miedo, y subió al hombro para repetir lo que estaba buscando. «Todavía no te oigo. Repítemelo desde mis labios». Y apenas Mengiri-Mengiri había subido a la boca del fantasma, éste sacó su lengua pegajosa y se lo tragó.

Mengiri-Mengiri vio que el estómago del fantasma estaba lleno de personas, todas las que el fantasma se había comido. Y allí encontró también a su madre. Entonces sacó su cuchilla y empezó a cortar el estómago del fantasma de diez cabezas, echándole a continuación sal y pimienta en las heridas. El fantasma se revolvió furioso: «Los gusanos me están causando mucho dolor de estómago. Que mis mujeres me traigan agua». Mengiri-Mengiri proseguía su trabajo; pero, cuando las mujeres del fantasma trajeron el agua, aquello parecía una inundación y nuestro héroe, decidido a terminar pronto, se acercó al corazón y se lo cortó.

Todos los hombres y mujeres que habían sido devorados por el fantasma pudieron recuperar su libertad, gracias a la ayuda del pequeño brujo. Y éste pudo vivir feliz con su madre.

55. EL BRUJO MENGIRI-MENGIRI Y LOS FANTASMAS DEL BOSQUE

Mengiri-Mengiri era uno de los brujos del bosque. Era un buen chico, y vivía con sus padres en una casa del pueblo.

Un día, cuando se encontraba en el bosque, su padre llevó a su casa un antílope que había sido envenenado. Su madre lo guisó y, sin darse cuenta del peligro, lo comieron y murieron. Cuando Mengiri-Mengiri regresó a casa y los encontró muertos, sintió una gran tristeza. Los enterró. Pero no tenía miedo; porque, al ser brujo, podía ir de un lugar a otro tan rápido como el pensamiento.

Por la noche, su padre se le apareció: «Ve a nuestra finca del bosque. Verás que hay una casita de piedra, sin puerta. Todo lo que hay allí es para ti». Al día siguiente, Mengiri-Mengiri se acercó a la casa de piedra y la abrió con una fórmula mágica: «Piedra, abre la puerta». Recogió todo lo que encontró y se lo llevó a casa.

De nuevo por la noche, una voz espectral empezó a decir: «Ya no vives solo. El fantasma que has recogido de la casa de piedra soy yo. Tu padre quería que te cuidara, pero cuando pueda te mataré». Mengiri-Mengiri no las tenía todas consigo. A la mañana siguiente, fue a la finca. El fantasma se le había adelantado, y estaba en la finca en forma de plátano. Mengiri-Mengiri empezó a cortar plátanos, primero los maduros y luego los más maduros, tal como su madre le había enseñado. Entonces se apercibió de que allí estaba el fantasma. Sacó una flecha, la puso en la ballesta y le apuntó. El fantasma recuperó su forma real y empezó a perseguirle. Mengiri-Mengiri, rápido como el deseo, se refugió en la casa de piedra, donde nadie podía entrar puesto que no había puerta.

El fantasma le preguntó: «¿Dónde piensas ir ahora?». Mengiri-Mengiri le respondió: «A buscar agua al pozo». El fantasma se transformó en pozo. Mengiri-Mengiri, al ver que se había ido, salió de la casa de piedra y fue a buscar agua. Vio un pozo hermoso con un agua fresca; pero comprendió, con sus poderes mágicos, que se trataba del fantasma, y pasó de largo. El fantasma, al ver que se dirigía a otro pozo, comprendió que había sido descubierto y le persiguió. Nuevamente, Mengiri-Mengiri se refugió en la casa de piedra. Y le dijo al

fantasma: «Mete tu dedo en este agujero, que te lo untaré con algo dulce». El fantasma metió el dedo, y él se lo cortó. El alarido que lanzó el fantasma atrajo a algunos fantasmas más. Mengiri-Mengiri, sin ningún miedo, les dijo: «He cortado el dedo de vuestro compañero y ahora voy a freírlo».

Los fantasmas, llenos de rabia, oyeron cómo crujía el dedo de su compañero entre el aceite y entre los dientes de Mengiri-Mengiri. Entonces le prepararon una trampa: hicieron un agujero frente a la puerta de su casa y lo taparon con hojas. Cuando Mengiri-Mengiri salió de la casa, cayó en el agujero. Desde abajo, oía las carcajadas de los fantasmas, que le dijeron: «Llamaremos a nuestras mujeres para que te guisen y te comeremos». Mengiri-Mengiri les dijo: «Si queréis encontrarme más sabroso, dejad que coma mucho picante». Los fantasmas le dieron bastante picante. Mengiri-Mengiri lo masticó y, cuando los fantasmas miraron abajo para ver qué estaba haciendo, lo escupió contra sus ojos.

Entonces los fantasmas quedaron cegados y cayeron al agujero. Mengiri-Mengiri, aprovechando su volumen, pudo salir. Y desde arriba empezó a lanzarles piedras, hasta que quedaron muertos.

Los demás fantasmas del bosque, al saber la noticia, se apostaron a lo largo del camino que Mengiri-Mengiri recorría para ir a la finca y le apresaron. Mengiri-Mengiri volvió a engañarles: «Si queréis que esté más sabroso, metedme en una caja con el fondo lleno de piedras y cubierta con hojas. Cada vez que oigáis un ruido, tenéis que decir: «Comeremos la buena carne de Mengiri-Mengiri». Así lo hicieron. Mengiri-Mengiri iba haciendo ruidos con las piedras, y los fantasmas respondían con la cantinela acordada. Los fue distrayendo así; hasta que uno de los ruidos resultó ser el propio Mengiri-Mengiri, que salió de la caja mientras golpeaba las piedras, y desapareció.

Las mujeres de los fantasmas ya estaban preparando el fuego para guisar al pobre Mengiri-Mengiri. Su jefe, que tenía siete cabezas y catorce brazos, quería comérselo la cabeza; una mujer quería una mano... y ya se habían repartido todo su cuerpo antes de comprobar que podrían cocinarlo. Al levantar las hojas de la caja, observaron que había desaparecido y no pudieron saber cómo lo había conseguido.

Entonces se oyó la voz de Mengiri-Mengiri que gritaba: «¡Oye, siete cabezas! Me he escapado de vosotros y jamás lograréis alcanzarme». Los fantasmas intentaron perseguirle. Pero Mengiri-Mengiri, veloz como el rayo, volvió a su casa y no salió jamás de ella.

56. UN CHICO HUÉRFANO

Nguema era un chico huérfano que vivía solo con su abuelo. Éste le había instruido en la brujería de la manera tradicional. Y, cuando vio que se le acercaba la muerte, llamó a su nieto y le dijo: «Eres muy feo; pero podrás conseguir todas las mujeres bonitas que quieras». Y lo llevó frente a las tumbas de sus padres donde, cogiendo las hierbas y las hojas que allí había, fabricó una crema y se la puso en la cara. Nguema era feo, en efecto; pero con aquella crema la gente le veía de una hermosura sin parangón.

El abuelo murió y Nguema le enterró junto a sus padres. Se dedicaba a la caza y vendía todas las piezas que cobraba. Cuando ya había acumulado bastante dinero, el abuelo se le apareció en sueños y le dijo: «Aquí ya no tienes nada que hacer. Véte de este pueblo y no vuelvas hasta que hayas conseguido lo que te propongas».

Nguema se marchó del pueblo. Y encontró trabajo en un pueblo lejano, en casa de un hombre muy rico. Allí, Nguema siguió asistiendo a las reuniones de los brujos, aunque no mataba ni se comía a nadie.

El hombre que había dado trabajo a Nguema era el rey de aquel pueblo y tenía una hija muy hermosa. Ésta se enamoró de Nguema y, cuando le propuso que podrían escaparse, aceptó sin rechistar. La chica estaba asustada: escapaban de su pueblo, sí, pero volando y sin tocar con los pies en el suelo. Llegaron a un claro del bosque y, en un instante, quedó construida una casa.

Mientras tanto, el rey se había visto burlado; y convocó a todos los brujos para que recuperaran a su hija. Uno de ellos se convirtió en un pajarraco que salió volando hacia la casa de Nguema. Al llegar allí se posó en un árbol para intentar sorprender a la pareja. Pero el chico se dio cuenta de lo que sucedía y se convirtió en un gorila. Salió en busca del pajarraco y lo mató. Entonces el pajarraco recuperó la forma humana y Nguema le enterró en el tronco de un árbol, tal como hacen los gorilas.

Un segundo brujo se presentó en la casa, en forma de una chica bellísima. Nguema la invitó a entrar y la pegó ferozmente. La chica recuperó su forma de hombre y Nguema se convirtió en un pájaro. Pero el hombre, en lugar de perseguir a Nguema, cogió a su mujer y se

la llevó consigo. Cuando Nguema se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, se convirtió en un pájaro enorme y atacó y mató sin piedad al hombre que intentaba quitarle a su mujer.

Ningún otro brujo se atrevió a desafiar el poder de Nguema. Y éste, recordando lo que su abuelo le había dicho, regresó a su pueblo natal. Y vivió con toda clase de felicidad junto a las tumbas ancestrales.

III.b. EL PEQUEÑO CICLO DE LA SUEGRA BRUJA

57. LA SUEGRA QUE ERA BRUJA

Un chico vivía tranquilamente en su pueblo, sin saber que su madre era bruja. Ésta, al ver que se le acercaba la muerte, le llamó y le dijo: «Quiero que me entierres aquí mismo, junto a la cocina». Murió a los pocos días, y el muchacho cumplió su deseo.

Al hacerse mayor, el chico salió a buscar mujer, y volvió a casa casado. Su esposa se quedó a preparar la comida mientras él iba a buscar a sus amigos. En ese momento, apareció la bruja en la cocina y dijo: «Con este machete mataré a todas mis nueras». Le asestó un golpe en el cuello, matándola en el acto; y la mala bruja cogió su cuerpo y lo enterró en su mismo agujero. Cuando el muchacho regresó a casa, solamente vio unas gotas de sangre; y jamás volvió a saber nada de su mujer. Así que se casó de nuevo, y nuevamente ocurrió lo mismo.

Entonces se casó con una tercera mujer, que era muy bonita. Cuando ésta se encontraba en la cocina preparando la comida, apareció de nuevo la bruja diciendo: «Con este machete mataré a todas mis nueras». A lo que la joven esposa contestó: «Y con este otro mataré a mi suegra». Y asestó un golpe fortísimo en el cuerpo de la bruja, que se desintegró en el acto.

La mujer no quiso contarle nada a su marido. Y desde entonces pudieron vivir tranquilos y felices.

58. EL ELEFANTE, EL MONO Y LA BRUJA

Un cazador apuntaba con su escopeta a un elefante. Éste le dijo: «¿Cuándo será que Dios haga justicia y nos permita cazarnos a vosotros? Más vale que dispires a los antílopes, y no a los animales grandes». Y se marchó tranquilamente.

El cazador no sabía qué hacer. Divisó a un mono y le apuntó a la cabeza. El mono se volvió y le regañó: «Ten en cuenta que Dios vendrá para juzgarnos. Deja a un lado la escopeta, y dedícate a cazar solamente animales pequeños». Y regresó al interior del bosque.

El hombre estaba atónito. Jamás había oído hablar a un animal. Al volver a casa, reunió a su mujer y a su hijo y les contó lo sucedido. Inmediatamente, murió.

El muchacho se fue haciendo mayor, y aprendió a cazar. Pero solamente cazaba ratones y otros animales semejantes, por temor a que no le sucediera lo mismo que a su padre. La madre, que seguía viviendo con él, era una bruja. Y al cabo de un tiempo también murió. Después de enterrarla, el chico decidió ir a buscar a una mujer.

Regresó con su esposa. Y al día siguiente, cuando el chico había ido al bosque para intentar cazar a un antílope¹, la madre se apareció a la mujer diciéndole: «¿Sabes dónde está el machete con el que mato a las mujeres de mi hijo?». Y a continuación pronunció unas palabras mágicas: «Yelee sua ememe...». La mujer estaba aterrorizada; la madre sacó un machete y le cortó el cuello.

Cuando el muchacho regresó a la casa, vio que la mujer estaba muerta en medio de un charco de sangre. Pero no vio huellas ni pisadas por ningún lado. Enterró a la chica y salió para buscar a otra. Regresó con la nueva esposa y, al día siguiente, sucedió lo mismo: la halló en un charco de sangre sin ninguna pisada en toda la casa. Entonces volvió a irse y encontró a una tercera esposa.

Sin que el muchacho lo supiera, ésta era también una bruja. Y, cuando la madre se le apareció, replicó: «Y tú, ¿no sabes dónde guardo

¹ No se entiende que pueda haber una relación entre el hecho de que se case y que ya pueda cazar animales más grandes. Podríamos suponer que se trata de la fusión de dos cuentos distintos.

el machete para matar a las madres de mis maridos? Yelele sua ememe...». Y sacó otro machete.

Cuando el muchacho regresó a la casa, encontró a las dos mujeres enzarzadas en una violenta pelea y comprendió lo que sucedía. Cargó la escopeta, apuntó a su madre y disparó. El cuerpo desapareció como por arte de magia.

Y el muchacho pudo vivir tranquilamente con su tercera mujer, de la que tuvo muchos hijos.

CUARTA PARTE

**CUENTOS NO ADSCRITOS
A NINGÚN CICLO**

IV.a. UN TEMA RECURRENTE: LA BRUJERÍA

59. LOS BRUJOS Y EL CURANDERO

Ndong y Mba eran los jefes de los brujos de un pueblo. Todo el mundo lo sabía, porque el curandero lo había explicado a la gente. Por eso los dos brujos deseaban hacerle daño.

Una noche, mientras los cuerpos de Ndong y de Mba se quedaban en sus casas, sus almas asistieron a una de las reuniones de los brujos. No había manera de acercarse al curandero, porque estaba prevenido y sus hechizos no eran tan fuertes como la medicina que él se había preparado. Pero salió un joven que solicitó poder ir a embrujar al curandero a cambio de comida.

En aquel pueblo, un hombre había cometido adulterio. Los brujos le mataron y dieron su cuerpo al joven para que lo comiera. Entonces le anunciaron: «Tal como habíamos pactado, mañana irás a la casa del curandero y le harás un hechizo: tiene que tener un accidente, de cuyas heridas tarde cinco años en curarse»¹. Los espíritus de los brujos asistentes a la reunión volvieron a sus casas y se juntaron de nuevo a sus cuerpos.

A la mañana siguiente, el joven se dirigió a la casa del curandero. Éste, sabedor de que los brujos le prepararían algo malo, se hallaba prevenido y había hechizado la puerta. De manera que en cuanto el joven la cruzó empezó a gritar contando todo lo ocurrido la noche anterior.

Aquella noche tenían que reunirse los brujos otra vez, para ver cómo habían transcurrido sus deseos. Dejaron los cuerpos en sus casas y acudieron sus almas a la reunión. El joven contó lo sucedido, y su espíritu fue muerto por los brujos. Quisieron volver todos a sus casas.

¹ Creencias y prácticas de este tipo provocan que la idea de una enfermedad accidental, no provocada, parezca inverosímil; siempre tiene que haber un culpable y, para descubrirle, el proceso se reinicia.

entristecidos por no haber podido ver cumplida su venganza. Pero mientras tanto el curandero, que sabía por el joven que esa noche estarían todos en la reunión, había incendiado sus casas. Y sus cuerpos empezaban a arder. Desnudos, los espíritus se dirigieron a la casa del curandero; pero éste ya les tenía preparado un brebaje, con el que les roció. Así fueron muriendo todos, y sus cuerpos y sus espíritus se unieron solamente en el momento de la muerte.

El joven, cuyo cuerpo todavía vivía, a la mañana siguiente fue a trabajar con normalidad. Pero también el curandero había preparado algo para él: tuvo un accidente fatal y murió definitivamente.

Éste fue el castigo que el curandero infligió a aquéllos que habían conspirado contra él.

60. EL MATRIMONIO DE ROGE

En un pueblo vivía un anciano viudo con sus tres hijos: Ote, Elimoana y Roge. Un día les llamó y les dijo: «Veo que voy a morir. Seguramente seguiréis tan pobres como hasta ahora. Pero nunca dejéis de trabajar en la finca». Y al cabo de pocos días murió.

Los tres hermanos trabajaban en la finca cada mañana, esperando poder cosechar mucho. Al cabo de poco tiempo, se dieron cuenta de que les faltaban frutos. Así que decidieron vigilar la finca para atrapar al ladrón. Ote fue el encargado de vigilarla durante la primera noche, no pasó nada especial. Al volver al pueblo, sus hermanos decidieron quedarse en casa para trabajar en ella. Él, siguiendo el consejo de su padre, volvió a la finca. Y allí encontró a una chica que se estaba comiendo los frutos.

Al verle, ella se espantó: «No me hagas nada. Os robo los frutos porque tengo hambre. Pero en realidad estoy buscando marido. Me casaré contigo si eres capaz de ganarme una carrera hasta la otra orilla del río». Ote estaba muy seguro de ganarla, a pesar de las niguas¹ que tenía en los pies. Al empezar a correr, se dio cuenta de que la chica era muy veloz. Y cuando ella se tiró al agua, el miedo le detuvo y regresó apesadumbrado a casa.

Al día siguiente, era el turno de Elimoana. También encontró a la chica, que le dijo: «Soy el fantasma de una chica muerta, y estoy buscando marido. Me casaré contigo si eres capaz de ganar una carrera hasta la otra orilla del río». Elimoana era más rápido que Ote; pero también tuvo miedo del río, y también regresó triste al pueblo, sin la chica.

Roge tenía tantas niguas que apenas podía andar. Cuando vio a la chica, la encontró tan hermosa que se enamoró de ella. Y cuando le propuso realizar una carrera, no se lo pensó dos veces. La chica era muy veloz, pero la siguió con mucho esfuerzo. Y, al llegar al río, se tiró de cabeza al agua.

¹ Se trata de minúsculos insectos que viven en la tierra y en la hierba. Cuando se camina descalzo, las niguas pueden penetrar en la piel, ocasionando molestias si no se eliminan a tiempo.

Entonces vio que en el fondo del río había una ciudad sumergida. Solamente salía humo de una de las chimeneas. Se dirigió hacia aquella casa, y encontró a una vieja que le preguntó: «¿Qué estás buscando aquí abajo?». Roge le describió a la chica, y la vieja dijo: «Ten mucho cuidado con ella, porque se trata de una muerta».

Roge ayudó a la anciana: arregló los desperfectos de la casa, fue al bosque a buscar leña y limpió los alrededores. La vieja, agradecida, se ofreció a ayudarle: «Voy a darte este cesto; dentro, hay otro cesto con una cajita. Ella será la que te dirá lo que debes hacer a cada momento».

Al salir de la casa, la cajita le ordenó: «Coge aquella hoja. Desplégala, suéltala delante de ti y soplala con los ojos cerrados». Roge lo hizo así, y al instante el pueblo sumergido salió del agua. Entonces la cajita dijo: «Dirígete a la casa de la palabra. Cuando te vean, todos se convertirán en cenizas, y tú debes decir: ¿Por qué me dejáis solo, si he venido a visitaros?».

Así lo hizo el muchacho. Y, al hacer esa pregunta, las cenizas recorrieron el aspecto de personas y le invitaron a sentarse. Roge consultó con la cajita. Ésta le advirtió que no lo hiciera, y él permaneció de pie. Entonces preguntó por la muchacha. Le dijeron que se llamaba Jambo, y que vivía en tal casa.

Cuando Roge se acercó a la casa de Jambo, la cajita le advirtió que, para entrar, debía abrir la puerta de una patada y con los ojos cerrados. Así lo hizo, y se encontró con la muchacha sentada, que le dijo: «Si has conseguido llegar hasta aquí, eres un chico realmente fuerte».

Después de consultarlo con la cajita, Roge entró en la casa y tomó asiento. La chica empezó a prepararle comida y se la ofreció. Roge se la ofreció al gato y, al ver que éste no se la comía, tampoco tomó nada. Fuera, se oían unas voces que discutían: «Este pobre chico va a morir». «No morirá, porque es fuerte». La cajita le advirtió: «¿Lo ves? Ten mucho cuidado, y no hagas nada sin que yo lo apruebe».

Apareció entonces la madre de Jambo. Él le dijo: «He venido hasta aquí para casarme con tu hija». Ella replicó: «Está bien. Pero primero tendrás que traer un anillo que está en el fondo del río». Como ya era muy tarde, se fueron a dormir. Roge, por indicación de la cajita, no quiso acostarse con Jambo. Se metió en una cama separada y durmió encima de la cajita.

A la mañana siguiente, el muchacho cogió una hierba que le quitó el hambre. Pudo rechazar el desayuno que le ofrecían. Y cuando la madre de Jambo le recordó que tenía que conseguir el anillo del fondo del río, la cajita le dijo: «No te preocupes. Échame al río y escóndete. Dentro de un rato me recoges del agua, y el anillo aparecerá dentro de

mí». Roge actuó tal como la cajita había ordenado. Y, tras conseguir el anillo, se lo presentó a la madre de Jambo que —convencida de que el muchacho moriría— había ido a trabajar.

Las voces continuaban discutiendo: «Este chico va a morir». «No morirá, porque es muy fuerte».

La madre le anunció: «Mañana pasarás la última prueba». El chico, aquella noche, tomó todas las precauciones, ya conocidas. Y, al amanecer, le dijeron que debía bailar sobre una hoguera hasta que las llamas se apagaran. Estaba muerto de miedo, pero quería proseguir. La cajita le dijo: «Quédate dentro de la casa. Yo tomaré tu forma y bailaré sobre las llamas». Así lo hicieron, ante la sorpresa general.

Y las voces seguían discutiendo: «Este chico va a morir». «No morirá, porque está resistiendo todos los embrujos».

Al día siguiente, Roge debía irse con Jambo hacia su pueblo. Al ir a buscarla, vio que todas las chicas del pueblo tenían la misma forma, y que no podía distinguir cuál de ellas era la que amaba. La cajita le dijo: «Paséate por delante de todas. Al volver, la chica que ocupe la vigésima posición será la verdadera Jambo». Roge lo hizo de esta manera.

Entonces, ella se dirigió a él y le dijo: «No me conoces bien. Ahora verás quién soy en realidad». Tomó la forma de un hombre, y continuó: «Ahora aparecerán muchos coches, pero solamente uno de ellos es un verdadero coche. Si aciertas a escogerlo vendré contigo. En caso contrario, morirás».

Con la ayuda de la cajita, Roge adivinó el coche. Entonces Jambo recuperó su forma femenina y proclamó: «Has conseguido superar todas las pruebas. Por tanto, seré tu esposa para siempre. Coge todos los regalos que te apetezcan, subamos al coche y marchemos hacia tu casa».

En el pueblo de Roge, se estaban celebrando sus funerales. Todos creían que había muerto en el río. Elimoana, que había ido a buscar agua, vio que se acercaba un coche y le pareció que uno de los ocupantes era el propio Roge. Rápidamente, fue a avisar a Ote. Cuando éste llegó, Roge y Jambo salieron del coche y corrieron a abrazarles.

Y, con las riquezas que Roge trajo consigo, todos pudieron vivir sin ninguna clase de privaciones hasta el fin de sus días.

61. LA BRUJA QUE COMÍA CADÁVERES

En un pueblo vivía un chico que no tenía ningún interés por las cosas buenas de la vida. No le interesaban las mujeres, y no quería casarse. Hasta que su padre le advirtió: «Yo soy tu padre; así que debes escucharme y obedecer. Buscaré una mujer para ti y te casarás con ella». El chico no contestó.

La mujer que su padre le había buscado era bonita e inteligente. Pero muy pronto el muchacho empezó a darse cuenta de que casi no comía nada. La mujer le explicó que siempre comía muy poco, para no causar gastos inútiles a la familia. Pero el chico no la creyó.

Aquella noche, el chico se mantuvo despierto. Y observó que su mujer se levantaba de la cama y salía de casa. Sin que ella se diera cuenta, la siguió. La mujer se dirigió hacia el cementerio, y al llegar allí dijo: «Siempre me das animales podridos, pero también me gustan los buenos alimentos». El chico no entendió muy bien lo que significaban aquellas palabras, pero volvió a casa.

Cuando la mujer entró de nuevo a la casa, el chico objetó: «No tengo ganas de dormir en la cama. Hace mucho calor, y dormiré mejor en el suelo». La mujer se alarmó, pero no dijo nada.

Por la mañana, el hombre se puso a comer. La mujer no quería tomar nada, de manera que el chico la descubrió: «Yo no tenía interés alguno en casarme contigo. Fue mi padre quien me obligó a ello. Y ahora descubro que no comes nada en casa porque por las noches te acercas al cementerio a comer cadáveres»¹. Al verse descubierta, la mujer entró en la cocina; se llenó la boca de agua y la echó sobre la cabeza del marido, pronunciando una maldición. Al instante, el chico se convirtió en un perro, y la mujer lo echó de casa.

El perro iba corriendo por la ciudad, buscando comida y huyendo de los otros perros. Hasta que un hombre rico lo atrapó y se lo llevó consigo a un lejano pueblo. El perro se daba cuenta de todo lo que pasaba, pero no podía hablar.

Al llegar al pueblo, el dueño del perro quiso terminar un negocio. Pero sus clientes le pagaron con dinero falso. Entonces el perro se dio

¹ La necrofagia se asimila en todos los cuentos a las prácticas de brujería.

cuenta, empezó a ladrar y separó el dinero auténtico del falsificado. Toda la gente se admiró de la habilidad de aquel perro, y desde entonces le trataban muy bien y le mimaban.

Sobre todo una mujer muy guapa, que resultó que era amiga de su propia mujer². Un día se lo llevó a casa, porque también conocía frases mágicas y se había dado cuenta de que era un perro muy inteligente. Fue a la cocina, se llenó la boca de agua, la echó sobre el perro y repitió las mismas palabras que había dicho la primera mujer.

El efecto fue inmediato, y el perro se convirtió de nuevo en el chico que era. La chica vio que era apuesto, y le pidió que se casaran. Pero el chico no quería saber nada de mujeres, ni de brujería, y salió corriendo hacia su pueblo.

Al verle llegar, su mujer quedó aterrorizada: «¿Cómo puede regresar a casa en forma de hombre?». El chico entró en la cocina, se llenó la boca de agua, la echó sobre la mujer y pronunció la maldición, añadiendo: «Quiero que te conviertas en un caballo, para que todos te monten y te dominen».

La mujer, convertida en caballo, huyó de casa. Y el chico pudo vivir tranquilo en su pueblo.

² La explicación, poco verosímil, demuestra una narratividad muy rudimentaria.

62. LOS PODERES DE SUSA

Un hombre y una mujer vivían en un pueblo con sus hijos Ote y Susa¹. Al casarse, se habían hecho unas promesas mutuas: el hombre le había prometido a su esposa que cada día le compraría un vestido nuevo; y la mujer prometió a su marido que solamente le daría carne para comer.

Y así lo hicieron durante mucho tiempo: cada día, el hombre iba a la ciudad a comprar un vestido nuevo; y la mujer iba a cazar animales y solamente comían carne. Pero en aquel bosque la comida empezó a escasear y llegó un día en que la mujer no tenía ninguna carne para guisar. Se puso triste, porque el hombre siempre había cumplido su promesa y ella también quería cumplirla. Al fin, decidió cortarse una oreja y guisarla con una salsa exquisita.

Cuando el marido llegó de la ciudad, le dio el vestido que había comprado. Ella le sirvió la mesa y él empezó a comer. Al cabo de un rato, dijo: «La comida que has preparado es la más exquisita que había tomado nunca. ¿De qué animal es?». Ella se enfadó: «¿Es que no me quieres? Parece ser que no te has fijado en mí». Él la inspeccionó de arriba a abajo y, al darse cuenta de que se había cortado la oreja, ella le confesó: «Ésa era la carne que comías». Y el hombre dijo: «Entonces resulta que la carne humana es la mejor que existe. Cuando vuelvan nuestros hijos de la escuela, podemos matarlos y comerlos. Estarán sabrosísimos».

Ote y Susa llegaban en aquel momento y oyeron las últimas frases de la conversación de sus padres. Así que huyeron al bosque. Allí encontraron refugio debajo de un árbol y, al llegar la noche, se pusieron a dormir. En sueños se les apareció su difunta abuela, que quiso dar poderes mágicos a Susa. Le dijo: «Cuando tengas hambre, lávate las manos; y cuando necesites dinero, péinate. Pero no duermas nunca de noche; y no llores ni te rías: si lloras, vendrá el diluvio universal; y si ríes, el sol quemará la tierra».

¹ La versión se acerca todavía más a la europea: Ote y Susa ya son hermanos. Después del planteamiento inicial, el cuento se desvía de esta tradición y se africaniza. Los padres, por otra parte, no son castigados.

Al despertarse, quisieron comprobar lo que habían soñado. Se acercaron a un río y Susa se lavó las manos. Al instante aparecieron panes y toda clase de comida. Luego, se peinó. Y de sus cabellos caían monedas de todas clases. Muy contentos, continuaron su camino. En el otro extremo del bosque encontraron una casita. Vivían en ella una vieja bruja con su hija ciega, que les dieron cobijo.

Al día siguiente, Ote se dirigió a visitar al rey para explicarle los poderes que tenía su hermana. El rey le escuchó con atención y le dijo: «Si lo que dices es verdad, me iré del trono y dejaré que el rey seas tú; pero si es mentira te mataré». Y le ordenó que al día siguiente volviera con su hermana Susa.

Mientras tanto, la vieja —que había reconocido los poderes de Susa— había hecho un embrujo: mientras dormían, había cortado las cabezas de Susa y de su hija, y las había cambiado. Así es que cuando Ote regresó a casa e intentó hablar con su hermana, ésta no podía ver nada y se puso a llorar. Ote comprendió que algo raro había hecho la vieja bruja, puesto que no vino el diluvio universal. Pero no se amedrentó y al día siguiente cogió a su hermana ciega y la condujo hacia la casa del rey.

Susa se lavó las manos y se peinó: ni panes, ni comida, ni dinero, no apareció nada. El rey quería dar muerte a Ote, tal como le había prometido. Pero éste suplicó que llamaran a la vieja bruja y ésta, al hallarse frente al rey, confesó su fechoría y volvió a intercambiar las cabezas de las chicas.

Entonces Susa se lavó las manos y aparecieron panes y toda clase de comida. Se peinó el cabello, y de él cayeron toda clase de monedas. El rey le pidió que se riera, y al instante el sol empezó a quemar las casas del pueblo, hasta que el rey le pidió que cesara su risa. Finalmente, el rey le pidió que llorara; y unos negros nubarrones empezaron a descargar furiosa lluvia. El rey le ordenó que cesara su llanto. Y, complacido, entregó el trono a Ote tal como había prometido el día anterior.

De esta manera, Ote y Susa vivieron juntos y felices. Y se hicieron ricos.

63. MBA Y LA MUJER DE CARÁCTER

Mba se había casado con una mujer muy dominante. Era ella la que siempre decidía las cosas; e incluso se buscaba nuevos maridos, cuando lo normal es que sea el hombre quien se busque nuevas mujeres¹.

Un día, la mujer se puso enferma. Mba fue a cazar, repasando todas las trampas que había puesto, y volvió a casa con un antilope. Lo preparó y lo guisó, tal como hacen las mujeres, y se lo comieron. La mujer fue poniéndose buena, mejorando su salud. Y poco a poco volvió a realizar las tareas de la casa. Hasta que un día, al ir a lavar la ropa, solamente quiso lavar la suya y dejó aparte la de Mba.

Éste se enfadó mucho. Y se dirigió a la casa de la palabra para exponer su problema y pedir a los ancianos que le dejaran separarse de su mujer².

Éstos no lo vieron bien: «Después de tantos años de vivir juntos, ¿cómo puedes decir que ya no la quieres?».

Mba regresó enfadado a su casa. Entonces se le acercó un viejo y le dijo: «Si quieres saber lo que pasa con tu mujer, colócale este preparado en los ojos y vuelve aquí». Mba puso dos gotas de aquel preparado en los ojos de la mujer y salió de nuevo fuera de la casa. El viejo dijo: «Prepárate para ver y escuchar, pero no digas nada hasta que regresemos».

Y se llevó a Mba dentro del bosque, donde descubrieron una ciudad amurallada. Entraron en ella, y de pronto vieron que el sol bajaba hasta la ciudad.

El viejo decía: «Mira al sol, fijate en él». Pero Mba no podía sino desviar la vista del astro luminoso. «No apartes la mirada. Fijate en lo que el sol contiene», insistía el viejo. Mba, con mucho esfuerzo, divisó una butaca y a su mujer sentada en ella. El anciano le

¹ También puede resultar habitual que una mujer busque nuevas esposas para su marido.

² Aquí la casa de la palabra aparece en el ejercicio de una de sus funciones principales: discutir y decidir sobre los problemas que se plantean en el pueblo.

explicó: «¿Te has dado cuenta? Tu mujer se comporta así porque es una de las brujas principales».

Mba no dijo nada. Regresó a su casa y silenciosamente, sin llamar la atención, cogió sus cosas y se alejó del pueblo pensando que no quería vivir con una bruja.

64. UNA MUJER QUE MANDABA DEMASIADO

Una vez había un matrimonio en el que era la mujer la que mandaba. Si, por ejemplo, el marido le pedía que le lavara la ropa, ella no le hacía el menor caso y se echaba a dormir. Y el marido, incapaz de pegarla, se iba de paseo. Hasta que volvían a discutir otra vez, siempre con el mismo resultado.

Por fin, el marido se cansó de la situación. Convocó a toda la gente en la casa de la palabra, y anunció que quería separarse de la mujer. El jefe del pueblo intentó que las cosas se calmaran, pero el hombre había tomado ya su decisión, y parecía que nada ni nadie podría hacer que la cambiase. Por la noche, el jefe de la tribu se acercó a su casa y le dijo: «Voy a entregarte un líquido, para que se lo pongas en la boca, en los ojos y en la nariz. Después volveré». El hombre cumplió lo que le había ordenado el jefe y la mujer se durmió profundamente.

Entrada la noche, el jefe se presentó de nuevo en la casa y se lo llevó consigo: pero solamente iban los espíritus de los dos hombres, porque sus cuerpos se habían quedado en el pueblo. El jefe anunció: «A partir de ahora, cerrarás la boca. Solamente mirarás y escucharás». Cruzaron las fincas de las mujeres, y llegaron a un lugar donde había toda clase de cosas: coches, aviones... El marido esperaba a ver qué pasaría; y de pronto creyó que el sol bajaba más de lo acostumbrado.

El jefe decía: «Mira, el sol está bajando. Míralo bien». Pero era tal el resplandor, que al pobre hombre se le cegaban los ojos. Continuaron caminando, mientras el jefe insistía una y otra vez: «Mira en el interior del sol». De pronto, del sol salió una voz que decía: «He venido para citarme con el hombre que me ha robado a mi mujer».

Entonces el jefe dio al marido unas hojas para que pudiera ver. Y lo que vio el hombre le dejó maravillado: en el centro del sol se encontraba su mujer, sentada en una butaca como si fuera la reina de aquel lugar. El jefe le contó lo que sucedía: «No podía explicártelo en la casa de la palabra, delante de todo el mundo, y por eso te he traído hasta aquí. Esto es brujería, y tu mujer es la reina del lugar. Muchas noches vengo a verlo».

Regresaron al pueblo, y el alma del marido entró de nuevo en su

cuerpo. Inmediatamente recogió sus cosas y se fue de casa; de manera que, al día siguiente, cuando su mujer se despertó ya no le encontró.

Cuando un hombre se encuentre en una situación similar a la que se ha contado, debe intentar aclararlo todo hasta el final; porque no siempre las cosas que nos suceden son reales.

65. LA MALA MUJER JOVEN

Un hombre tenía dos mujeres. Una de ellas, cada mañana salía a la finca para cultivar plátanos y otras clases de comida. La otra no trabajaba, pero tenía un hijo. Y esta última era la preferida del marido, porque la primera era más joven¹.

La mujer joven quería al hijo de la otra, y no sabía qué hacer para conseguirlo. Un día entró en la casa de una curandera, y ésta le dijo: «Te haré un brebaje, si quieres, pero voy a necesitar una caña de azúcar». La mujer fue al bosque y regresó con una caña. La curandera preparó un brebaje y, haciendo un embudo con unas hojas, lo metió dentro de la caña de azúcar.

La mujer joven entonces, fue a ver al hijo de la otra mujer y le dio aquella caña. Al comerla, el chico empezó a sentir que amaba a la mujer joven. Y, por la noche, se acercó a su habitación y se acostaron juntos. Y así lo hacían cada noche.

Pero llegó el día en que el marido tenía que acostarse con ella. Entró en la habitación y se dio cuenta de que su propio hijo estaba en la cama con su mujer. Salió en silencio y esperó a que amaneciera.

Entonces llamó a su hijo y le echó de casa. El chico se fue, encontró a una mujer más bonita que el diablo, se casó con ella y tuvieron un hijo. Al cabo del tiempo, pensó: «¿Qué estoy haciendo aquí? Estoy lejos de mi familia; y también ellos se lo estarán pasando mal». Y, con su mujer y su hijo, regresó a la casa de sus padres.

Al entrar en la casa, advirtió que la mujer joven ya no vivía allí: había abandonado a su marido, dejándole solo con la mujer mayor.

El padre comprendió que todo había sido culpa de la mala mujer joven, y perdonó a su hijo. Y desde entonces vivieron felices, todos juntos.

¹ La mujer preferida suele ser la primera. En este caso, además, el hecho de su fecundidad aumenta el reconocimiento por parte del marido.

66. EL SOBRINO DE LA BRUJA

Un hombre vivía con su hermana en un pueblo. Eran huérfanos. Llegó otro hombre al pueblo, y quiso casarse con la hermana. Ésta accedió. Era bruja, y ella sola podía hacer el trabajo de seis personas.

El hermano decidió irse a otro pueblo a buscar fortuna. Allí se casó y tuvo varios hijos. Uno de ellos, al hacerse mayor, quiso ir a conocer a su tía. Y, efectivamente, se dirigió al primer pueblo y fue recibido por sus tíos con gran agasajo.

Había un bebé en la casa, y se acercaba la época de la pesca para las mujeres. La tía no sabía a quién dejar el bebé, ya que su marido también tenía que ir al bosque a cazar. Así que lo dejó al sobrino. Salió por la mañana; y por la tarde regresó tan cargada de pescado que tuvieron comida para una semana.

El sobrino no comprendía cómo era posible que una mujer pudiera pescar tanto. De manera que otro día que la tía salió a pescar, en lugar de quedarse con el chiquillo dijo que él también quería ir a cazar; y lo que hizo en realidad fue seguir a su tía hasta el río. Allí vio cómo su cuerpo se partía en dos mitades: y mientras una cuidaba al niño, la otra se dedicaba a la pesca.

Horrorizado al comprender lo que pasaba, el chico ya no quiso comer nada más, solamente lo que él mismo cazaba. Fue a ver a un curandero, que le insinuó que debía matar a su tía.

Él no quería llegar a hacerlo, y cada día estaba más mustio y triste, hasta el punto de que este cambio de actitud preocupaba seriamente a sus familiares.

Por fin, el curandero le anunció que le daría un brebaje con el cual podría destruir la brujería de su tía sin tener que matarla. El muchacho volvió a seguir a su tía hasta el río; y en el momento en que su cuerpo empezaba a dividirse, se plantó frente a ella y le echó el brebaje mágico que el curandero le había dado.

La bruja, al verse descubierta, quiso perseguirle. Pero el chico dejaba caer el brebaje, gota a gota, tras de sí; de manera que la bruja no pudo darle alcance.

Regresó a su casa y vivió tranquilamente allí sin que nadie le molestara. Y la tía, destruidos sus poderes, aprendió lo que era pasar hambre¹.

¹ Obsérvese que la bruja no ha utilizado sus poderes con fines perversos y que, sin embargo, la pérdida de tales poderes la conduce a la miseria. Lo más importante es destruir a la bruja, independientemente de cualquier juicio objetivo.

67. LOS TRES HERMANOS

Ndong, Mba y Nguema eran tres hermanos huérfanos que vivían con su abuelo. Un día, éste se sintió morir y llamó a Ndong, el mayor, para decirle: «Cuando muera, deberás seguir estos tres consejos: no desees a las mujeres de los demás; no engañes a los amigos; y quédate con este bolso de bambú: dentro de él encontrarás un perro y un poco de pintura; si alguna vez te encuentras en una situación difícil, pinta con dicha pintura el lomo del animal y podrá ayudarte».

Después llamó a Mba; y más tarde al pequeño Nguema, su preferido. A todos les dio las mismas instrucciones; y poco rato después murió. Los hermanos continuaron viviendo en la misma casa. Pero, en cuanto Nguema hubo crecido lo suficiente, emprendieron el camino para buscar una nueva vida. Llegaron a un cruce de tres caminos; y entonces Ndong sacó un cuchillo y lo clavó junto a un árbol que había en ese cruce: «Cada uno de nosotros irá por un camino distinto. Cada tres meses nos encontraremos en este lugar; y si alguno de nosotros ha muerto, el cuchillo aparecerá teñido de sangre».

A los tres meses, efectivamente, volvieron a encontrarse: Ndong había encontrado trabajo en la casa de un rey a quien debía lavar la ropa; Mba también había encontrado un trabajo similar, en casa de una vieja; y el pequeño Nguema estaba sin trabajo, pero subsistía cazando en el bosque. Se despidieron hasta otra ocasión, y cada uno volvió a su lugar.

Y sucedió que Ndong tuvo problemas en aquella casa donde trabajaba: un militar se acercó a él y le pegó sin mayor motivo. Ndong se revolvió y, por esta causa, fue a parar a la cárcel. El rey decidió castigarle con la muerte y Ndong, antes de que se cumpliera la sentencia, ordenó al perro que fuera al cruce. Poco después le ejecutaron.

Cuando llegó el día señalado, Mba y Nguema observaron que del cuchillo salía un hilo de sangre; de lo que dedujeron que Ndong había muerto. Mba, que era ahora el mayor, recogió al perro de Ndong. Y se despidieron de nuevo hasta otra ocasión.

Cuando Mba llegó a la casa de la vieja, ésta —que era bruja— se le acercó en forma de un gran pájaro y le atacó: quería matarle. Mba, entonces, sacó de su bolso de bambú la pintura que le había dado su

abuelo; y con ella pintó el lomo de su perro. Éste, al instante, se convirtió en un perrazo enorme que atacó y apresó al enorme pájaro. La vieja, al verse apresada, recobró su forma normal. Mba llamó a un curandero para que la curara, pero la vieja, llena de rencor por lo ocurrido, pensó en vengarse: al día siguiente se convirtió en una bella muchacha que ordenó a los perros que se fueran de aquel lugar. Cuando Mba regresó a la casa, le pudo matar sin dificultad y enterrarle junto a la casa. Los perros permanecieron fielmente a su lado hasta el momento de volver al cruce.

Nguema llegó al cruce corriendo: había cazado un elefante tan grande que recurrió a la ayuda de los hombres de un pueblo cercano; sin embargo, al entrar en el bosque, se dieron cuenta de que allí no había ningún elefante. Al sentirse engañados, los hombres persiguieron a Nguema para matarle; y éste, acuciado por el peligro, había pintado el lomo de su perro para poder escapar de la persecución.

Al llegar al cruce, observó que del cuchillo salían ahora dos hilos de sangre. Entristecido por la mala fortuna que habían tenido sus hermanos, se dirigió con los tres perros a la casa del rey donde había trabajado Ndong. Éste no quería enseñarle el lugar donde el hermano mayor estaba enterrado; por fin, Nguema pudo localizarlo, y se aprestó a pasar ahí la noche.

Fue aquella misma noche cuando su abuelo apareció en sus sueños y le dio un brebaje que debía echar sobre los cuerpos muertos de sus hermanos. Al despertarse, Nguema desenterró el cuerpo de Ndong; le echó el brebaje y el hermano resucitó.

Los dos se dirigieron entonces a la casa de la vieja donde había trabajado Mba. La vieja tampoco quiso enseñarles el lugar donde Mba había sido enterrado, pero los fieles perros lo señalaron. Nguema y Ndong desenterraron el cuerpo de Mba y le echaron encima el brebaje mágico del abuelo. Al momento, Mba también resucitó.

Los tres hermanos regresaron, sanos y contentos, a su pueblo. Se dedicaron a cultivar fincas y a vender lo que cosechaban. Cuando hubieron juntado suficiente dinero, se casaron; y cada uno de ellos formó su propia familia.

68. LA PARTE SECRETA DEL BOSQUE

Había un hombre y una mujer que no tenían descendencia. Vivían en un pueblo y buscaban afanosamente la manera de tener un hijo. Un día, la mujer quedó embarazada. Pasaron tres años, y la mujer seguía con su embarazo. Por fin dio a luz, y empezaron a cuidar al hijo de una manera especial, porque lo habían estado esperando durante mucho tiempo.

El niño crecía, y no tenía miedo a nada ni a nadie. Cada día entraba en el bosque para cazar, y siempre cobraba alguna pieza.

Pero había una parte del bosque que nunca había pisado nadie. De manera que el chico quiso saber ese secreto y se lo preguntó a su padre: «¿Por qué nadie puede acercarse a aquella parte del bosque?». El padre le contestó: «Hijo mío, yo tampoco he ido nunca allí. Mis padres y mis abuelos me lo prohibieron, y jamás se me ocurrió desobedecerlos».

El chico sentía curiosidad. Así que cogió su machete, lo afiló con mucho cuidado, y se adentró en la zona proscrita. Inmediatamente empezó a escuchar extraños ruidos, y vio a un primer animal: le dio muerte con facilidad. Luego apareció otro, y otro, y otro... Los fue matando a todos; y, aunque no estaba interesado en cobrar más piezas sino en descubrir dónde terminaba el bosque, a cada paso que daba surgía otro animal y tenía que matarlo.

Así lo hizo, hasta que llegó a un claro del bosque donde sólo había un árbol rodeado por un círculo. Al sentarse junto al tronco, cogió un palo y lo golpeó. Al instante apareció un hombre que llevaba las tripas fuera y tenía una barba larga hasta el suelo. El hombre le amonestó: «¿No te han contado tus padres que no puedes venir aquí?». Pero al chico nada le daba miedo: «¿Quién eres tú para sermonearme? Esto es un bosque, y no tienes que hacerme ninguna observación».

El hombre le tendió la mano; y cuando el chico extendió la suya, empezó a volar por los aires; luego volvió al suelo y se levantó. El hombre estaba complacido: «Eres más fuerte que los demás hombres; porque a todos les doy la mano y, después de volar, ya no se levantan más. Pero ten cuidado: esta vez te he dado muchos animales; pero no vuelvas más por aquí ni cuentes a nadie lo que ha ocurrido».

Entonces se congregaron allí todos los animales del bosque; y todos

aquéllos que el chico miraba, caían fulminados al suelo. El hombre le dio todos los animales caídos, y el chico observó: «¿Cómo podré llevarmelos a casa?». El hombre le tendió la mano de nuevo, y el chico se encontró al instante transportado a casa junto con todos los animales que había cazado.

El chico explicó a sus padres que había entrado en la parte prohibida del bosque, y que allí tenía a un amigo. Pero no les dijo cómo era el hombre del bosque. Luego, a medida que pasaban los días, su curiosidad fue en aumento. Hasta que tomó de nuevo su machete y se adentró en el bosque.

El hombre del bosque se molestó mucho por su atrevimiento. Pero le dejó regresar a casa con una gran cantidad de animales para comer. Y el chico seguía inquieto, como nos pasa a todos cuando guardamos un secreto. Él quería que todos los hombres del pueblo supieran el misterio de aquel bosque, y por eso se le veía ensimismado y taciturno. Hasta que un día lo contó todo: «Yo estuve en el bosque prohibido. Y allá vive un hombre que tiene la parte superior del cuerpo como nosotros; pero por el vientre le salen las tripas».

El chico no pudo seguir. Empezó a repetir: «las tripas, las tripas...» y cayó muerto al suelo. Los hombres preguntaban: «¿Las tripas?». Y cualquiera que decía esas palabras moría al instante. Mucha gente falleció, incluso los padres del muchacho. Ya quedaba poca gente en el pueblo.

Hubo uno que fue a visitar el pueblo vecino; allí repitió las palabras y murió. Y se extendió la muerte por aquel pueblo, y por otros, hasta que la noticia llegó a oídos del jefe de la tribu.

El jefe no repitió las palabras malditas; sino que se acercó al bosque rodeado de muchos hombres armados: «¿Quién de entre vosotros es el más valiente? Todos conocéis la historia de este árbol». Uno de los hombres cogió un palo y golpeó el tronco del árbol. Inmediatamente empezaron a oírse extraños ruidos, y apareció nuevamente el hombre de las tripas: «Jamás podrías hacerme mal alguno, aunque tus hombres lleven como armas madera de los árboles del bosque».

El jefe estaba atemorizado, pero se acercó al hombre para persuadirle: «¿Quién eres tú para hacer que mi gente muera? Los pueblos están quedando vacíos, por todas partes cunde la desolación». El hombre tendió la mano al jefe y, cuando éste extendió la suya, voló por los aires, volvió al suelo y se levantó de nuevo.

El hombre del bosque quedó complacido: «Todos los hombres que me dan la mano mueren al volver al suelo. Veo, pues, que eres un jefe fuerte y valiente. Debo decirlos que el causante de la muerte de vuestra gente es el chico que os contó cómo es mi cuerpo: yo se lo prohibí a

vuestros padres y a vuestros abuelos, y nadie debe romper una promesa solemne».

El jefe de la tribu renovó el compromiso ancestral, y el hombre del bosque le dio un líquido mágico: «Derrama este líquido sobre las tumbas de los que han muerto, y volverán a la vida». El jefe se dirigió a la tumba del chico que no había escuchado a sus mayores, y al verter sobre ella el líquido precioso, se incorporó diciendo: «He muerto y resucitado, y estoy de nuevo con vosotros».

Y de la misma manera que todos habían muerto con las mismas palabras en los labios, todos resucitaron repitiendo lo que el muchacho había dicho.

IV.b. OTRO TEMA RECURRENTE: LOS FANTASMAS

69. EL CHICO QUE NO QUERÍA A LAS MUJERES

En un pueblo vivía un chico que ya tenía edad suficiente para ir con mujeres, pero no quería saber nada de ellas. Solamente le interesaba la caza.

Un día, al volver de cazar, se acercó al río para bañarse. Dejó en el suelo al antilope que había conseguido y se aprestó a meterse en el agua. Fue entonces cuando vio a un grupo de mujeres que se bañaban desnudas, y sintió miedo. Iba a retirarse cuando, a su espalda, oyó la voz de una muchacha que le decía: «¿Por qué tienes miedo de nosotras?».

El chico se volvió, y vio que era una muchacha muy bella. Estaba atemorizado y no sabía qué decir. Ella prosiguió: «Hace muchos días que te vengo observando, y me gustas. Dame ese antilope, si quieres, para que lo guise. Así podremos cenar juntos»¹.

El muchacho nunca había estado con ninguna chica. Aceptó y ella dijo: «Entrarás por la ventana de mi casa. Ya encontrarás la cena preparada. Cuando hayas terminado de comértela, ven a la cama: te estaré esperando».

La chica cogió el antilope, lo cocinó y dejó la cena preparada. Luego se metió en la cama para esperarle. Y sucedió que, mientras estaba en la cama, murió.

Cuando el chico llegó al pueblo de la chica, por la noche, entró por la ventana. Vio que, efectivamente, la cena ya estaba a punto. Así que se sentó y empezó a comer tranquilamente. Luego entró en la habitación de la muchacha y, sin advertir que estaba muerta, se metió en la cama. Quiso hablar con ella, pero no respondía a ninguna de sus preguntas.

¹ Dar un animal, o una parte de un animal, a cambio de una posibilidad futura de contacto sexual, recuerda los cuentos ndowe del ciclo del rey Maseni.

Un viejo que había visto cómo la chica había llegado con el antílope, se encontraba observando la casa. Se extrañó de que la muchacha no saliera a explicarle su problema, tal como es costumbre. De manera que llamó a la gente y les dijo: «¿Cómo es posible que la chica no nos diga nada? A lo mejor resulta que está muerta, y no hacemos nada para sacarla de ahí».

El chico, que oyó estas palabras, tocó el cuerpo que yacía a su lado y advirtió que estaba rígido. Lanzó un grito de terror, saltó de la cama arrastrando las sábanas, salió de la casa corriendo y huyó despavorido hacia su pueblo.

La gente, que se había arremolinado entorno de la casa, al verle salir de aquella guisa creyó que se trataba de un fantasma; y todos huyeron a sus casas.

De esta manera, el muchacho consiguió escapar de aquel pueblo sin ninguna dificultad.

70. EL CHICO QUE NO PODÍA BAÑARSE

En un pueblo vivía un chico al que habían prohibido bañarse en los ríos y en los pozos: solamente podía hacerlo en su casa, y para eso su madre le llevaba agua todos los días.

Hasta que se cansó de aquella prohibición; y un día, cuando nadie le observaba, se acercó al río. No había nadie más que una chica que, de un empujón, le metió en el agua. Al ver los ojos de la chica, el muchacho se enamoró de ella; pero sobre él pesaba la prohibición. La chica le dijo: «Si quieres que nos casemos, vuelve aquí esta noche».

Al llegar la noche, él acudió a la cita. La chica le tomó por el brazo y se metieron en el agua. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que se encontraba en una casa que contenía otras casas más pequeñas, y que encima de sus cabezas continuaba habiendo agua: estaban en una ciudad sumergida.

De pronto, le llamó una viejecita que le dijo: «Vete con mucho cuidado: esta chica suele traer aquí a muchas personas, y luego las mata. Tómate este brebaje, que te protegerá. Y si ella te pregunta qué te he dicho, respóndele que te he pedido agua». El muchacho se tomó el brebaje que la viejecita le había proporcionado, y respondió adecuadamente a las preguntas de la chica. Ésta intentó matarle numerosas veces, pero el brebaje mágico le protegía.

Aconteció que cierto día la muchacha le pidió que la acompañara a la finca. Se dirigieron a un agujero lleno de agua negra, y entonces la chica le pidió que entrara en el agujero para recoger una cadena que se la había caído dentro. En realidad, aquel agujero estaba lleno de cocodrilos. El muchacho consultó con lo que le quedaba del brebaje, y éste le dijo: «No te preocupes: yo me convertiré en un joven igual que tú y bajaré al agujero en tu lugar». El brebaje, en forma humana, entró en el agujero; y después de luchar contra los cocodrilos, recuperó la cadena perdida y volvió a salir, recuperando su forma anterior. El chico se dirigió a la muchacha y le dijo: «Te entrego la cadena, que he podido recuperar porque soy más fuerte que los cocodrilos».

Por la noche, ella le trajo comida. El brebaje le aconsejó que antes de comerla la diera a probar al gato. Éste ni siquiera la probó, y él hizo lo propio.

A la mañana siguiente llamó a la muchacha y le pidió que le acompañara a su pueblo. Ella no quería, y el brebaje le aconsejó de nuevo: «Si te quiere, vendrá contigo». El muchacho la cogió por el pelo para obligarla a seguir; y, al llegar a su pueblo, de nuevo el brebaje se dirigió a él: «Si quieres que se quede aquí, echale unas gotas sobre los ojos». El muchacho tomó el brebaje y echó dos gotas sobre los ojos de la chica. A la pobre muchacha le cayó todo el pelo y quedó como un cadáver.

El muchacho, al ver tal espectáculo, echó a correr. Pero, al volver, encontró a una hermosa niña. El brebaje le dijo: «Ésta es tu esposa». Se casaron y al cabo de unos años, cuando ella creció, tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

71. LAS DOS MUJERES FANTASMAS

Dos chicos muy amigos iban a la casa del rey para que les diera trabajo: ambos se llamaban Ona. Cuando empezó a anochecer, uno de ellos sugirió: «Podríamos quedarnos a descansar en el pueblo de mi hermana». El otro no estuvo de acuerdo, porque no le gustaba aquel pueblo, y se adentró en el bosque. Subió a un árbol y, al intentar dormirse, vio que debajo del árbol había dos tumbas; de ellas salieron dos chicas que se dirigieron al pueblo. El pobre Ona no sabía si estaba soñando, y a la mañana siguiente se lo contó todo a su amigo.

Cuando llegaron a la casa del rey, éste no les pudo dar trabajo; sin embargo, les dirigió a otro rey que los envió a limpiar su patio. Como ya habían conseguido un trabajo, aquella noche quisieron salir a buscar dos chicas. Había un baile nocturno con tumbas, y al dirigirse allí vieron a las dos chicas más hermosas que jamás habían conocido. El primer Ona avisó: «Creo que son las dos chicas que ayer salieron del lugar donde estaban enterradas». Se acercaron a ellas, que dijeron llamarse Ada y Angue. Y el primer Ona dijo en voz alta: «Efectivamente, vosotras sois las que ayer salísteis de vuestro cementerio. ¿Qué hacéis aquí?». Al instante, las dos fantasmas desaparecieron.

Los dos Ona fueron a visitar al curandero, para que les protegiera de aquellos espíritus. El curandero les dijo: «Habéis hecho bien; porque, si las fantasmas tienen ocasión, os darán muerte, ya que no quieren que nadie sepa su secreto». Les preparó un envuelto mágico, que siempre deberían llevar colgado al cuello; les cortó el pelo y las uñas; y les dio un brebaje protector. De esta manera, los dos Ona pudieron continuar haciendo su vida, trabajando para el rey y consiguiendo muchas amigas en los pueblos vecinos.

Hasta que un día el primer Ona olvidó su brebaje y el envuelto mágico. Se dirigía con su amigo a un baile de un pueblo cercano, cuando divisó en el camino a las dos chicas fantasmas. Sólo él, desamparado, podía verlas. Y empezó a correr, y a gritar, hasta que las fantasmas le dieron alcance, lo mataron y se lo llevaron con ellas.

Pasado cierto tiempo, fue el otro Ona el que olvidó la protección del curandero. Paseaba por el bosque, y vio que aparecían el primer Ona y las dos chicas. Su amigo proclamó: «Siempre estoy con estas dos

chicas, y ni siquiera con ellas se me pasa el aburrimiento. Ven con nosotros, y juntos nos podremos divertir». El otro Ona dudaba: podía echar a correr hasta su casita cercana, donde guardaba el envuelto mágico, o irse con su amigo y las dos chicas. Decidió lo último, se dejó convencer, y también murió¹.

La gente del pueblo encontró su cadáver y lo llevó al curandero. Éste comprendió que el chico había olvidado el envuelto mágico y opinó: «Tenía algo con lo que podía haberse protegido. Pero aquél que olvida protegerse contra los fantasmas, queda a su merced». Y por esta causa murieron los dos Ona.

¹ La escena recuerda ciertas historias de vampirismo.

72. EL FANTASMA DE LOS DOS OJOS

Ote vivía tranquilo con su familia. Estaba enamorado de Susa, una chica que vivía en el pueblo vecino y de quien era amigo desde muy pequeño. Querían casarse, pero sus familias les ponían muchas trabas. Así que decidieron escaparse. Un buen día, salieron hacia el bosque.

Después de caminar un buen rato, se pusieron a dormir debajo de un árbol. Y sucedió que en aquel árbol vivía un fantasma al que gustaban mucho las chicas bonitas. El fantasma tenía dos ojos, uno verde y otro negro, uno para ver de día y otro para ver de noche. Al ver a Susa se convirtió en pájaro, la raptó y se la llevó muy lejos.

Cuando Ote se despertó, se entristeció mucho al ver que su amiga había desaparecido. La buscó por todas partes y al final volvió al pueblo, sin explicar nada a sus padres. Más tarde fue a visitar a un brujo, que le contó la verdad sobre lo sucedido y le pidió un diente de león para poder ayudarlo.

Ote se adentró de nuevo en el bosque y, guiado por un chimpancé, encontró al león. Estaba dormido. Ote se acercó sigilosamente con un palo, y metiéndoselo por la boca, pudo matarle y arrancarle uno de sus dientes. Con aquel diente, el brujo le hizo un encanto para que Ote pudiera aparecer y desaparecer cuando quisiera; también le dio una lupa con la que podía observar las cosas a distancia; y otro encanto para que pudiera montarse en las nubes.

Ote, con la lupa del brujo, pudo ver dónde estaba secuestrada su amiga. Luego montó en una nube y se dirigió hacia allí. El fantasma le divisó con su ojo diurno y le lanzó un rayo. Pero Ote ya había desaparecido. Entró en la casa y recuperó su forma visible en la habitación de Susa. Ésta se puso contenta al verle, pero Ote tuvo que desaparecer de nuevo: el fantasma había oído ruido y olía a un hombre. Le buscó desesperadamente, y al no verle por ningún lado salió de la habitación.

Entonces Ote cogió a Susa por la mano. Los dos desaparecieron y se encontraron en un momento en el pueblo de Susa.

Los padres de Susa se alegraron mucho al verla, después de tanto tiempo. Ote y la chica les contaron todo lo sucedido, y ellos se dieron

cuenta de que si los chicos habían sido capaces de pasar por todo aquello, no debían seguir impidiendo su boda. Y lo mismo pensaron los padres de Ote.

Ote y Susa se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron felices el resto de sus vidas.

73. EL FANTASMA Y EL HOMBRE QUE TENÍA DIEZ MUJERES

Mba vivía tranquilamente en su pueblo con sus diez mujeres. Cerca del pueblo había un bosque que nadie se atrevía a pisar porque en él vivía un fantasma que volaba. Mba se creía muy valiente, y de cuando en cuando entraba en el bosque.

Sucedía que, cada vez que Mba entraba en el bosque, el fantasma se enfadaba mucho; emprendía el vuelo hasta el pueblo de Mba y le robaba a una de las mujeres. Mba estaba preocupado, pero no hizo nada hasta que el fantasma le robó a la última mujer, que era la predilecta.

Entró de nuevo en el bosque, y encontró a una anciana que quiso ayudarle: le dio un brebaje al que podría consultar todos los problemas¹. Mba siguió su camino y, de pronto, vio una piedra que se levantaba hacia el cielo por encima de una montaña. Pidió al brebaje qué es lo que debía hacer, y el brebaje le indicó que debía ir al otro lado de esa montaña.

Al llegar al otro lado encontró un pueblo. Entró en la casa de la palabra y vio que allí sentada estaba una de sus mujeres. El brebaje le dijo que mirara la primera hilera de casas por su izquierda. Mba lo hizo así y allí encontró a otra de sus mujeres. Las restantes estaban repartidas por el resto de casas de aquel pueblo. Todas las mujeres se pusieron muy contentas al saber que su marido había ido a rescatarlas, pero temían que la fuerza del fantasma fuera superior a la de Mba.

Avisado por los espías que tenía en el pueblo, el fantasma acudió volando a tratar de impedir la huida de las mujeres que había capturado. Mba se dirigió a la casa de la palabra y puso en la puerta aquel brebaje que traía consigo. Al cruzar la puerta, el fantasma se quedó sin fuerzas: el brebaje se las había quitado. Entonces Mba entabló una

¹ Una fuerza irreal contra otra fuerza irreal. Un hombre normal, protagonista de un cuento, no puede por sí solo luchar contra algo superior. Magia contra magia, es uno de los motivos constantes y necesarios: puesto que las agresiones siempre vienen producidas por seres que tienen tales poderes.

pelea con él y le derribó de un fuerte golpe en la mandíbula. A causa de los puñetazos de Mba, el fantasma murió.

El brebaje le indicó que, para poder volver al otro lado de la montaña, tenían que cruzarla cogidos de las manos. Mba y sus diez mujeres lo hicieron así y volvieron a su pueblo, donde vivieron felices.

74. LA BELLA MANGI¹

Mangi era una chica tan bella que sus padres no querían que saliera. Cuando iban a la finca, ella se quedaba a hacer los trabajos domésticos de la casa. Y las otras chicas del pueblo, al ir a buscarla para pescar, recibían siempre una respuesta negativa; Mangi quería obedecer las instrucciones que sus padres le habían dado.

Pero, un día, los padres de Mangi se fueron a la ciudad. Las chicas la ayudaron a realizar todas las tareas que tenía encomendadas, y de esta manera consiguieron que Mangi las acompañara al río. Se pasaron todo el día pescando y, al atardecer, las chicas la llamaron: «Mangi, sal del agua y acércate a la orilla, que pronto habrá que regresar».

Mangi salió del agua y, cogiendo sus pescados, iba a sentarse sobre una de las piedras de la orilla. Las demás le advirtieron que aquella piedra estaba encantada, y que no podía sentarse directamente sobre ella, sin poner algo en medio. Ella no les hizo caso y se sentó.

Al intentar levantarse, comprobó que había quedado enganchada en la piedra. Apoyó la mano, y también la mano le quedó pegada al suelo. Pidió ayuda; y, como las otras le tenían envidia por su gran belleza, le cantaron esta canción:

«Mangi no podrá levantarse de la piedra
por no hacernos caso...»

Se hacía tarde, y decidieron regresar al pueblo para avisar a los padres de Mangi. Ésta se quedó llorando, y de pronto apareció un fantasma barrigudo: «Has desobedecido a tus padres y no has hecho caso de lo que tus compañeras te decían. Por eso voy a comerte». Mangi alcanzó a tirarle una hierba, y vio que podía mover la mano y levantarse. Pero no pudo escapar y el fantasma se la tragó entera.

Poco después llegaron todos los del pueblo para ayudarla. Pero ya era tarde. El fantasma había desaparecido y Mangi no regresó jamás.

¹ A lo largo de las versiones en lengua castellana hemos conservado habitualmente la transcripción habitual para las lenguas bantú. El lector deberá tener en cuenta, por tanto, que /g/ es siempre gutural.

75. EL SECRETO DEL REY

Cosboy era un chico que solamente poseía cinco francos¹. Era de muy buen carácter; pero su pobreza no le daba para vivir. Así que un buen día decidió ir a la casa del rey para ver de probar suerte y casarse.

Se le hizo de noche; y subió a un árbol para descansar. En plena noche, observó que debajo de aquel árbol empezaba a excavar un hombre. Cosboy no se había dado cuenta de que aquello era un cementerio; y el hombre en cuestión procedía a desenterrar un cadáver. El chico bajó del árbol y preguntó: «¿Por qué quieres desenterrarlo?». A lo que el hombre contestó: «Este hombre me debía cinco francos, y ahora me los pagará». Cosboy ofreció sus cinco francos a aquel hombre, a condición de que volviera a enterrar al muerto. Y así fue cómo se quedó sin blanca.

Por la mañana reemprendió su camino. Encontró a un hombre que, con su bicicleta, iba también al pueblo del rey a buscar trabajo. También se llamaba Cosboy, y decidieron proseguir juntos el viaje. Al llegar a su destino, el rey les ofreció trabajo. Y ambos se quedaron allá.

Un tiempo más tarde, el rey dio una proclama: «Daré mi poder, mi trono y mi hija a aquel que pueda adivinar de dónde vienen mi poder y mi riqueza». A Cosboy le hubiera gustado saber el secreto real, pero no tenía la menor idea. Pero su amigo Cosboy, el de la bicicleta, le dijo: «Ayer, cuando el rey marchó en su coche, yo me convertí en una hormiga para poder irme con él sin levantar sospechas. Llegó a un pozo y entonces me convertí en mariposa para poder seguirle. Se acercó al pozo, y del fondo del agua surgió una bella doncella. El rey le pidió su anillo, para poder seguir disfrutando de sus riquezas. Y la doncella no quiso dárselo, porque adivinó que alguien les estaba espionando. Al instante me alejé revoloteando de aquel lugar y recuperé mi forma humana».

Cosboy se dirigió a las estancias reales: «Majestad, creo que puedo desvelar vuestro secreto: el poder y las riquezas que tenéis os vienen

¹ Cinco francos cefa equivalen aproximadamente a dos pesetas.

dados por el anillo de una doncella que habita en las aguas de un pozo cercano». El rey, sorprendido en su secreto, desapareció de aquel pueblo. Y Cosboy subió al trono y se casó con la princesa. Entonces Cosboy, el de la bicicleta, le invitó a ver aquel pozo encantado. Y, al llegar allí, le dijo: «No temas si te digo que estás hablando con un espíritu. Yo soy aquél a quien un hombre malvado quería desenterrar. Tú lo evitaste, aun a costa de quedarte sin dinero. Y ya ves que he podido recompensarte». Y antes de darse cuenta de lo que pasaba, Cosboy se encontró hablando con un ataúd que flotaba en el agua.

76. LOS TRES AMIGOS Y EL FANTASMA

Mba, Ndong y Ngo eran tres amigos muy amigos. Un día, sus padres se fueron a trabajar y se quedaron solos en el pueblo. Jugaban a cazar pájaros, y poco a poco fueron alejándose y se adentraron en el bosque.

Entonces quisieron comer unas frutas. Y, al comerlas, a Mba empezó a crecerle la cabeza hasta llegar a ser enorme; a Ndong le ocurrió lo mismo con la barriga; y a Ngo se le empequeñecieron los pies, de manera que no le sostenían¹.

Regresaron a casa como pudieron. Cuando llegaron sus padres, quedaron muy extrañados de lo ocurrido, pero no les hicieron mucho caso. Al cabo de un tiempo, volvieron a quedarse solos. Querían estar juntos de nuevo. Con mucho esfuerzo, porque la cabeza y la barriga les pesaban mucho, Mba y Ndong fueron a casa de Ngo, le cogieron en brazos y se fueron al bosque.

Allí quisieron comer otras frutas. Mba subió a un árbol y empezó a tirar los frutos al suelo. Preguntó: «¿Ya tenemos bastantes?». Los otros respondieron: «No sabemos cuánto piensas comer tú. Mira abajo y verás si tienes bastantes». Mba no quería mirar, porque la cabeza le pesaba demasiado. Pero al fin desvió la vista hacia abajo; y como la cabeza le pesaba tanto, se cayó del árbol.

Entonces, Ndong quiso gritar para llamar la atención, y le explotó la barriga. Y a Ngo, que intentaba correr para buscar ayuda, se le quebraron los pies y cayó al suelo.

Había un fantasma que corría por el bosque. Pasaba cerca de allí y comprendió que pasaba algo raro: se acercó y recogió a los tres amigos. Se los llevó a casa, les puso un ungüento y los tres recuperaron su aspecto normal, sin ninguna alteración.

Al cabo de unos días, aprovechando un descuido del fantasma, echaron a correr y regresaron al pueblo.

Sus padres, muy preocupados, les castigaron y les pegaron hasta que prometieron que jamás volverían a alejarse.

¹ Aquí, las tres propiedades complementarias tienen un carácter negativo: efectivamente, son la consecuencia de una desobediencia a los mayores.

77. LA LANZA MÁGICA

En un pueblo vivían un hombre y una mujer muy ancianos, que solamente habían tenido un hijo. Este hijo era un buen cazador: su padre le había preparado una lanza con un veneno mágico, y le había dicho: «Si algún día regresas a casa sin la lanza, morirás»¹.

El padre murió al cabo de un tiempo. El chico estaba apenado, sin saber qué hacer. Poco después murió también la madre, y el chico se quedó completamente solo.

El chico vagaba triste por el bosque, sin que nada le saliera bien y sin encontrar caza de ningún tipo. Así que decidió limpiar una parte del bosque para hacer una finca. Le costó mucho trabajo, pero pudo regresar satisfecho a su pueblo.

A la mañana siguiente volvió al bosque, y vio con sorpresa que su finca ya no existía; que todo tenía el mismo aspecto que antes de que él la limpiara. De modo que, sin pensárselo dos veces, cogió su machete y se pasó el día limpiándola de nuevo. A la mañana siguiente, el bosque había recuperado su exuberante vegetación.

El chico rehizo el trabajo por tercera vez. Y por la noche visitó a una bruja, que le dijo: «Cuando salga el sol, tómate este brebaje y podrás ver quién es el que restablece la vegetación del bosque». Así lo hizo: a la salida del sol, el chico ya estaba en su finca; bebió el brebaje que le había dado la bruja y vislumbró una especie de fantasma que se acercaba diciendo: «Bosque: si es verdad que yo te he creado, recupera inmediatamente tu vegetación». Y, a su paso, el bosque se iba regenerando.

El chico, enfurecido, le tiró la lanza y el fantasma, herido, se adentró corriendo en el bosque. Entonces el chico recordó las palabras de su padre y no se atrevió a regresar al pueblo. Siguió el rastro de sangre a través del bosque y llegó hasta una casa, vieja y descuidada, que se encontraba debajo de unos árboles muy altos. El chico estaba realmente atemorizado.

¹ En los cuentos ndowe de Ugula, en los que sin duda se inspira este cuento, suele ser el abuelo el donante mágico. Obsérvese que más adelante quien asume la función de auxiliar es la abuela.

Al querer entrar en la casa, se dio cuenta de que había allí una vieja muy vieja, que no podía moverse. Le dijo: «No te preocupes, soy tu abuela. Puedes entrar». El chico entró, y explicó a la vieja que estaba buscando la lanza mágica que su padre le había dado; y que la había arrojado sobre un fantasma que le impedía tener una finca en el bosque.

La vieja comprendió: «No es lo que tú te imaginas. Pero antes de que te ayude, dame un poco de yuca de ese rincón, que yo no puedo moverme». El chico le entregó la yuca que le pedía, y la vieja le explicó: «Veo que vienes con buenas intenciones, de manera que voy a ayudarte: ese fantasma se ha convertido en un hombre, y ahora está muerto en el pueblo vecino a causa de las heridas de tu lanza. Te convertiré en un viejo, para que puedas ir a ese pueblo sin que te hagan daño».

Así lo hizo. Renqueante y con paso vacilante, el viejo llegó al pueblo y preguntó: «Soy el padre de ese hombre que acaba de morir. Lo único que pido es que me déis el objeto que ha producido la muerte de mi hijo». La gente se compadecía de él, y le enseñaba toda suerte de objetos. Pero él sólo deseaba encontrar su lanza. Cuando por fin la recuperó, anunció que volvería el día del entierro. Y se escabulló dentro del bosque.

Entonces el chico, gracias a la brujería de la vieja, recuperó su condición. Volvió a su pueblo, y pudo recuperar su finca y vivir con tranquilidad gracias a la magia de la lanza que su padre le había regalado.

IV.c. OTROS CUENTOS NO ADSCRITOS

78. EL DESCUBRIMIENTO DE LAS MUJERES

En medio del bosque había un pueblo donde no se conocía a las mujeres. Solamente había hombres. Y aquellos hombres pidieron a su jefe que dejara que otra gente viviera con ellos.

El jefe dijo que primero quería tener un secretario, y organizó una pelea para que el más fuerte de los hombres fuera su secretario. La pelea¹ se alargó durante mucho tiempo, porque había dos hombres extraordinariamente fuertes. Hasta que uno de ellos venció y fue nombrado secretario del jefe.

Un día, el secretario se adentró en el bosque. De pronto, vio a una persona muy extraña, con una larga cabellera y unos frutos en los pechos. Se trataba de una mujer, pero él no las conocía; así que luchó con ella, la venció y se la llevó al pueblo.

La gente del pueblo estaba muy extrañada: les sorprendían aquellos pechos hinchados, y no sabían qué hacer. La chica les dijo que en la otra parte del río había otras personas como ella. Y el jefe decidió organizar una expedición para capturar a algunas de aquellas criaturas.

Efectivamente, en la otra orilla del río había un pueblo de mujeres. Su jefe era una mujer alta y fuerte, que no se avino a razones. Los hombres las atacaron y capturaron a algunas de ellas, llevándoselas como prisioneras.

Al cabo de unos días, el jefe mandó desatar a la primera que habían encontrado. Le gustó su conversación y se enamoró. Se acostaron juntos y tuvieron un hijo.

El jefe fue repartiendo a las mujeres entre los hombres del pueblo. Y de esta manera, todos fueron descubriendo a las desconocidas mujeres.

¹ Mesing.

79. EL HOMBRE QUE VIVÍA EN UN ÁRBOL

Obambo era un hombrecito que vivía en un árbol del bosque. Solamente poseía una mesa, una silla, un escarabajo, un tenedor y un cuchillo. A medida que el árbol crecía, todo crecía. Y, cuando Obambo se hizo un hombre con toda la barba, decidió salir de aquel bosque para buscar una mujer.

Al llegar al primer pueblo, pidió unos calzoncillos. En el siguiente, unos pantalones; y así sucesivamente, hasta encontrar toda la ropa necesaria para vestirse. Entonces encontró a un muchacho con un patinete, y también se lo pidió; cambió el patinete por una bicicleta; la bicicleta por una moto; la moto por un coche; el coche por un barco; y el barco por un avión.

Con el avión, y bien vestido, llegó hasta un lugar muy lejano, donde vivía una chica muy hermosa que, hasta entonces, no había aceptado a ningún hombre. La muchacha, al ver a Obambo, creyó que era muy rico. Y aceptó casarse con él¹.

Una vez realizada la fiesta y la boda, Obambo tomó a la chica y quiso volver con ella a su casa del bosque. Cogieron el avión y, después de aterrizar, lo cambiaron de nuevo por el barco. Y, sucesivamente, le fueron reclamando el barco, el coche, la moto, la bicicleta, el patinete, la chaqueta, la corbata... los pantalones y los calzoncillos. De manera que entraron en el bosque y la chica se encontró con que tenía que vivir en un árbol y que solamente poseía una mesa, una silla, un escarabajo, un tenedor y un cuchillo.

Cada mañana, Obambo salía de la casa para ir a la finca, y la muchacha se quedaba sola. Entonces aparecía un pajarraco que se posaba encima del árbol e iba repitiendo: «Siempre, siempre, siempre...». Un día, la muchacha le preguntó por qué repetía aquella palabra, y el pájaro le contó: «Es que te has casado con Obambo, y esta

¹ La muchacha debe aprender que el matrimonio es su estado natural, y verá castigada su negativa constante con el engaño de Obambo. Este tipo de estructuración del relato podría dar lugar a la creación de un pequeño ciclo, como en el caso de los cuentos ndowe.

situación durará toda la vida. Siempre vivirás en el tronco de este árbol».

La chica no se resignó. Salió del bosque y fue pidiendo el patinete, la bicicleta, la moto, el coche, el barco y el avión.

Llegó a la casa de su padre, y le contó lo sucedido. Su padre replicó: «Podías haberte casado con muchos hombres de aquí, y hubieras sido feliz con mis riquezas. Pero, para aprenderlo, has tenido que irte con un forastero». Y la aceptó de nuevo en la casa.

80. EL CAZADOR SOLITARIO Y LA MUJER ANTILOPE

Un hombre vivía con su hijo, y los dos eran los únicos que quedaban en el pueblo. El hombre se hizo viejo y achacoso, y al cabo murió. De manera que el hijo se quedó solo en el poblado: no tenía ni mujer, ni hijos, ni amigos; solamente las trampas y las fincas.

Cada día cogía las trampas y se dirigía al bosque para cazar animales; luego los llevaba a la casa para que se secaran¹. Así iban pasando los días.

Una tarde, al regresar del bosque, se encontró con la casa limpia y arreglada y la comida a punto. Buscó por todas partes y no vio a nadie. Al día siguiente, volvió a ocurrir lo mismo; y durante muchos días más. Hasta que se decidió a visitar a una curandera.

Ésta le dio un brebaje y le ordenó: «Échalo, gota a gota, desde la puerta de tu casa hasta el último rincón». Al regresar a casa, el muchacho cumplió las órdenes de la curandera: fue echando aquel líquido gota a gota por toda la casa. Y, cuando una de aquellas gotas tocó la pata de un antilope que se estaba secando, se convirtió en una bella mujer que le limpió de nuevo toda la casa y le preparó la comida.

El muchacho, asombrado, derramó todo el líquido que le quedaba en la cabeza de la mujer, porque quería quedársela. Ella le dijo: «Voy a quedarme contigo. Pero jamás debes insultarme, ni a mí ni a mis hijos, con nada que se relacione con el antilope». Él aceptó, contento de tener compañía, y tuvieron hijos.

Años más tarde, uno de los hijos molestaba a su padre con sus tonterías. Él le dijo: «Tienes una cara de anti...» y, al recordar la advertencia de su mujer, no terminó la palabra maldita. Se peleó otra vez con su mujer, y le dijo: «Tienes unas piernas que parecen patas de anti...» y de nuevo consiguió detener a tiempo su lengua.

Pero cada vez las peleas con su mujer eran más frecuentes. Un día,

¹ Los secaderos suelen hacerse aparte de las casas, en las cocinas, aprovechando el constante fuego que hay en ellas.

en el ardor de la discusión la insultó diciendo: «Tienes una cara como la de un antilope».

Al instante, la mujer buscó a sus hijos; y todos juntos se metieron en un lugar lleno de hormigas y desaparecieron. El muchacho, por no cumplir el acuerdo con su mujer, se quedó nuevamente solo. Y ella y sus hijos, que eran antilopes, regresaron con los suyos.

81. UNA CHICA MUY FEA

Una chica muy fea decidió ir al palacio del rey a buscar trabajo. Por el camino encontró una casa con una viejecita que apenas podía moverse. La ayudó en lo que pudo: le barrió la casa, le preparó la comida y le limpió la finca de maleza. La viejecita estaba agradecida.

La chica prosiguió su camino. Y, al llegar al poblado del rey, éste le dio trabajo: debería lavar los platos, pero la mataría si algún día le rompía alguno. La chica accedió y allí se quedó.

Pero un día tuvo la mala fortuna de que se le rompiera precisamente el plato en el que el rey solía comer. Deshecha en sollozos, recogió todos los pedacitos y acudió a la casa de la viejecita. Ésta la tranquilizó: «No pases cuidado. Coge en tus manos todos los pedacitos, y cierra los ojos». La muchacha así lo hizo. Y, al instante, los pedazos se unieron y el plato volvió a quedar entero. La chica volvió a palacio y enseñó el plato al rey, que ya estaba pensando si habría desaparecido.

Desde aquel día, el rey quedó prendado de la muchacha. Y ordenó a la reina que se fuera de viaje, para poder vivir con ella. Cuando la reina volvió, la chica estaba embarazada. Y el vástago que nació se parecía tanto al rey, que su mujer quería matarla. Entonces el rey mandó a los guardias que prendieran a su mujer, y que se la llevaran muy lejos.

De esta manera, el rey pudo por fin vivir a solas con la muchacha. Y ésta mandó llamar a sus parientes y a la viejecita. Todos fueron muy felices durante el resto de sus vidas¹.

¹ Nótese que la chica continúa siendo fea. Sobre este particular, la viejecita no tiene nada que decir.

82. LA BOLA MÁGICA

Dresok¹ era un hombre que vivía feliz porque se había podido casar con muchas mujeres. Todas ellas eran fértiles, y quedaron embarazadas casi al mismo tiempo.

Al cumplirse el plazo del embarazo dieron a luz: excepto la primera de ellas, Mokulu, que prosiguió su embarazo durante más de tres años. Al cabo, Dresok se dirigió a ella para decirle: «Tienes una extraña enfermedad ya que deberías haber parido hace mucho tiempo. Como no quiero que contagies a mis otras mujeres, te llevaré a vivir sola, lejos de aquí». Y, efectivamente, la llevó al otro extremo del bosque, donde le preparó una finca y una casa donde poder vivir.

Mokulu iba todas las mañanas a la finca. Un día, oyó una voz que salía de su vientre: «Quiero salir». Mokulu se puso muy contenta: «Sal de una vez, que ya hace demasiado tiempo que estás aquí dentro». El hijo continuó: «Pero yo no soy normal, y saldré por el cuello». Inmediatamente, por el cuello de la mujer salió una bola de cristal.

Mokulu estaba preocupada por haber parido una bola en vez de una criatura normal. Pero era su hijo, y lo quería y lo cuidaba. Sin que ella se diese cuenta, la bola la seguía todas las mañanas hasta la finca; y le hacía una gran parte del trabajo, de manera que la finca era muy productiva y podían vivir con holgura.

Aun así, llegó un día en que la bola se dirigió a su madre para decirle: «Ya soy una persona mayor. Tengo que dejarte y hacer mi propia vida. Cuando lo haya conseguido, volveré para cuidarte en tu vejez». Y saliendo del bosque, se dirigió al patio de la casa del rey de aquel lugar.

La hija del rey bajó al patio y, al ver una bola de cristal tan hermosa la recogió y se la llevó a su habitación. Cada día la limpiaba con sumo esmero. Y cada día, cuando la princesa salía de la habitación, de la bola salía un esbelto joven, muy apuesto, que regresaba al interior de la bola cuando la princesa se acercaba.

La princesa empezó a darse cuenta de que, cada vez que volvía a su habitación, encontraba las cosas cambiadas de sitio. Así que un día se

¹ «Señal de elefante», en lengua fang.

escondió y comprobó, sorprendida, la presencia del bello joven. Al instante le tomó la mano y lo presentó a su padre el rey solicitando poder casarse.

El rey, después de oír la historia, accedió al casamiento y cedió el trono al hermoso joven. Éste volvió al bosque, recogió a su madre y volvieron al palacio, donde fueron todos felices hasta su muerte.

83. LA CHICA DE PELO LARGO

En un pueblo vivían un hombre y una mujer que tenían una hija muy hermosa y de pelo muy largo. Su belleza se acrecentaba con los años, y era la chica más bonita de todo el pueblo. Así que suscitaba la envidia de las demás muchachas, que se habían quedado sin pretendientes.

Un día, fueron a pescar al río; y la envidia les hizo intentar su asesinato. La chica, sin embargo, fue rápida y pudo escaparse. Enterado de aquel suceso, el jefe del pueblo llamó a todas las chicas y ordenó que le explicaran lo sucedido. Una de ellas se levantó y dijo: «Es ella la que ha intentado derribar a una de las compañeras; y ésta, al revolverse, la ha hecho caer al agua. Todo ha sucedido sin mala intención».

La chica de pelo largo¹ no chistó. Y nunca más aceptó la compañía de las demás, a las que rechazaba en cualquier ocasión. Hasta que un día llegó al pueblo un hombre muy rico y se casó con ella.

Emprendieron el viaje hacia el pueblo del marido, cuando uno de los criados se hizo daño. Le llevaron a un pueblo cercano, para que el curandero lo cuidase. También allí la belleza de nuestra muchacha levantó las envidias de las demás. Y una de las chicas pidió al curandero que la perjudicara.

El curandero puso un brebaje en la puerta de la habitación que ocupaba el matrimonio. Por la noche, la chica se levantó; y, sin darse cuenta, lo pisó y su cara se deformó al instante. De vuelta a la cama, su marido la rechazó. Y, al amanecer, continuó solo el viaje.

La chica regresó a su pueblo. Allí, su curandero le devolvió la belleza perdida. Entonces, la chica viajó —también sola— al pueblo del marido, y así pudo recuperar su felicidad.

¹ Obsérvese el exotismo de este rasgo en el contexto en el que se da el cuento.

84. SALVADO DE LA MUERTE

Un rey recogió a un huérfano y le hizo su hijo adoptivo con una condición: que no debería conocer a las mujeres. El niño fue creciendo; y, para cumplir el pacto y continuar siendo hijo del rey, mataba a todas las mujeres que encontraba.

Hasta que un día, el rey se cansó de sus crímenes y le mandó a uno de sus campos de castigo. Allí mataban a todos los que se acercaban; luego les cortaban la cabeza y la llevaban al rey para que éste comprobara la veracidad de la muerte que había ordenado. El hijo adoptivo del rey llegó a aquel campo; le apresaron y le dieron muerte.

Unos días después, el rey mandó a aquel mismo campo de castigo a otro joven; éste deambuló por el bosque hasta que, en una casita, encontró a una vieja que le invitó a quedarse; después le dio un preparado mágico, llamado mbu'u que tenía la virtud de resucitar a cualquier muerto de uno, dos o tres días.

Al llegar al campo de castigo, le cortaron la cabeza. Pero gracias a aquella magia pudo resucitar. Y fue el encargado de llevarle al rey la cabeza de su hijo adoptivo. El rey, al ver que había sobrevivido y que su propio hijo había encontrado la muerte, le invitó a una fiesta que se celebraba en un pueblo vecino para prepararle una trampa.

El joven ayudaba al cocinero a preparar la comida de la fiesta. Intrigado por la actitud del rey, desveló su secreto al cocinero y le entregó la pócima. En mitad de la fiesta, un hombre se levantó acusando al joven de haber cometido adulterio contra la mujer del rey. Éste simuló un gran enojo, y mandó que le cortaran la cabeza.

El cocinero, atento a lo que sucedía, le resucitó. El joven cogió de nuevo la pócima y se alejó de aquel país para no volver jamás. Y llegó a un lugar donde el hijo del rey acababa de morir. El joven se ofreció a ayudar; y, quedándose solo en presencia del cadáver, le resucitó con su preparado mágico. El rey del país lejano estuvo tan contento que le ofreció el trono. El joven, entonces, llamó al cocinero que le había ayudado, y, después de hacerle rey de unos terrenos que tenía, vivió feliz el resto de su vida¹.

¹ La versión se completaría con el castigo del primer rey.

85. EL PÁJARO QUE HABLABA

En un pueblo vivía un chico muy bueno. Todos le querían. Él se dedicaba a cazar pájaros.

Un día fue al bosque y consiguió cazar un pájaro blanco, muy bonito. El pájaro le dijo: «Si me sueltas, algún día te devolveré el favor». El chico era tan bueno que le soltó. Y aquella noche tuvo que irse a la cama sin probar bocado.

Más adelante, se fue de viaje para encontrar esposa. Mientras echaba a andar, oyó una voz a sus espaldas que decía: «Espérame, no te vayas».

Se trataba de un enano que iba a un pueblo donde vivía una chica muy bella. El enano confiaba en hacerla su mujer. y, como los dos buscaban la misma cosa, decidieron seguir juntos.

Al enano, entonces, se le ocurrió que deberían ponerse un nombre: él decidió que se llamaría «los huéspedes»; mientras que el chico se buscó el nombre de un árbol: «oveng».

Al llegar al pueblo de la chica, ésta les recibió con mucho agasajo; pero no iba con ninguno de los dos, para que el otro no se enfadase. Por la tarde les traía comida, y decía: «Traigo esta comida para los huéspedes». Entonces saltaba el enano y apostillaba: «Yo me llamo “los huéspedes”; así que la comida es para mí». De esta manera, el enano iba engordando; y el chico estaba muy delgado y muerto de hambre.

Sin embargo, la chica se fue enamorando del chico. Y un día decidieron emprender la huida. En enano se dio cuenta y, hecho una furia, emprendió la persecución. Cuando ya los alcanzaba, apareció el pájaro blanco y, desde lo alto de un árbol del bosque, se dirigió al enano: «Soy el rey de este bosque, y quiero que vayas a buscarme un cubo de agua». El enano estaba tan sorprendido de que un pájaro le hablara, que obedeció sin chistar¹.

¹ A diferencia del pez hablador, que proporciona al protagonista un objeto mágico, aquí es el mismo hecho de hablar lo que supone una ayuda importante para el chico.

Entonces el pájaro se dirigió al chico: «Ha llegado el momento de devolverte el favor que me hiciste: cuando vuelva el enano, le seguiré distrayendo. Aprovecha la ocasión para escapar con tu novia». Así fue cómo el chico pudo regresar a su pueblo, donde se casó con aquella hermosa chica y fue feliz el resto de sus días.

86. MBA Y EL PÁJARO DE ORO

Mba era un huérfano que vivía con su abuela. Ésta no podía cuidarle mucho, así que tenía que espabilarse cazando pájaros.

Un día, mientras sus compañeros no habían podido cazar nada, Mba atrapó a un bello pájaro de oro que le dijo: «No me toques. Si lo haces, Mba vendrá a buscarte y ya verás lo que te va a pasar». Y cada vez que alguien se acercaba, el pájaro repetía la misma frase.

Mba no mató al pájaro: le construyó una casita donde se encontraba bien y lo enseñaba a quien quisiera verlo a cambio de algo de comida. De esta manera, Mba y su abuela vivían bien y sin tener que trabajar.

Hasta que un día Mba se fue de viaje. Dejó a su abuela comida suficiente para muchos días y le ordenó que no enseñara el pájaro a nadie hasta su regreso. La abuela fue comiéndose todos los alimentos; y, al cabo, cuando se le agotaron cogió al pájaro y se lo zampó.

Mba tuvo un presentimiento y regresó rápidamente a casa de su abuela: «¿Dónde está el pájaro, abuela?». La abuela argumentó que se había escapado; pero entonces salió de su vientre una voz que decía: «No me toques. Si lo haces, ya verás lo que te hará Mba cuando regrese de su viaje».

Mba, furioso, cogió a la abuela por el cuello y la estranguló. Entonces por su boca salió el pájaro de oro, sano y salvo.

Mba siguió explotando al pájaro, hasta hacerse rico. Luego construyó un nuevo pueblo, se casó y vivió feliz el resto de sus días.

87. EL BOLÍGRAFO QUE ESCRIBÍA SOLO

En un pueblo vivía un chico muy pobre. Tenía padres, pero se entendía mejor con su abuelo: paseaban juntos, hablaban de sus cosas, y el chico le mimaba y le alimentaba con los animales que cazaba.

El abuelo vio que iba a morir pronto. Llamó al chico y le dijo: «Ya no podremos compartir nada más. Cuando muera, ve al camino por donde solíamos pasear; debajo del árbol más alto, encontrarás uno de esos animales que cazas. Mátalo y en su interior encontrarás un bolígrafo. Aunque no sabes escribir, cógelo y guárdalo, porque te será útil».

El muchacho siguió junto al abuelo hasta que éste expiró. Entonces, el chico hizo todo lo que el abuelo le había dicho. Fue al árbol del camino, mató al animal, y en su interior encontró un bolígrafo muy brillante. Lo probó, haciendo cuatro garabatos, y se dio cuenta de que el bolígrafo escribía solo. Bastaba con sujetarlo entre los dedos para que escribiera todo lo que el chico quería.

Lo guardó celosamente y continuó su vida. Tenía ya veinte años cuando llegaron al pueblo unos hombres con la intención de dar un trabajo muy importante a los chicos más listos. El muchacho, que todavía no sabía escribir, se presentó al examen con el bolígrafo mágico. Los hombres dictaban las preguntas, y el bolígrafo escribía solo todas las respuestas. Así fue como el chico realizó el mejor examen y consiguió un puesto de trabajo muy bueno¹.

Cuando tuvo suficiente dinero, buscó una esposa y se casó. Fue feliz toda la vida, gracias al regalo que su abuelo le dejó antes de morir.

¹ El prestigio de la escritura tiene que ser relativamente reciente, igual que este tipo de motivos en los cuentos tradicionales.

88. LA BOLA MÁGICA

Una madre estaba muy unida a su hijo. Éste la amaba más que a nadie, y ella también sentía por él un cariño especial.

Un día, cuando la mujer fue a la finca, encontró a un animal extraordinario: «No te extrañes. Quiero ser tu amigo. Cada miércoles y cada viernes vendré a verte». La mujer se lo contó a su hijo.

El miércoles por la mañana, el extraño animal volvió a aparecer y le dijo: «Mi familia quiere irse lejos de aquí. Voy a dejarte como recuerdo una bola que cumplirá todos tus deseos». Y, antes de desaparecer, le dejó una pequeña bola brillante que la mujer escondió sin que nadie lo supiera.

Al cabo de un tiempo, la mujer quiso separarse de su marido. Cogió a su hijo y a la bola, y se metió en lo más intrincado del bosque. Allí se dirigió a la bola para expresar su deseo: «Quiero tener una gran ciudad, llena de coches y de aviones, con mucha gente a mi servicio». Y en aquel mismo lugar, frente a sus ojos atónitos, la ciudad apareció.

Luego la mujer prosiguió: «Y ahora quiero que nuestra casa flote en el aire; y que mi hijo y yo seamos los únicos que podamos subir y bajar, apretando un botón»¹. Así se hizo. La mujer regaló la bola al chico, tras explicarle su secreto. Y ambos vivían juntos con todas las comodidades imaginables. Más tarde, el chico se casó. Y, poco después, la madre murió.

El muchacho, años más tarde, tenía que irse de la ciudad para visitar a un brujo. Cogió la bola y un avión. Pero en aquel avión habían puesto una bomba y la bola le avisó. La magia de la bola hizo que el muchacho se encontrara, en un suspiro, frente al brujo que buscaba. Y éste le enseñó toda clase de recursos para hacer frente a los problemas de la vida.

Al regresar a casa, vio que su mujer le había abandonado. Pidió a la bola que pudiera conocer a otra chica; se casó con ella y formó una verdadera familia que fue feliz hasta la muerte.

¹ Es un tipo de motivo que más bien suele relacionarse con una historia de tres hermanos. En cualquier caso, siempre se asocia a un objeto mágico capaz de dar cumplimiento a los deseos del que lo ha conseguido.

89. LA BOLA MÁGICA

En un pueblo vivía un chico muy pobre. Era pescador y obtenía los peces necesarios para comer. Pero su casa era miserable; y sus vestidos muy humildes.

Un día, se sorprendió al pescar un pez que empezó a hablar: «Ya sé que pretendes matarme. Debes saber que entre mis tripas encontrarás una bola mágica que conseguirá todos tus deseos».

El muchacho regresó a su casa y limpió el pescado¹. Efectivamente, dentro del pescado había una bolita que brillaba más que los rayos del sol: apenas podía mirarla.

El chico le pidió comida, y pudo hartarse de tanto comer. Luego le pidió un rascacielos. Y una ciudad llena de coches. Y que esa ciudad fuera la más importante del mundo, y que él pudiera gobernarla. La bola le iba concediendo todos sus deseos.

Finalmente, visitó otra ciudad, donde encontró a una chica bellísima. Y también obtuvo su matrimonio. De manera que la vida del chico había cambiado completamente.

Sucedió que un día tuvo que salir de la ciudad. Durante la noche anterior, había contado a su esposa la existencia de la bola mágica y de sus virtudes. La mujer, al observar que su marido había salido de la ciudad, cogió la bola y le pidió volver a su casa. Al instante, la mujer y la bola desaparecieron.

Cuando el muchacho regresó, vio que se había quedado sin mujer y sin la valiosísima bola. Entonces se adentró en el bosque y encontró a una anciana que le dijo: «Sé que estás buscando algo importante, y voy a ayudarte. Te daré esta rata, que cumplirá todos tus deseos».

El esperó a que se hiciera de noche. Entonces entró en la ciudad de su mujer y se dispuso junto a su casa. Soltó a la rata y le ordenó: «Entra en la habitación de mi esposa y traéme una bola brillante que encontrarás junto a ella». La rata cumplió el deseo formulado y regresó con la bola recuperada.

¹ La existencia de un donante y de un objeto mágico suele implicar una prueba para el protagonista. Normalmente, el pez hablador ofrece el objeto mágico a cambio de salvar su vida.

Y el muchacho pidió a la bola: «Que esta ciudad vuelva a ser el bosque que era antes; y que mi esposa pierda todas sus riquezas». Apenas terminó de hablar, la ciudad desapareció y toda aquella zona se convirtió de nuevo en un bosque espeso y hostil.

El chico regresó solo a su casa. Y disfrutó de las riquezas que la bola le fue proporcionando. Hasta que murió de viejo.

90. EL FUMADOR Y EL CAZADOR

En un pueblo muy grande vivía un hombre al que le gustaba mucho fumar. Tenía una finca de tabaco que cultivaba con esmero, pero los militares de aquel pueblo se lo cogían todo cada vez que cosechaba. Otro hombre del mismo pueblo era cazador; e, igualmente, los militares le robaban todas sus presas.

El fumador, por fin, se adentró en la espesura del bosque; chapeó una finca y plantó tabaco. Lo cosechó y lo secó, para hacerse después un gran puro. Se pasaba el día fumando en su casita, recién construida junto a la finca, lejos del pueblo. De manera que nadie sabía dónde estaba.

El cazador tuvo la misma idea: se adentró en el bosque y, al rato, encontró la casa del primero: «Hola, amigo, ¿cómo estás?». Pero el otro ni siquiera le contestó, empeñado como estaba en fumar su tabaco.

El cazador se construyó una casita al lado de la de su amigo, y se dedicó a la caza: cazaba tanto, que apenas si podía comérselo todo. Un día cobró dos piezas e intentó hablar con el fumador: «Quédate una de las piezas, porque tienes que comer». El otro no le contestó; siguió fumando y no tocó la comida. Y lo mismo sucedió otras veces.

Mientras se entretenía cazando, un día pasó un tercer hombre. Entró en la casa del cazador y robó y destrozó lo que quiso mientras que el otro seguía fumando. Cuando el cazador regresó, creyó que era el fumador el culpable de todo aquello, e intentó pegarle. Pero como el otro no se inmutaba y seguía fumando, le dejó y fue a arreglar su casa.

La escena se repitió también varias veces, y el cazador empezaba a estar harto de su amigo. Por fin, un día el fumador se decidió a actuar. No le costó mucho sorprender al ladrón, puesto que éste estaba seguro de que no le diría nada. El fumador le agarró por el cuello y se puso a llamar a su amigo: «Ven, cazador, que ya tengo al que te ha estado robando».

Cuando el ladrón vio que el cazador se acercaba, se dirigió al fumador para proponerle un trato: «Te voy a regalar esta bola mágica; y, cuando el cazador vuelva, os vais a otro sitio, porque éste ya no será bueno para vosotros». El fumador aceptó el trato, le dejó ir y el cazador no tuvo más remedio que creerse aquella historia.

Se fueron los dos juntos y se adentraron más en el bosque, hasta llegar a un lugar donde nadie había estado nunca. Allí depositaron la bola en el suelo y, al instante, apareció una gran ciudad con toda suerte de comodidades y de riquezas.

De esta manera los dos amigos dejaron el tabaco y la caza, y se dedicaron a gobernar aquella ciudad¹.

¹ Curiosamente, la bola mágica cumple aquí un papel secundario: sirve para liberar al ladrón y para que los protagonistas terminen el cuento con felicidad; pero la narración no se construye a su alrededor.

91. EL HOMBRECILLO DEL BOSQUE

Un hombre vivía en un pueblo, solo con su mujer. Ésta estaba encinta, de manera que cuando llegó la época de la siembra el hombre tuvo que ir solo a preparar una finca: taló los árboles, arrancó las raíces y chapeó la hierba¹.

No se daba cuenta de que si un día preparaba un trozo de terreno, al día siguiente aparecía preparado otro terreno igual. Hasta que un día dejó una marca en el lugar donde había terminado; y al día siguiente vio que el terreno se había duplicado. Y lo mismo pasó con todos los trabajos hasta la misma siembra: haciendo la mitad de lo debido, lo tenía todo.

Su mujer no le creía una palabra y se burlaba de él. Cierta día, vio que en la finca aparecía un hombre canoso que no medía más de medio metro. Al preguntarle qué hacía en su finca, el hombrecillo le respondió: «Vengo a vigilar la mitad de lo que hay. ¿O es que no te has dado cuenta de que solamente has trabajado la mitad?». El hombre replicó: «Nadie ha pedido tu ayuda. Todo será para mí». El hombrecillo, imperturbable, solamente añadió: «No hagas caso de los consejos de tu mujer; y anda con cuidado, porque el machete que ella guarda en la cocina te herirá la rodilla».

Al volver a casa, la mujer se burló de nuevo: «Te dejas engañar por cualquiera. Que no se te ocurra dejarle tocar nada de nuestra finca». El hombre volvía cada día a la finca, y cada día encontraba al hombrecillo, que le repetía el mismo estribillo: «No hagas caso de los consejos de tu mujer; y anda con cuidado, porque el machete que ella guarda en la cocina te herirá la rodilla». Después de mucho tiempo, ya eran amigos y decidió invitarle a su casa. Pero la mujer se opuso: «De ninguna manera. Lo único que debes hacer es vigilar que no se lleve nada de nuestra finca».

Pasaba el tiempo y llegó la cosecha. El hombre empezó a cortar lo que necesitaba para comer, él y su familia, y también lo que quería

¹ El trabajo suele acortarse quemando la hierba, provocando pequeños incendios más o menos controlados que empobrecen la tierra. Suele hacerse hacia el final de época seca.

llevar a vender. El hombrecillo observaba y repetía su consejo. De pronto desapareció y volvió a aparecer entre los cafetales, adonde la mujer del otro había ido a dar a luz. La ayudó y, al llevarla de nuevo a casa con el bebé, el marido regresaba: «De manera que has ayudado a mi mujer a parir. Por eso habías desaparecido». El hombrecillo respondió: «Claro. Ella no hubiera podido hacerlo sola, y por eso la he ayudado. Veo que has recogido la cosecha. Mañana volveré a buscar mi parte».

La mujer no salía de su enojo: «Si mañana le das algo de lo nuestro, me iré a otro pueblo con mi hijo. Lo que debes hacer, en cuanto aparezca, es matarle con la lanza». El hombre estuvo de acuerdo; y cuando, a la mañana siguiente, apareció el hombrecillo, le tiró la lanza; con tan mala fortuna que, en lugar de matar al hombrecillo, mató a su propia mujer. El hombrecillo, que no esperaba tal recibimiento, cogió al bebé y toda la cosecha, con la intención de llevárselo todo.

Entonces el hombre cogió el machete para hacerle frente; y el machete se revolvió y le cortó una pierna por la rodilla. El hombrecillo le dijo: «Te había avisado. Has seguido los consejos de tu mujer y no me has dado lo que me pertenecía. Ahora me quedaré con todo. Y, de la misma manera que ella está muerta, tú también vas a morir».

Y el hombre murió, por egoísta y por haber escuchado a su mujer.

92. EL VIAJE A LA CASA DEL REY

Un chico, que vivía con sus padres en el pueblo, decidió ir a la casa del rey a buscar fortuna. Se despidió, se alejó del pueblo y entró en la casa de la vieja Ngo¹ para preguntar el camino que debía seguir.

Pero la vieja solamente sabía explicarle la mitad del camino: «Sigue por aquí. Encontrarás un árbol que da uvas; luego tuerces a la izquierda; llegarás hasta unas cuerdas de patatas, y sigues por la derecha. No te detengas en ningún lugar, porque olvidarías lo que te he dicho».

El muchacho llegó hasta el árbol y, sintiéndose cansado, comió uvas y se echó a dormir. Al despertarse, no recordaba nada de lo que la vieja le había dicho. De manera que volvió a la casa de la vieja para pedirle de nuevo su información. Ngo le recriminó duramente que no le hubiera hecho caso; y le repitió las mismas instrucciones.

Esta vez, el muchacho no se detuvo. Y, al llegar donde estaban las patatas, oyó que una voz le decía: «Nguema Mba, entra en la casa». El chico se extrañó de que alguien conociera su nombre, y no veía ninguna casa. Dio la vuelta, y entonces se dio cuenta de que, efectivamente, había una pequeña casita en el otro lado.

Entró en ella y vio a una vieja muy vieja que le pedía su ayuda. Nguema Mba le limpió la casa y los platos, y fue a recoger leña. La vieja preparó para él un envuelto de calabaza y se durmieron. Entonces oyó que alguien llamaba a la puerta: era una joven muy hermosa, que le mandó seguirle; iban por un túnel que partía de la misma casa, y que se iba iluminando a su paso; luego, la hermosa joven le ofreció un brebaje con el que podría consultar cualquier dificultad que se le presentara. Oyó que golpeaban la puerta de nuevo y se despertó. Había sido un sueño, y la vieja acudía a despertarle con la comida preparada.

Y sucedió que la vieja, antes de marcharse, le indicó el camino y le dio un brebaje como el que había soñado: encontraron una pared que no se terminaba nunca, y el brebaje se la levantó para que pudiera pasar. Y así, superando con la mayor facilidad las mayores dificultades.

¹ Barbo, pescado de río, en lengua fang.

des, llegó hasta un pueblo custodiado por militares. Era allí donde vivía el rey; su viaje tocaba a su fin.

Los guardias le llevaron ante el rey y éste, después de escuchar su historia, le dio trabajo para que pudiera quedarse. A partir de aquel momento, Nguema Mba se cuidó de lavar la ropa y limpiar la casa del rey.

93. EL VALOR DE UNA PIEL DE CABALLO

Un hombre tenía dos hijas y un hijo llamado Okuku Osambot. Era bastante rico, ya que poseía animales y tierras, de manera que podía cuidar bien a su familia. Hasta que empezó a llegar la pobreza, y decidió repartir lo que tenía entre sus hijos: a Okuku Osambot, que era su preferido, le dio las tierras y el caballo. Y ordenó que, en caso de morir, aunque fuera el pequeño debía cuidar de sus dos hermanas.

El padre murió. Y Okuku Osambot decidió que sus hermanas debían casarse con unos amigos suyos, de los que no aceptó ninguna dote aunque sí todos los regalos que quisieron darle. La pobreza continuaba y quiso preparar una finca. Su madre le ayudaba; pero ya era muy vieja y murió por el esfuerzo. Así que se quedó solo. Y la pobreza acuciaba tanto, que por fin decidió matar al caballo: se comió la carne y puso su piel a secar sobre una roca que había junto a un precipicio.

Y sucedió que detrás de aquella roca se habían escondido unos ladrones cargados de bolsas de dinero. La piel del caballo se asustó al ver tantas monedas, y se cayó al abismo. El ruido espantó a los ladrones, que huyeron dejando el dinero abandonado. Okuku Osambot se encontró rico de nuevo, y con aquellas monedas acudió al pueblo del rey para comprar las cosas que necesitaba.

Sin embargo, la gente no tenía dinero; y no le devolvían el cambio. Además, el rey se puso furioso cuando supo que había en el pueblo alguien más rico que él; y lo mandó llamar. El muchacho no se puso nervioso, y le dijo al rey que había conseguido el dinero a cambio de la piel de su caballo. El rey le dejó marchar, ordenó que mataran a todos sus caballos y se dirigió al mercado para vender las pieles. Nadie quiso comprárselas y, enfurecido de nuevo, mandó llamar a Okuku Osambot y ordenó que le metieran dentro de un ataúd.

Dentro del ataúd, el muchacho no cesaba de gritar: «¡No quiero quitarle el trono al rey!». Un hombre que pasaba por allí, al oírlo, creyó que metiéndose en el ataúd podría llegar a ocupar el trono; y le propuso el cambio. Cuando aquel hombre ya estaba en el ataúd, llegó

al rey y ordenó que lo echaran al río. Y allí murió ahogado, sin que nadie hiciera caso de sus protestas¹.

El rey tuvo que marcharse de viaje. Okuku Osambot aprovechó su ausencia para acercarse a la reina; ésta se enamoró de él y, cuando supo que el rey regresaba al pueblo, ordenó a los soldados que no le dejaran entrar y que le mataran.

De esta manera, Okuku Osambot llegó a ocupar el trono; y mandó llamar a sus hermanas, con quienes vivió el resto de su vida.

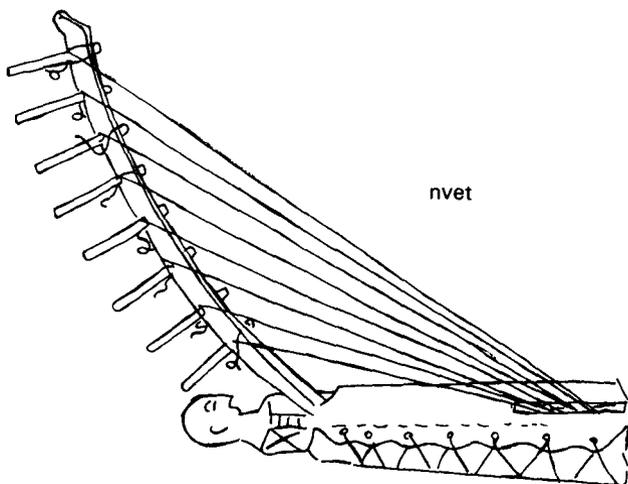
¹ Un motivo similar se encuentra en el cuento ndowe número 100 «La preciosa Kaisa».

94. UN HERMANO DESPRECIADO

Un hombre y una mujer tenían un hijo y una hija. El hombre más rico del pueblo, que ya era mayor, organizó una fiesta para poder casarse. Los padres de los chicos decidieron acudir, y prepararon para la chica un vestido hecho con pieles de animales; mientras que para el chico prepararon un vestido hecho de sacos. El chico no estaba de acuerdo con aquel trato, y pensaba en la manera de poder conseguir que la fiesta fuera un fracaso.

Cuando la fiesta empezó, la hermana lucía su vestido con gran éxito: muchos hombres la admiraban. El hermano se acercó y empezó a pegar patadas a los tambores¹, que enmudecieron ante aquel ataque. El rico que había organizado la fiesta mandó que prendieran al chico, pero éste pudo escabullirse y regresar a casa. Allí, su padre le encontró por la mañana y le pegó tal paliza que el muchacho decidió escaparse.

¹ Ciertamente, los tambores son la base de cualquier fiesta fang, de su música y de su danza. Existen, sin embargo, otros instrumentos de menor presencia, entre ellos los siguientes:

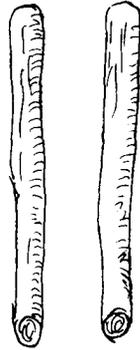


Se dirigió al bosque. Y permaneció en él durante mucho tiempo, puesto que era un gran cazador. Había conseguido matar a muchos animales, y guardaba las pieles de todos ellos. Un día, se acercó a una carretera. Nunca la había visto, y creyó que era un paso de elefantes. La siguió para intentar cazar a alguno, y la carretera le llevó hasta una casita donde vivían dos viejecitos que apenas podían valerse. El muchacho se quedó con ellos y a partir de entonces se encargó de ayudarles: traía el agua y la leña, cuidaba la finca, lo hacía todo.

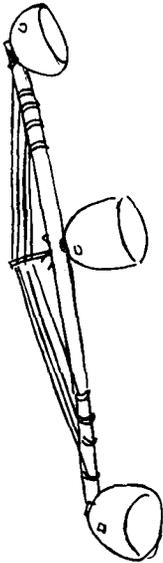
Cuando el viejo presintió la muerte, le llamó y le dijo: «Antes de que me muera, quiero darte este brebaje mágico. Si alguna vez necesitas ayuda, pídesela». Al cabo de un tiempo, el viejo murió. Y la vieja le siguió a los pocos días. El chico se había quedado solo, y decidió continuar su aventura.



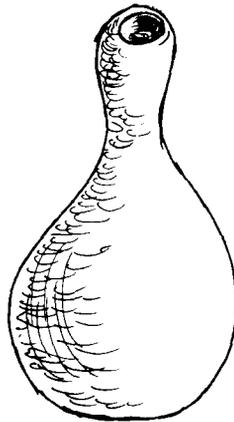
n'lak



bipkere



nvet oyeng



nyas

La carretera le llevó hasta el siguiente pueblo, donde también encontró trabajo en la casita de un matrimonio. Pero el hijo de la casa estaba enamorado de la misma chica que él. Ella se le acercaba continuamente y su trabajo peligraba. Así que pidió consejo al brebaje, que le dijo: «Mañana por la mañana coges agua con la boca; y, cuando la chica se te acerque, se la echas a los pies». El muchacho lo hizo así, y la chica ya no se le acercó más y aceptó el matrimonio con el hijo de los dueños.

Se celebraba la fiesta de la boda, y nuestro muchacho servía la comida. La chica, recién casada, le puso la zancadilla; y él se cayó, con toda la comida que llevaba, encima de los invitados. Le despidieron aquella misma tarde, y de nuevo nuestro chico se encontró solo y sin trabajo. Pidió de nuevo consejo al brebaje. Y entonces se le apareció el mismo viejo y le dijo: «Regresa a tu pueblo. Y, cuando sea de noche, echa al suelo esta bola que voy a darte».

El chico regresó a su pueblo donde, después de tanto tiempo, la gente no le reconoció. Hasta que llegó a su casa, y sus padres —que también le querían— le recibieron con los brazos abiertos. Por la noche, él echó la bola al suelo, y el pueblo se transformó: las casas eran de piedra, la gente llevaba ricos vestidos, y todos tenían muchos animales. Los vecinos, agradecidos por su intervención, le hicieron rey. Y él gobernó el pueblo con mucha sabiduría.

Y solamente tuvo un hijo, para que no tuviera que soportar ninguna envidia como la que él había sentido por su hermana.

95. UN HUÉRFANO CON SUERTE

Fuesong era un huérfano al que el pueblo había cuidado mientras era pequeño. De mayor, pensó que debía irse para buscar trabajo. Siguió los rayos del sol hasta que encontró a un hombre que le preguntó hacia dónde se dirigía. Fuesong respondió: «Soy huérfano y estoy buscando trabajo». El hombre le pidió que se quedara con él. El chico trabajaba y no recibía ningún sueldo, solamente le mantenía. Un día le reclamó su sueldo; el hombre le entregó diez francos y le despidió.

Fuesong continuó su camino. Al cabo de tres días llegó a una casita donde una vieja le recibió con amabilidad y le dio comida. La vieja se transformó en una chica joven, que le dijo: «Mi abuela me ha indicado que te ayude en todo hasta que ella vuelva». Juntos limpiaron la casa y prepararon las camas. Por la noche, se acostaron juntos. La chica era muy bonita, pero Fuesong se dio cuenta —al despertarse— de que había dormido con la vieja. Ésta, agradecida porque no la había despreciado, le regaló una reliquia de la familia: «Esta reliquia te ayudará siempre que te encuentres en un apuro».

De nuevo Fuesong se puso en marcha. Encontró a otra viejecita que, después de preguntarle quién era, le ofreció tres refranes. Cada uno de ellos valía un franco. Fuesong le pagó lo que valían, y la vieja le dijo: «Si alguien te llama por detrás, vuelve la cabeza para saber lo que quiere. No guardes los secretos para ti solo; confíalos a alguien más. No hagas caso de las palabras dulces de los demás, que a lo mejor intentarán engañarte». Fuesong escuchó los refranes de la vieja y reemprendió el camino.

Llegó a una ciudad, donde el cocinero de un rico señor le ofreció trabajo. Fuesong consultó el caso con la reliquia y lo aceptó. Un día Fuesong pidió permiso para poder preparar la comida. El cocinero accedió y el señor encontró que eran manjares tan bien preparados que hizo un regalo al cocinero. Éste, sin embargo, contó a Fuesong que el amo se había quejado mucho, y le pegó. Así sucedió un día, y otro... hasta que el cocinero se puso enfermo. Entonces el dueño vio que el mejor cocinero era Fuesong, despidió al otro y dejó a nuestro amigo como jefe único de la cocina.

El amo tenía un hermano que se dedicaba a comerciar con unos

barcos de su propiedad. Un día los dos hermanos decidieron irse juntos de viaje, y quisieron que Fuesong les acompañara para prepararles las comidas. Fuesong aceptó con una condición: «Que el día en que termine mi contrato me dejéis en el lugar en donde estemos, aunque sea en alta mar».

Efectivamente, el día en que el contrato vencía se encontraban en alta mar. Pese a las protestas del amo, Fuesong exigió el cumplimiento de lo acordado; y le dejaron en una barquita que habían cargado de alimentos. Fuesong estuvo navegando solo durante ocho meses, hasta que divisó la costa. Fatigado y muerto de hambre, esperó a recuperarse para volver atrás y contratarse de nuevo en las mismas condiciones.

La segunda vez que lo abandonaron, llegó un continente desconocido donde vivía un gigante llamado Banyam, devorador de hombres. Precisamente, el gigante había capturado a la hija de su antiguo amo. Y, aprovechando un momento en que Banyam se había ido, Fuesong se acercó a la muchacha y le propuso la huida. Ella no aceptó, y Fuesong se quedó a acompañarla. Cuando Banyam regresó, el muchacho le contó lo que había sucedido; y Banyam le concedió un espacio donde quedarse.

Fuesong sabía que el amo había prometido la mano de su hija al que la rescatara. Por eso esperó pacientemente durante cuatro años, hasta que lo tuvo todo dispuesto. Entonces consultó con la reliquia y ésta le dijo: «Tienes que romper el maíz del gallo del gigante. Banyam no regresa nunca a casa si antes no oye que su gallo canta. Por esta razón, si le rompes el maíz no cantará, el gigante no regresará y podréis marchar tranquilos».

Así fue cómo consiguieron escapar de las manos de Banyam y navegar durante un mes. Pero entonces el gallo encontró unos granos enteros de maíz, se puso a cantar y Banyam regresó a casa. Enfurecido al comprobar la huida, intentó perseguir a los dos fugitivos. En aquel momento Fuesong pidió a la reliquia que creara un gigante más fuerte para que les defendiera. El nuevo gigante se enfrentó a Banyam, y éste sucumbió y murió.

Cuando ya llegaban a puerto, uno de los marineros sorprendió a Fuesong, le encerró y se llevó a la chica. Se presentó ante el antiguo dueño y exigió su recompensa. El rey accedió. Pero, cuando se celebraba la fiesta nupcial, Fuesong —que había conseguido librarse de su encierro— compareció ante el rey y lo aclaró todo. Así pudo casarse con la chica y llegó a ser el dueño de todas las propiedades de su antiguo amo.

96. LOS TRES HUÉRFANOS Y EL NIDO DE PALOMAS

Tres hermanos vivían con su anciano padre. Le pidieron consejo y éste les dijo: «No robéis ni deseéis a las mujeres de los demás. Si alguien os pega, pedidle que no siga; si no os hace caso, no le devolváis sus ofensas». Y expiró.

Al día siguiente, el hermano mayor fue al bosque para preparar una finca. Cortó todos los árboles menos uno que estaba situado en el centro. Pensó: «Ya lo cortaré mañana». Y se fue.

En aquel árbol había un nido de palomas. La paloma, que había oído las intenciones del hermano mayor, voló hasta el cielo y le dijo a Dios: «Tú me dijiste: Vé a este árbol y cría ahí a tus pichones. Pues bien: el hermano mayor de aquella familia cortará el árbol mañana por la mañana. Y, como mis pichones todavía no saben volar, morirán». Dios le respondió que no se preocupara. Y la paloma volvió a su nido tranquila.

Cuando el hermano mayor se acercó al árbol para cortarlo, empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza. Regresó a casa y murió al cabo de poco rato.

Al día siguiente, el hermano mediano se acercó a la finca que había preparado el mayor. Vio que faltaba un árbol por cortar y pensó: «Mañana lo cortaré». La paloma emprendió de nuevo el vuelo hasta el cielo, y nuevamente Dios la tranquilizó. Al día siguiente, el hermano mediano sintió otro dolor de cabeza y murió.

También el hermano pequeño se acercó a la finca y pensó en cortar el árbol. La paloma subió al cielo absolutamente traspuesta, porque el pequeño había pensado: «Si Dios quiere, mañana lo cortaré». Entonces Dios no quiso castigarle, y aconsejó a la paloma que trasladara el nido a otro árbol, fuera de la finca.

El hermano pequeño pudo cortar el árbol sin ninguna dificultad. Y desde entonces, cada sábado podía recoger los frutos que cultivaba, sin pasar hambre nunca más.

97. TRES MUCHACHOS EN BUSCA DE ESPOSA

En un pueblo vivía un muchacho con su padre. Éste era bastante anciano, de manera que el chico decidió irse para buscar esposa. Sabía que en el pueblo vecino había una muchacha muy bonita, y quería proponerle el matrimonio. El padre aceptó la idea encantado; y, entre la ropa para el viaje, le preparó un brebaje que le podría ayudar en caso de apuro.

El muchacho salió de su casa. Al llegar al río, oyó que una voz le decía: «Espérame». Volvió la cabeza y vio a un chico de otro pueblo.

Este, según parecía, se dirigía a buscar a la misma chica que él. Se echaron a reír y decidieron ir juntos: la muchacha ya decidiría cuál de los dos era el mejor marido para ella.

Al cabo de un rato, un tercer muchacho —que también pretendía a la misma chica— se les juntó. Y prosiguieron su camino los tres juntos.

Al llegar a otro río, el primero se detuvo: tenía ganas de fumar en pipa. Buscó entre su equipaje, y se dio cuenta de que había traído la pipa pero había olvidado el tabaco y el fuego. No era problema, porque el segundo había traído el tabaco; y el tercer muchacho había traído cerillas.

Así que fumaron los tres juntos, y al terminar limpiaron la pipa y la guardaron de nuevo.

Entonces apareció una muchacha bellísima. Les dijo: «Estoy buscando a mi marido, que me ha llamado desde el mar a través del tabaco que ha caído cuando vaciábais la pipa». El muchacho que había traído el tabaco, proclamó: «Está claro que, al ser yo quien ha traído el tabaco, soy el marido que buscas». Pero los otros dos protestaron: porque sin la pipa y sin las cerillas no hubiera podido fumar ninguno de los tres.

Decidieron hacer una carrera: primero corrieron el de la pipa y el de las cerillas, ganando el primero; a continuación echaron a correr el de la pipa y el del tabaco: el de la pipa estaba cansado de la carrera

anterior; pero entonces se acordó del brebaje que su padre le había preparado; lo tomó y ganó la carrera con toda comodidad.

El muchacho se casó con aquella chica tan bella, gracias a los cuidados que su padre había tenido ¹.

¹ El final se diferencia de las versiones ndowe, donde las discusiones entre los tres pretendientes terminan beneficiando a un cuarto personaje, que se queda con todo mientras los demás discuten.

98. LA ENVIDIA DE LOS HERMANOS

Ote, Eli y Pichichi eran tres hermanos que vivían con su padre. Éste prefería al pequeño Pichichi, y los otros dos tenían envidia de él.

Cuando el padre presintió la muerte, llamó a Pichichi y le dijo: «Mañana irás al río y verás que los cocodrilos fabrican dinero para ti. Coges todo el que quieras. Y siempre te sucederá lo mismo».

El padre murió. Y, al día siguiente, Pichichi fue al río y, efectivamente, vio que los cocodrilos fabricaban dinero para él. Lo cogió y cada vez que quería volvía al río y sucedía lo mismo. Pichichi empezó a reformar la casa y a mantener a sus dos hermanos mayores.

A Eli le daba lo mismo. Pero el mayor, Ote, quería saber de dónde sacaba el pequeño tanto dinero. Así que una mañana le siguió y observó sorprendido lo que sucedía. Cuando Pichichi se marchó, él mismo quiso probarlo. Y al instante se convirtió en un cocodrilo y se puso a fabricar dinero para su hermano. Pichichi, al día siguiente, reconoció a Ote en el nuevo cocodrilo; pero no quiso decir nada.

Eli empezó a sentir curiosidad, y otro día siguió también a Pichichi hasta el río. Al ver que sucedía algo tan maravilloso, el pobre Eli quiso probarlo. Y también se encontró de pronto convertido en cocodrilo y fabricando dinero para su hermano.

Pichichi continuó viviendo en medio de grandes riquezas. Y Ote y Eli vieron castigada su envidia: toda la vida trabajaron para el pequeño, fabricando dinero en forma de cocodrilo.

99. LOS TRES HIJOS DEL REY

Un rey tenía tres hijos: Eli, Ondo y Ote.

Eli pensó que aunque eran ricos no podrían mantenerse toda la vida. Así que decidió irse a otro pueblo y trabajar en un oficio. El padre lo aprobó y Eli se adentró en el bosque.

Al hacerse de noche, se puso a dormir debajo de un árbol. Ya de mañanita, siguió su camino y encontró un gran pueblo cuyo rey le ofreció trabajo como mayordomo. Eli aceptó gratamente, pero no cobraba nunca por su trabajo.

Al cabo de tres años se cansó de trabajar sin cobrar nada; y explicó el rey que quería volver a su pueblo. El rey aceptó y dijo: «Ya que has trabajado para mí durante tres años sin que yo te haya pagado nada, escoge ahora lo que quieras llevarte y yo te lo regalaré».

En lugar de escoger alguna de las muchas riquezas del rey, Eli escogió una mesa vieja, con las patas carcomidas. El rey reunió al pueblo y contó que iba a regalar aquella mesa a Eli; y que, aunque parecía una mesa de mala calidad, tenía muchos poderes. Efectivamente: el rey la golpeó y al instante se convirtió en una gran mesa llena de toda suerte de exquisitos manjares. Cuando el rey la golpeó de nuevo, volvió a su antigua forma.

Eli estuvo muy contento al ver que había escogido un regalo mucho mejor de lo que creía. Cogió la mesa y regresó a su pueblo. Se le hizo de noche en el mismo lugar donde había descansado a la ida. Pero entonces había allí una casa que un ladrón había construido. El ladrón le invitó a pasar la noche dentro. Y, mientras estaba durmiendo, le cambió la mesa por otra parecida que no tenía ningún poder.

A la mañana siguiente, sin darse cuenta del cambio, cogió la mesa, se despidió del ladrón y continuó su camino.

Al llegar al pueblo de su padre, quiso probar delante de todos la esplendidez del regalo que había traído. Pero la mesa no se transformó, pese a los innumerables golpes que Eli le pegaba, y quedó avergonzado ante todo el pueblo.

A pesar de ello, Ondo quiso también probar fortuna y se dirigió al mismo pueblo. El rey le ofreció trabajo como jardinero. Ondo aceptó complacido. Y, al cabo de tres años de arduo trabajo, quiso regresar a

su casa. Ante el ofrecimiento del rey, Ondo escogió como regalo un caballo escualido que había visto en los establos.

El rey reunió al pueblo para que todos vieran los poderes de aquel caballo tan flaco. Y, ante la sorpresa general, cuando el rey golpeó al caballo éste empezó a derramar dinero por la boca, como si fuera un grifo de agua. La gente se abalanzó para poder recoger el dinero. Y Ondo salió del pueblo satisfecho por lo obtenido.

Pero también pasó la noche en casa del ladrón, que le cambió el caballo mágico por otro que no tenía ningún poder. Y, así, cuando Ondo llegó a su pueblo y quiso demostrar a todos los poderes del animal, también quedó en ridículo.

Ote, el más pequeño, creía la verdadera historia que contaban sus hermanos; y también quiso probar fortuna. Se dirigió a aquel mismo pueblo, donde el rey le ofreció trabajo con el ganado. Ote aceptó y, al llegar el momento, escogió como regalo una porra.

El rey mostró ante todo el mundo los poderes de la porra. A una indicación suya, la porra empezó a golpear con mucha fuerza a todos los que se habían congregado en aquel lugar; y no cesaron los golpes hasta que el rey lo ordenó.

Por la noche, en la casa del ladrón, Ote ordenó a su porra que golpeará a cualquiera que se le acercara mientras él dormía. El ladrón quiso hacer lo mismo que en las ocasiones anteriores, pero se encontró con que la porra le golpeaba sin piedad durante mucho tiempo. El pobre ladrón suplicaba compasión, y Ote le dijo: «La porra seguirá golpeando hasta que me devuelvas la mesa y el caballo que robaste a mis hermanos». Y al ladrón no le quedó otro remedio que devolver lo robado.

Cuando Ote llegó a su pueblo, reunió a toda la gente. Y frente a la multitud demostró las virtudes de los tres regalos que los tres hermanos habían conseguido con su trabajo. La gente se mostró muy satisfecha con lo que habían conseguido, y dejó de reírse de Eli y de Ondo¹.

Y, desde aquel día, en aquel pueblo vivieron todos muy bien; porque los regalos eran útiles para todos: tuvieron siempre alimentos y dinero; y alguien que los defendía de cualquier peligro.

¹ A la victoria final del tercer hermano, el pequeño, hay que añadir el motivo de las tres propiedades complementarias, ampliamente extendido entre los cuentos africanos, que siempre da lugar a peleas. En este caso, la pelea no es entre los tres hermanos sino con un ladrón circunstancial.

100. LA HERENCIA DE LOS TRES HERMANOS

En un pueblo vivía un hombre con sus tres hijos: Mba, Ndong y Ote. Vivían todos en la más absoluta pobreza: el hombre era viejo, y la finca que tenía ni siquiera daba lo suficiente para mantenerlos a todos.

Llegó el día en que el padre tuvo que quedarse en casa, porque era tan viejo que ya no podía trabajar. Los hijos fueron solos a trabajar a la finca, y a la vuelta vieron que el padre había muerto. Después del entierro, comprobaron que les había dejado todo lo que tenía: la pobreza. Y ésta aumentaba de día en día.

Una noche, Mba tuvo un sueño: su padre le llamaba para decirle: «Despierta, Mba, que voy a decirte algo importante: mañana iréis los tres a la finca. Debajo del árbol grande encontraréis unos paquetes. Debéis cogerlos y traerlos a casa, sin abrirlos durante el camino. Al llegar a casa cerraréis puertas y ventanas y los abriréis». El padre repitió estas instrucciones tres veces, y el sueño se esfumó. Mba, que se había despertado, volvió a dormirse.

A la mañana siguiente, llamó a sus hermanos a la casa de la palabra para contarles lo sucedido. Y resulta que los tres hermanos habían tenido el mismo sueño. Mba añadió: «Si nuestro padre no podía mantenernos cuando estaba vivo, no hace falta que ahora esperemos nada de él. Yo no creo en los sueños». Pero al ver que sus hermanos se dirigían a la finca, se unió a ellos.

Efectivamente, debajo del árbol grande encontraron los paquetes que el padre había dicho. Mba cogió el más grande; Ndong el mediano; y Ote el más pequeño. E iniciaron el camino de regreso.

A Mba le pareció que su paquete pesaba demasiado. Y que no valía la pena cargarlo a lo largo de todo el camino, puesto que a lo mejor no contenía más que piedras. De manera que lo dejó en el suelo y lo desató. Salió del paquete una mujer embarazada, otra con dos hijos, y muchas cabras y gallinas. Mba estaba contento con todas esas riquezas, pero al instante se escabulleron en el bosque sin que pudiera hacer nada por retenerlas. Disgustado, llenó el paquete de piedras y de hojas y esperó a que llegara su hermano Ndong.

Cuando Ndong llegó donde estaba el hermano mayor, éste se burló de él: «Vas cargado como un tonto, y en el paquete no hay más que piedras. Míralo tú mismo, lo que he encontrado en el mío». Ndong se convenció y desató también el paquete mediano: inmediatamente aparecieron de nuevo mujeres, cabras y gallinas, que también se esfumaron en el bosque sin que Ndong pudiera hacer nada. Se enfadó mucho con su hermano mayor, y aguardaron al pequeño Ote.

En cuanto le vieron empezaron de nuevo las burlas: «Eres un grandísimo tonto. Mira nuestros paquetes: no contienen más que piedras y hojas. ¿Para eso vas tan cargado?». Pero Ote no se dejó amilanar: «Yo haré todo lo que nuestro padre ha dicho». Y se fue hacia su casa, cargado con su paquete.

Al llegar, descansó un poco. Luego cerró puertas y ventanas, y desató el paquete: apareció una mujer, y no pudo escapar porque la casa estaba cerrada; luego siguieron apareciendo más mujeres, y cabras, y gallinas, y toda suerte de riquezas.

Así fue cómo Ote se hizo rico. Todos los del poblado estaban asombrados, y muchos hombres querían trabajar para él. Incluso sus hermanos fueron a pedirle trabajo, pero Ote les dijo: «Mis hermanos no tienen que estar sin mujeres ni trabajar para mí. Yo les buscaré mujeres y les construiré buenas casas». Y así lo hizo.

Y de esta manera, los tres hermanos pudieron salir de la pobreza.

101. LOS TRES DESEOS

Un hombre anciano tenía tres hijos: Ote, Elibobe y Ndo. Su mujer vivía en el río, así que cada vez que querían verla tenían que adentrarse en el agua.

El hombre murió, y al cabo de un tiempo también murió su mujer. De manera que los tres chicos se quedaron solos, pobres y miserables. Hasta que, por fin, a Ote se le ocurrió una idea: «Creo que deberíamos ir a ver a nuestros familiares del río para que nos ayuden».

Dentro del río encontraron a un tío suyo, también muy anciano, que quiso ayudarles: «Os voy a dar este marfil; cada vez que deseéis algo, lo pedís golpeando el suelo con él; pero os advierto que solamente debéis hacerlo una vez».

Los chicos regresaron a la orilla y prosiguieron su vida. Al cabo de un tiempo, Ote se cansó de vivir en la miseria, cogió el marfil y, golpeando el suelo con él, pidió tener una ciudad entera llena de coches¹. Al instante la ciudad apareció. Ote dio el marfil a Elibobe y se quedó a vivir en su ciudad.

Elibobe se fue a otra parte, golpeó el suelo con el marfil y pidió una ciudad con luz eléctrica. La ciudad apareció y Elibobe dio el marfil a Ndo y se quedó en su ciudad.

Ndo pidió una ciudad que flotara en el aire, y que solamente él, apretando un botón, pudiera permitir las salidas y entradas por una escalera. También le fue concedido.

Un día, Ote cogió un coche y fue a visitar a su hermano Elibobe. Se dio cuenta de que aquella ciudad era mejor que la suya, así que se dirigió a Ndo y le pidió el marfil. Golpeó el suelo y pidió que su ciudad fuera más grande y que tuviera más servicios. Al instante, la ciudad desapareció y en aquel lugar se hizo de nuevo el bosque, lleno de monos y gorilas.

Ote recordó la advertencia de su tío, y comprendió la razón de su fracaso. Entonces se dirigió a la ciudad de Elibobe y le convenció de

¹ Cuando se quieren exagerar los signos externos de riqueza se apela al modelo europeo de progreso.

que también él pidiera una ciudad más hermosa. De manera que también el segundo hermano volvió a la pobreza.

Elibobe se enfadó mucho, y quería matar a Ote. Pero éste le convenció de que lo que debían hacer era intentar que también Ndo se arruinara, para volver a ser los tres iguales.

Al llegar a la tercera ciudad, Ndo apretó el botón para que pudieran subir por la escalera. Le entregaron el marfil para que solicitara una ciudad más bella, pero Ndo se negó rotundamente: «Ya sabéis que nuestro tío nos advirtió que solamente debíamos utilizar el marfil una vez». Los tres hermanos se pelearon por esa negativa. Y, al fin, Ote y Elibobe se cayeron desde lo alto de la ciudad y se hicieron daño.

Ndo se compadeció de ellos. Y les dio trabajo, casa y mujeres. De manera que no pudieron ser tan ricos como antes, pero vivieron felizmente como personas normales.

102. LA MUJER ADÚLTERA

Alongbiselako'o era un hombre que se había casado con una mujer llamada Biso'o. Vivían con otro hombre, que se llamaba Tumba'a-Bingas; éste se anamoró de Biso'o y cada vez que el marido tenía que salir pasaba el rato en compañía de la mujer.

Cuando Alongbiselako'o se dio cuenta de lo que sucedía, no provocó ningún escándalo; y se casó con una segunda mujer, Akeng.

Al cabo de un tiempo, Biso'o cogió unas fiebres muy altas; y murió. Alongbiselako'o, recordando que no le había sido fiel, la dejó sola en la casa y se fue a dar un paseo. Tumba'a-Bingas, al ver que el marido salía, entró en la casa y se tumbó junto a la mujer, sin saber que estaba muerta.

Entonces Alongbiselako'o empezó a proclamar, gritando: «Biso'o ha muerto; y, ya que no me quiso, se quedará sola». Al oír la proclama, el pobre Tumba'a-Bingas se dio cuenta de que la mujer estaba fría; y salió corriendo de la casa.

Al día siguiente, por la mañana, la parte de fuera de la casa estaba llena de excrementos. Alongbiselako'o, riendo, preguntaba: «¿De quién son, de la muerta o del amante?».

103. DOS CHICOS Y UNA CHICA

Dos chicos y una chica, que eran de pueblos distintos, se encontraron en un cruce de caminos. Los tres se dirigían al mismo pueblo, para casarse. Después de presentarse, decidieron proseguir juntos el viaje.

Cuando estuvieron cansados, se detuvieron a descansar debajo de un árbol altísimo. Desde arriba del árbol, un animalito llamó su atención. Uno de los chicos le lanzó una piedra, que fue a dar justo en el agujero desde donde el animalito les miraba.

«¡Vaya puntería!», exclamó el segundo chico. Y, al meter la mano en la bolsa que llevaba, descubrió que dentro de ella había el mismo animalito que instantes atrás les miraba desde el árbol.

Prosiguieron la marcha y se detuvieron, después de largo recorrido, junto a un río. La chica preparó un envuelto de calabaza para comer¹; cuando ya se disponían a hincarle el diente, vieron que dentro del envuelto, perfectamente cocinado, se encontraba aquel mismo animal. Todos se preguntaron: «¿Quién de nosotros tres ha sido capaz de hacer esta maravilla? ¿O es que ha sido un puro azar?».

Y la historia termina con esta pregunta sin respuesta.

¹ El envuelto de calabaza es un manjar que se prepara amasando pepitas de calabaza peladas. Una vez dotada de consistencia mediante el agua, se envuelve con ella carne o pescado, mezclándolo todo con picante y sal.

104. NZIMI Y MILANG

Nzimi y Milang eran un hombre y una mujer que vivían en un pueblo. Estaban casados, pero nunca querían darse nada el uno al otro.

Un día, la mujer decidió ir a visitar su pueblo¹. Empezaron el viaje juntos, puesto que el marido quería acompañarla un rato. Vieron un pangolín²; como que lo habían divisado los dos a la vez, empezaron a buscar excusas para que el otro se fuera y dejara el campo libre: la mujer decía: «Ya me has acompañado un buen trecho; ahora vuelve a casa». Mientras que el hombre replicaba: «Ya te he acompañado bastante, sigue adelante, que todavía te queda mucho camino».

Vieron que no adelantaban nada con la disputa; de manera que decidieron cazar el pangolín y partirlo por la mitad. Cada uno tomó un pedazo y siguió su camino.

¹ La mujer casada vive siempre en la casa del marido; y por tanto, ya que se trata de sociedades exógamas, en el pueblo de la familia de éste.

² Armadillo (*Manis* sp).

105. EL MONSTRUO DEL RÍO

Había un rey que era protegido por un monstruo del río. A cambio, cada semana debía entregarle una chica del poblado para comer. El rey era grande y poderoso, gracias a aquel monstruo¹.

También había, en un pueblo vecino, un chico cazador que era muy diestro. Un día, por la mañana, entró en el bosque para cazar. Vio que pasaba un león. Y, al apuntarle con la escopeta, el león le dijo: «Ya sé que tu disparo vale por siete animales. Si me perdonas la vida, te daré uno de mis cachorros». El chico recogió al pequeño león y continuó su camino.

Poco después, se dispuso a matar a un gorila que había visto. El gorila se dirigió a él, suplicando: «Aunque tu tiro vale por siete animales, cosa que sabe todo el bosque, si me perdonas la vida te daré una de mis crías». El chico aceptó el cambio. Y a la cría del gorila fueron añadiéndose la del chimpancé, la del tigre y la del elefante. De manera que el chico poseía un pequeño ejército de animales salvajes.

En lo más espeso del bosque, entabló conversación con un anciano. Al cabo, éste le dijo: «Yo había sido tu abuelo, y voy a ayudarte. Te daré este perrito y esta escoba. Cada vez que golpees al perrito con la escoba, se convertirá en un perro enorme y feroz». El muchacho cogió el cachorro y lo llevó consigo y con los demás animales.

Entonces llegó al poblado del rey que era protegido por el monstruo del río. Aquella semana le tocaba el turno a la hija del rey, y la gente estaba muy triste y no salía de su casa. El muchacho quiso saber qué pasaba en aquel poblado. Y, cuando se lo hubieron explicado, se presentó ante el rey para proponerle: «Creo que puedo matar al monstruo con mis animales. Si lo apruebas, puedo intentarlo. Pero deberás dejar que me case con tu hija si lo consigo».

Se formó una caravana para llevar a la hija del rey a una casita que se encontraba al lado del río. Cuando la dejaron allí, el muchacho entró también y quedó sorprendido por su belleza. Ella le dijo: «Tam-

¹ A diferencia de las leyendas europeas del caballero San Jorge, en las que la voracidad del monstruo provoca la consternación del rey y el empobrecimiento paulatino del país.

bién a mi me gustaría que nos casáramos. Pero voy a morir. Es mejor que te vayas, para que el monstruo no acabe también con tu vida».

En aquel momento apareció el monstruo del río: era enorme, con unas uñas afiladas y un solo ojo. El agua del río, enturbiándose, había cambiado de color. Y el monstruo quería cobrar su recompensa por la protección que dispensaba al rey.

El chico ordenó a sus animales que le atacaran. Después de una ardua lucha, el monstruo continuaba vivo. Hasta que el muchacho, cuyo tiro valía por siete animales, le disparó y el monstruo cayó muerto. El chico le cortó una mano, la cola y el ojo, y se lo dio al gorila para que lo escondiera.

Por la noche, mientras el chico dormía, se acercaron unos pescadores. Al ver que el monstruo estaba muerto, decidieron que podían engañar al rey. Mataron al muchacho, cortaron unos pelos del monstruo y se dirigieron al pueblo para contarle al rey que eran ellos los que habían conseguido dar muerte al terrible monstruo. Obligaron a la chica a acompañarles, y pretendían que se casara con alguno de ellos.

Los animales del muchacho, al ver lo sucedido, se adentraron en el bosque. Regresaron con unas hojas mágicas que pusieron sobre el cuerpo del muchacho. Éste resucitó, creyendo que había estado durmiendo toda la noche. Al ver que la muchacha había desaparecido, ordenó al gorila que trajera las partes del monstruo que había escondido; y se dirigieron todos a la casa del rey. Éste le regañó: «Eres un mentiroso. Me habías prometido que matarías al monstruo, y resulta que han tenido que hacerlo estos pescadores».

Los pescadores mostraban los pelos del monstruo para probar la veracidad de su historia. El muchacho, sin embargo, aportó una prueba mayor: la mano, el ojo y la cola del monstruo; y todos se convencieron de que él era el verdadero ganador del terrible monstruo del río.

Los pescadores fueron castigados. Y el chico se casó con la muchacha y llegó a ser el rey de aquel pueblo.

106. UBETI

Un chico huérfano vivía de lo que cazaba. Su casa era miserable y tenía como techo los árboles del bosque. Así que un buen día decidió irse.

Encontró una carretera. Como jamás había visto un coche, al oír el ruido de un motor se agazapó. El coche llegó junto a él y vio que unos hombres cornudos salían de él y se dirigían a un almacén próximo. Al llegar a la puerta del almacén, uno de los hombres gritó: «Ubeti» y la puerta se abrió. Cuando los hombres se quisieron ir, volvieron a pronunciar la misma palabra —«Ubeti»— y la puerta se cerró por sí misma.

Cuando los hombres cornudos desaparecieron, el muchacho se acercó a la puerta del almacén y gritó con todas sus fuerzas: «Ubeti». La puerta se abrió y el muchacho quedó sorprendido al comprobar que en aquel almacén había toda suerte de comidas y bebidas.

Se llevó algunas a su casa. Y, a partir de entonces, cada vez que necesitaba algo lo iba a buscar al almacén. Y su casa empezó a llenarse de riquezas inusitadas.

Un amigo suyo estaba sorprendido: «¿De dónde sacas todo esto?». El muchacho no quería contarle su secreto a nadie. Pero el amigo insistió tanto que al fin se lo contó.

Decidieron que al día siguiente irían los dos a aquel almacén extraordinario.

Salieron del poblado de mañanita. Y a la voz de «Ubeti», la puerta del almacén les franqueó el paso. El muchacho estaba atareado, juntando las cosas que se quería llevar; pero el amigo solamente quería beber y beber. Completamente borracho, exclamó: «Ya recuerdo la palabra mágica: Ubeti». Al instante, la puerta se cerró.

El amigo, con la borrachera, ni siquiera se dio cuenta de la situación. Mientras que el otro pensó que pronto llegarían los hombres cornudos y les descubrirían. Así que se metió en un saco de arroz que previamente había llenado de porquería.

Cuando los hombres cornudos llegaron al almacén y encontraron al pobre borracho, se enfadaron mucho. Le pegaron hasta matarle y luego se lo comieron.

Después advirtieron que había un saco lleno de porquería: lo sacaron fuera y lo tiraron cerca de la carretera.

De esta manera, y gracias a su ingenio, el muchacho huérfano pudo seguir yendo al almacén y vivió con muchas comodidades.

APÉNDICE

MILANG

(VERSIONES EN LENGUA FANG)

3

A nga bo na: A ne Beheme ba ngaha Ovula be nga tobo ngura nname, nname nfe ô mbe be bebeiny vaha.

E mos yui, ede Beheme a nga ke suane è djaha è mbe nye nfenge, a ke kuiny a ntaha nda djaha, ya abaha, abaha te djômo e mbe bume ô djahi. Beheme a bêbe kaga a yene mbôte, ede a nga ke na ake tuege djôme, abea: wa ke djôme te ve, a woge Beheme a nga woge, a tube mbihi, a kele è djaha deuy, a ke suane nye na a ovolo, nvaya e da nye mina a wolo da adji.

Ede Beheme a nga bera a ke djaha a fe, mèsonge me nga djama weny, a suane a nga suane. Beheme a bêbe mbote a zu nseng a bege a tyine ne djang nlò, Beheme a ke a beamé bôte, nye na: Beayene ne ma, beayene ne ma: Ma djona «;Ebôte è djaha di me ne ya?, a fane pêpa a nga lige ma do, a fane nkene a fia mesung, ntôme pêpa a nga ligema wa è wa yui mbôte a bege va yui, ede ma djo ne a kege ma ntome wôme, bôte nye na zaga a nyônge, ede a nga tuega esuega a nfège, a tone do Beheme nlò, a larane ne ya nlò weny, a tyine djang è ke tebe Beheme nlò, kaga fe a wulu, Beheme a ke a tenge a kele e djaha deny, a so Ovula a nga so, a djo Beheme na: Nge me djo wo na ô taga ke mèsonge e da ô mbeya di, a ke tuga mbwera a mana a kige a tyine djang te, a yite Beheme.

Emos ô vogo, a ne Beheme a nga bera a ke, a ke kuiny vôme ô fe, ede a nga ke kuiny mèsonge, a kue mbôte a begue mbura djuiny nlò, Beheme a Beame bôte, nye na: Ma djo na pêpa è mène è nye a lige ma afane, ya ntome ya djuiny, ve me djo na ma sunge ma è Bème biame, ô djan e wo ma nyonge è be mbôte ntome a tyine djang dame, e de ma djo na be kege ma è djuiny dame, mbôte nyena a kuena maga ma yiyang è mbôte ma kege è djuiny di, ede a nga lara nfège, a tuega esuega, a tone de Beheme ô djuiny a larrane ya edjuiny deny, Beheme a lige a mbura djuiny, djuiny te ede e mbe na uge Beheme a kuma a dji djôme, djuiny è duluge.

Beheme a wu seny, a kele a djaha, a ke kuiny, ede Ovula a nga so meyang, a kue Beheme a toho, nye na: A Bème ma kumu na, uge me djo wo djame ô bea do, ô va ke mèsonge me yebe wo do?, ya, wa teme a wu seny te, a yene Ovula a ngá yene ne Beheme a mana ya a kote,

ede a nga tuega ndjoho, a mana nye a kige mbura djuiny te, a lige nye ya è nya djuiny deny.

A ne Beheme, a nga lige à kange Ovula, kaga fe nya bera a bo meloho, ede e ne na mbôte a bo meloho, a ye fe a bulane ne mo.

A nga bo na: A ne nvù ya esaha ya nyia be nga tobo, ede nvù a nga ke a djeng è mina a luk, a ne a nga ke yene mbemba ba momininga, ede nyia a nga ne meyeng, a lige a bo tyade nguane, nye ne na be lige ba buiny, nye ne be nga sumu mbuane nguane, a ntoho na: Nvù è buiny a nyiage meso a tyade, monininga nyaga a mana ya adjì, mèsò me nguane a nga buiny, ayene nvù a nga yene do, ede a nga djo nye na: A ne ya na mèsò wa buiny faga ve a mana me adjì?, momininga nye na: Zaha djo ne ô djo do, zaha djo ne ô djo do, zaha djo ne ô djo do, a wù. Nvù a sième, ede momininga esaha a nga so, a sième nye na: A nvù dje è bo?, nvù nye na: A bo na nyene be va lige be buiny nguane mèsò mèm me nyia a djade, mèsò meny a mana me a dji, a sili me ve sili nye na a mudje a mana adjì, mèsò me nguane, a yaha nye na zaha a djo na ô djo me do, a ne a va wù.

Esaha nye na a nvù zaha a djo ne ô djo nye do, Zaha a djo ne ô djo nye do, Zaha a djo ne ô djo nyedo, momininga esaha a wù, nvù a ku benye nyaha, A bea nkiaha a mina a suane, a zu nyihi a nda, A sième, nye na a nvù dje è bo?. Nvù nye na a bo na, nyé ne be ve lige be buiny nguane, me nyia mèsò mèm a tyade, momininga nyaga a dji mèsò a va buiny, nye ne me va sili nye na: A mudje a dji mèsò me nguane, a ne a va yaha, nye na: Zaha a djo na ô djo me do, ede a va wù, a so pèpa a va so, a mana nye a kat fueny, ayaha nye na: Zaha a djo na ô djo nyedo, a ne pèpa a wa wù. Mina nye na a nvù, Zaha a djo na ô djo be do, Zaha a djo na ô djo be do, a wù. Nvù a tube mbihi, a ke, a ke, a ke suane ô djaha, be sili nye na dje è bo a nvù? Nvù nye na: Ma wok na, me ke yene momininga, eyong meyang, bia buiny nguane me buiny mèsò me nyia a tyad, monininga nyage a bui a djaga mèsò, nye ne me nga djo nye na: A mudje a mana a dji mèsò meguane, ayaha nyena zaha djo ne ô djo me do, Zaha a djo ne ô djo me do, a wù. Bôt be ye djaha te, be na: A nvù zaha a djo ne ô djo be do, Zaha a djo na ô djo be do, ede bôt be te, be nga mana wù. Nvù a sième, a tube mbihi, nye ne a nga ke kuiny è djaha è be esaha, esaha, nye na: Dje è bo wa?, A ntoho na nvù a ye kat esaha fueny, ve a djo na esaha nyaga a za wù, a ve na a kobo um, um, um, buhu, buhu buhu. A sumu ye mos te, nvù a bèbere fa a nobo. A muna a nga kumu na, esaha a nying.

16

A nga bo na: A ne nnôm kub ba nloho be nga tyinan ne a vuiny, be ntoho, be ntoho, emos yui, a ne nloho ô nga yiri ngaha, a ne nnôm kub a nga zu nye a vang, a djo nye na a nloho ka yuiny nyonga, ba wula a yit mina avolo te, mina a mbaga a ne mpuera ô bêge wa, nge ô wua wa ô feny, ô dugan ne wa a bera a tuega.

Nye fe mina a ne na, nge a bo wo djam, ô bîmi nye a beiny, ô djama fe nye, kaga ne wa behe nye ò djodjo a ke a bo wa anu. Ede nloho, a nga wok nye, nye na: Ma ye da bera a bo. Ede be nga mana a ke ba djobo ô si a lu.

Mos ô fe, a ne nnôm kub, a nga sum moman ba ngaha, ba tahan, vua te, ede be nga yiran, nnôm kub a tyageangaha eyira, ve nloho ba nga de boho ô si, kaga kuma a yem me djam è sing, ede nnôm kub, a nga djue ngaha.

Ekuna kikirin, e de nnôm kub a nga ke a baha a ke a vueny mbuan, a mana fe a ve nduan, a ne nloho ô nga zu nye a kue, e de nnôm kub a nga sili nye na: A muiny nloho e yong ô nga yiri nyongaha, ma mê nga zu wa a vang, eyong bia ngaha wôm bivayiran a lu, wa dji kuma a yem me djam e sing, nge a zu sili, sili na: Dje da lot?

È djam me yen yan è ne na ô djimi mbêng, nde ô nga kumu na me wuiny ngaha wôm a ne nloho a nga yalan nye na: A muiny, ma djing ma vang, a mu na me ne mevang a behe, a ne na nge me zu wa a vang, ô kele a fan faga ve bia wa, ô kele osuiny faga ve bia wa, ede me ne kaga a vang wa do.

Mos ô fe ede nnôm kub a nga bera a yit ngaha, a wok nloho ô nga wok do, ô yele, a zu kuiny e vôm nnom kub a nga yiri ngaha, asum na nya a yiran ne nye: Awong, wong, wong, wong, wong. A nto na nge nnom kub, a ye nye a tub, a ye ke sobo fa ve ba nloho, a ye ke ô yob, faga ve ba nloho, a ye ke a afan, faga ve ba nloho, a ye ke osuiny faga ve ba nloho. Djam me te ede mêyiran nloho ba nnôm kub, ma a me-man.

A nga bo na: Etugu, ba ze, ya mevong maba be nto'o, è mos yui, ede ze a nga djo etugu na: A etugu, ma madang a mbara mbí melot wa?

Ede etugu a yialan ne nyi na: Ye wa djo na wa wabara olot ma, kaga a ne bia wa bikaran ne ya mbí?, Ede ze a nga djo nyi na a muiny etugu, mêtaha ve me ne nwuan, ede ô ne ma a dang a do mbí, nge wa kumu bikaran ne wa a sono melu mêtan.

Etugu nye na: Maybebe a ze, mewola mesaman ye kikirin, ze nye na: Maybebe.

Nye ne etugu a nga ke kuiny è nda djeny, a me na koan è bône beny, nye na: Bia ze bia ye karan ne mbí, ô djan a sono melu mêtan, mewola mesaman ye kikirin, ede ma kumu na: Wa ntoho wa ye ke sobo a kuat e ne e vôm biaye a sum mbí ô sù, nye ne biaye tehe, o taga a fuan a ke kuiny a ne bia ye bulan, eyong wa ye yen a ne ze a veama, ô djigui nye a vèla ô sù, o ke kuiny è vôm betyid bevogo ba yen mbí ba ye tebe, ye wa wok?, Nye na ma wok. Nye ne wa, eberan ntoho, wa wa ye ke sobo, a kuat è ne ô ngeya, va nye ne wa ye yen bia veama, ô djiga, a ke o sù o ke vut, nye ne ma ye wa yen, me djiga a sobo, ke wa wok? Nye ne yaha.

Nye na wa mesugu a mône wôm, wa wa ye ke sobo a kuat e ne è zesang, va nye wa ye bo na: Nge ô yen ne bia a sù yan, olonge olong, ne mône nnyong a ke mbí ô sù nye ne wa yen na be soyan, ô sù, olonge olong ne è mône nnyong mbogo, a djiga ake ô sù ye wa wok? Nye na ma wok.

Nye ne sono melu mêtan a nga kuiny, ze a ke lue etugu, nye na a etugu nke, tam e kuiny yang.

Etugu nye na makoman, awola da be kuiny ze, a me na a ke a lue betyid bevogo, na be ke yen a ne a wun etugu.

Nye ne betyid be nga mana koan, etugu nye a so'o fe, ede mbí ô nga sum, ze a lot etugu, a keny, a nga sigan etugu a nga ke nye ô sù, ze a bera a tyinan ya mbí, a ke vut, a ke lot etugu, a kele mbí ô sù, a nga tem faga ve etugu a nga ke oyab ô sù, a bera a tyinan a mbí na a ke nye a lot, a kue etugu a suaneyan ayab. A ne etugu, a nga sili nye na: A ze, ye wa ye bera a djo na ô ne ma adang mbí?

Mos nfe, ede ze, a ke lue etugu na be ke a lihi metyihi, nde a kue na a mbeya nye sing a nnem è te, na a wun nye mbi a ke be nga ke, ze ô sù, etugu ô vus ede ze a nga sili etugu na: A etugu ye wa buiny na ô ne ma bo elang? Etugu, nye na: Elang da bo dje? Ze nye na: Bia ye da yen bia ke ô sù, a wok etugu a nga wok do, a yala ofeny e sen, a ke sobo bisesa a si, ze a ke a lue nye, a etugu do, a etugu do, nye a nga bo kaga wok a yebe, a kele a dja'a a ligui etugu a nga ligui, a koro a sueny a kele a dja'a, ede a nga binan, nye na mèneboya èyong ze a kumu ya ma wuiny di? Nye na ma etugu mefege, mefege, ma ma ye yí è djam ma bo ze, nye na ma tama a è djam di, ma ke a djo é bône bam na: Be mana ma fak song, be ke fe ba kat na me wuyan, ede ma ye ba a djo na be fet è djina dam be mana a nyia betyi è te, e yong te ede ma ye kobo a kuiny, na afag mbi'i edjina dam, a sù kuiny ô song, a tube ewolo a loro a ma é ndjina dam è te. Nye ne a nga mana a kobo a bo, ede a nga lôm bo na: Be ke ba lue bôt na a wuyan, ede bông be nga ke ba lue bôt, be nga ke ba so'o, a sù mana a koan, etugu nye na ma mê mane mina a lue, a mu na ma wuyan ma ke yen pèpa, ma ye bera a so'o.

Ede etugu a nga mana a ke kobo a kui, nyaga a mana fe a yebe na a ye djala è mam mesege a djo nye, a ne è bône etugu be nga ma na a ke fage song è su nda è djina esaha nfeng, nye ne be nga mana a nyia betyi è djina etugu é te, be fere mbeny ya a gong, ede be nga a mana a bôro mbim etugu, be furi nye ewolo è te, be mana a djib, be nye a djeb a tareya bône nga'a, y a bevuvuman ne beny, a bevuiny, be nga yí etugu.

A lu te, ede kui a nga ke a tube mbii ô ke veama è djina be etugu, a bera a tube a tehe è djina be etugu a ke kulu ô sông ô sí, ede a nga tube ewolo mbim, a lue etugu, a muiny etugu, a muiny etugu, ede etugu a nga yebè, kui nye na: Za'a, bike, a ne beke mbii ambii be ke veama è djina, è be etugu metyini, etugu ba vuiny kui, ba dji bem be to'o ô sí. Nye ne melu melaha me nga djeny, a kue na è bôt bengana mana a so, be ngunu abaha a sí, ede kui a nga djo etugu na nke a tân, nye ne be nga ke vème è vôm mbii wa a kukulu, kui nye na mê me keyang ye djam a fe feg?, Etugu nye na mayem na djé mê ne wa a vehe, ya abim mbeng ô bo ma ede etugu a nga veama è sala, A begue bikot a bele ntum, a ke è sen a dja'a. A bête bôt be nga bête ô sen ne nkian, be nga tem etugu a nga sù, a nto'o na: È ba be kuma a ke beran a nye, è ba bevogo ba be koho wong, A yene etugu do madjen è ga yen esaha, ede a nga sui a ke wuban a esaha, bôt besege be kuran a baha, eh etugu, eh etugu, a ne etugu a nga ke nyi a baha a sí, nye na: È bône bam, bevuiny bam y a è bôt bese ba yem ma, madjona: Avityan tam ede mene kobo a mina, me kara mina è mam ma so'o ma yen, a mu na nge mê tyini na ma kobo kiri è lene abuiny, ma sige mina a djo na: Pèpa, a yem ma a

mana abelan a ma, ya a led fe ma, mbenga mbeng. Nye na ze a ve? Be na: Ze a ne a nda. Etugu a lôme na beke nye a lue ze, ne a zu ne a yen, a bele nye mebana esaha a nga lôme nye, ede ze a nga so`o mbii, a zu wuban ne etugu, nye na ya a etugu?. Etugu nye na e sua a yaha wa, a mu na a ve a nga wu wa kaga nye a ke yen. se abim djom a ve mbana, nge atôm, a tom. Pêpa nye me na a yagan ne a ma, ya ve ma a kum, a va lep fe ma.

A ke ze a nga djobo ô sí, a nto`o ngum nteny a lu kaga ke ô yo, faga ne a tem a voko a ne ke yen esaha.

Nye ne kiri a nga lene, ze a lue ngaha ya è bône beny, nye na: Ma wuyan, ma ke yen tyira. Bône ba yii, ya ngaha, be djo nye ô sa ne etugu ô taga ke mbii, ya ne ye etam zama a ye wa lue, ze ne na kelan ne a fage sông, è babevogo be ke ba lue bôt, è ba be ke a bueme ewolo.

Ede be nga mêna a ke ba ke, o yôm ndeg bôt be nga tuen.

Ze a mena a bod bem, a kele a baha a yagan a bôt, nye na a etugu wa wa ligui è bem bisege biam, a ke kuiny a ne ma ye so`o, me boho faga ve melu-melaha.

Ede be nga mana a fag sông, be mana a bueme ze a ewolo è te, be ke nye a djeb eyong te ede be nga mana nye a djeb, be bulan ne adja-ha.

Me mos va lot, me mos va lot, ze faga ve ekekè a ne etugu a nga wun ne ze ya mefeg meny ya djam te è bôt a bo mam kaga tem, ma kuiny nye kôm è sege ve abe, a be.

A nga bo na: Batyiri a nto'o, ebê kaga ndjoe, ede betyid be vogo be sung è djoe, be nga ke ba lue è ba bevogo, na be vot è ba be ne a djoe betyid bevogo, nye ne betyid bêse be nga mana a koan na: Be top, ya a tele è nyi a yiane a djue, betyid bevogo.

È ba be nga sung be mbe na: Zok, mbwe-mbwem, ze, ya etugu. Ede ze a nga tebe, nyi na: Madjaga nkobo: Ma ze ma djo na, me yebe ma, a mu na ma madan nnen, ya fe ngu melot betyid bese bevogo ya djam te mayiana ndjue.

Mbwe-mbwem, nyi na: Ma djaga nkobo, ma mbwembwem ma madam ngu, ma me bele mesong ya beny, ma fe me ne èlang, djam te è de ma mayian ne a djue do betyid bese bevogo.

A ne ondong wa ô nga tebe nyi na: Madia'a nkobo: Ma djo na: Ma madang elang, ya a mbara, ma fe ma bira yo'o, djam te ede ma mayian ne a djue betyid bese bevogo.

Ede etugu, a nga tebe a djo na: Ma etugu ma madang mefeg meloro betyid bese, ve'e, ma djo mina na: Ma ma yem è nyi a ne ndjue a djue è biôm bese zama a nga mana a kekke.

A ne ze a nga sili etugu na za'a wa djo nyi?, Etugu nyi na ndjue te a ne eyola na mône mbôt.

Ede ôkpwông a nga sili etugu na: A etugu, ye ô ne ma ke lere evôm me mône mbôt te a to'o?, Ede etugu a nga yalan a nyi na, me ne wa a ke lere, ve djam me da, ve na, evôm ma teny abo djam, è wo fe wa watele é djuhé, ye wa yebe a ôkpwong?, Ôkpwông nyi na mayebe, ve djam da, a mudje wa djo do a etugu? Etugu nyi na: A muna mône mbôt a bele bezima be kala nyi, mēsen mese. Ôkpwông nyi na ma ye so'o, ekuna kikirin, me sù wa a kue na bike, etugu nyina ô kue ma.

Ekuna kikirin, ôkpwông a ke kut etugu, è nda djeny: A etugu, a etugu, a etugu nke kiri da leneyan.

Etugu a ve'e oyo, a ke yue nda, a djihhi mbeny. Ede be nga tehe, etugu ô sù, ôkpwông nyaga ô vus, ba'a ke, ba'a ke, ba'a ke, nye ne ôpwông a nga yen a fub mbông da yene nfeng sên, è vôm be nga ke ô to'o ya bebeny. Ede ôkpwông a nga djo etugu na: A etugu, edug è bi ya ma, yiane ye ma va, ma ke edug. A ne ôkpwông a nga yala a bêbe a na, fa ve nki'i, a yala nki'i te, a ke ya wa, ede a nga duban ebeny olam, a

tyinbi olam, a dji ntat na: A etugu me wue-loho, a etugu me wue-loho.

A wok etugu a nga wok do, ede a nga ke a djeng, è vôm ôkpwông a nga tat, a ke kuiny, a faran ne a vaha nye olam, kaga a vaha. Ede etugu a nga yagan ne ôkpwông na: A ôkpwông ma keyang a dja'a a muna, ma bele fe è djam me ne fa abo, meloho mue è mê me vuiny wa, ede etugu a nga bulan, a ke kuiny, ede a nga kat betyid bevogo na: Ôkpwông a wuyan, a mu na a ndji djala è mam me nga lere nyi. A ne ze, a nga ya'a, nyi na: A etugu nduguyan ne onvus, me bele na makun ôkpwông. Etugu a nga yalan ne na: Mayebe, ve se fe è mos yuí, a mu na mebo me nto'o ma meteny, bia ye ke ô kiri ekuna kikirin, ve ma djo wa a volo dahada me nga djo fe ôkpwong na eyong bia ye ke ô taga yala, wa tong faga ve ma, è vôm mateny abo djam, e wo fe wa watele è ndjue, ye wa wok ma? Ze nyi na: A etugu wa yem na mèse bo djam a fe, faga vehe a ne wa djo ma.

Nyiane alu è nga kuiny, be mana a dji, ya a ke ba djobo ô si.

Ekuna kikirin, ze a tebe, a ke kut etugu, a etugu, a etugu nke, nke. A ne etugu a nga tebe, a ke kuhu mbeny, a fereg mbeny ede a nga tebe ô suí, ba ke, ba ke, ba ke. Oyôm ndek, a bia bôt ba su ba kobo, etugu nyi na: A ze, nsobeya, biyen be za'a ba sù? Be ke sobo a ye bia a na môngo a sù a kobo ba be è ba bevogo a djo be na: Olam yuiny è wo menga yuiny ôkpwông ô nguege, ze a ye vèla a sueny, ede etugu a nga biny nye, a djo na: È bône mbôt è bale, a se mbôt è men. Oyôm ndek, a bia nkobo wa bera a sù, è sen a dja'a, a bia mina a nga djo è ba bevogo na: Va è nye è mône wom a nga yuiny ôkpwông olam ô nguege, ze a ye bera a vèla, etugu a bi'i nye, ede a nga djo nye na: È bina môt è bale, a se mbôt è men, mbôt è men a sù.

Oyôm ndek ba wo edung é sen a dja'a, a bête ôkpwông a nga degue, nyi na: A ze mone mbôt è nya le a sù.

Ede ze a nga yo'o, na a ke biny mône mbôt, mône mbôt a ve'e nyi, a so'o ze a nga bera a so'o ya a yo'o na a ke bera biny mône mbôt, ede mône mbôt a nga kolo nga'a, a wa: Tuny, tuny, tuny.

Ze faga ve avohavo, a yen etugu a nga yen do a koro ô tetek a sueny, a ke a ki'i mefan è te a keny, a ne a nga ke a kat fueny na: Ze a wuyan.

A sum ye mos be ze ba be mbôt ba bobo avuiny.

A nga bo na: A ne batyiri a nga tobo, ede seny è nga kuiny be ô dja'a, vua te, ede ze a nga ke mefane è te, eyong a kuiny ya weny, a na a nga yen bura ele-abbée, mbe nwuman abuinu bibuma, ede a nga kan akiba, a ne a nga bulan a dja'a. Nye ne a kuiny, ede a nga ke è be vuiny etugu, ede a nga kat nye fueny na: A muiny etugu me ne mesan va, a mu na medjib bura ele-abbée a fane è te, è ne fe enyorenyod, ya bibuma, ma ye dé a ke fot ò kiri, è kuna kikirin. Nye ne etugu, a nga wog do, ede a nga koro etam me etam, a yala è sen a nga ye ne ze a kulu, a' ke, a ke, ede anga yene è via'a zepke ya wa, a ke a tong wa, a nga ye bera a sam miss osu a nany, a bête faga ve ele-abbée, nto'o faga ve a viravid ya bibuma, etugu a kan ne akiba, ede a nga buy nkura a nga so'owa, ò si, a nga bed abbée ò yob. Nye ne a nga kuiny ò yob, a sulan mebbée, a mana a foat mebbée me sesege, nye ne a nga mana foat. Ede a nga sigui a si, a ke a tuega mebbée, a nyia ma, a nkura è te. Ede a nga bege nkura a swa dulu a dja'a, nye ne a nga kuiny è nda djeny, a ma na a dji'i mebeny ya be wunu, a nga ke a ve è bône beny ya beya'a mebbée, a nga djo è bône na metyibye mênù, è bôt a ye kobo na: Bivedji mebbée, ma ye nye a ndaman, y e mia wok?, bône be na: A'aha.

Kiri melene, ede ze a nga ke, a fane è te, ne a ke foat mebbée, ede a nga ke kuiny a abbée a si, a wua miss ò yob, faga ve mekiany mekiany, kaga fe bibuma, ede ze a nga sième a bi'i a nu a mo ya a sili na: Za'a ane è fam, da bo na nge me ligue mebbée nye ake ma a mana a fot?. Ede ze a nga a sù a dja'a.

Nye ne ze a nga suan a dja'a, ede a nga ke soman è be zok, nye a mbe nkukuma, a djo nye na: A zok, mayina: Ô lue ma betyid bese, a mu na, makuma a yem è tyid è ga ke ma mana fot abbée afan è te.

Ede zok a nga lôm ôkpwông na a kud nkú, a lue ya betyid bese, ede ôkpwông a nga nyong mebias a bere be a nkú a yob, a bûm na: Betyid bese, bese, betyid bese, bese, avo'o, avo'o, avo'o a ne betyid, be nga mana a koan, a ba'a. Ede zok, a nga djo ze na: Ze a kobo ya edjam ò soman, ze nyi na: Masoman na, malik abbée a fan è te, a ke è kiri. Nyi, na me ke da fot, a kue faga ve ele-ele, ede makuma yem za'a a nga ke ma fot abbée? A ne zok a nga djo na: A muiny ze, wa djili bia tâm a

sêse, nge wa kuma a yem è bôt be nga djí wa mebbée ya fot, bēbeye a nseng ò yene è bôt ba nya'a, a dege ze a nga dege nseng, a yene a ne bekaban ba nyala. Ede ze a nga sui a ke biny kaban ò king a ndana a djí, a bera a ke biny è nyi fogo a ndana a dji, a yene bekaban be fogo be nga yene ne do, be nga tub mebí a fane.

Djam te, asum ye mos te, be ze ba bekaban ba yeyenan.

A nga bo na: Ze ba etugu be nga tobo. Djaha ba be betyid bevogo. A ne ze a nga ke a fane a ke, a ke, a ke, a ke kuiny a fane è te, ede a nga yene wuiny ele, a dugane ne adjaha, ede etuge nyaga a nga ke a fane è te, na a ke a bêbe melame, a ke, a ke, ede a nga ke yene wuiny ele, nye kaga yeme na, ze a nye a lige wuiny te va, a mana a boge wuiny, a so a djaha.

Ba be bône ya ngaha ba dji wuiny a nda è te. Eyonge ze a keyang, na a ke boge wuiny, a ke kuiny ele a si, faga ve abong wuiny a yoho, ze a sême, ede a nga dugane a djaha, a nyonge somane a kele e bê nkukuma, zok, ede a nga djo nye na: Ma kumu ma ô lue ma betyid besege ô sili be na zaha a nga ke ma mana a boge e yuiny wôme a fane è te? A ne zok a nga yalane ne nye na: Ô kiri, bia ye mana a lue mbôte a sege, na be kobane a djo djue te, kikirin ekuna, ede zok a ngalôme ôkpwông na a ke a lue betyide besege bevogo na be ke medjo me ne weny.

A ne be nga ke, a ke kuiny a baha, tyide e nga djeng va faga ve etugu ba be a gôme, etugu a nga ke wobo ô suiny, nye ne a nga woge a gôme da kiage na ba tera a ke wobo. Etugu a nga ke ô suiny a kele ya nyomane ne wuiny, a tele ô kini, a wobo, a wobo, a wobo, a bêbe a ngôme da zu. Etugu a toho na nge a kele ô suisui a bera a kulu, ede a ngôme è nga djo nye na a mui etugu, bea kuma a wobo, etugu nye na woboyena, a ngôme e mana a duman be na: Etugu bea ke yang, me djo me yawe bia, etugu nye mbuan mewola a woban nge me mana a wobo medjim wa ve na nnyù a zaha fume wa, a ne a ngôme a nga mana a wobanene wuiny be kele a djaha.

Etugu a so, a ma na a bode bekode beny, a ke nyihi a baha si, nye na a mui zok, be lue bôte dje?, zok nye na: Ze koboya wa ô zu soman, ze nye na, masomawe ne na mamene ma ke yene wuiny a fane è te me lige na mayewa a ke bo ge a ke kuiny, ma kue faga ve ele, ele ede makuma a yême è bôte a nge ke ma a mana a boge wuiny.

Etugu nye na, nye ne ô saha mis, na wayene e bôte nvufung da vunge ô nyù, ke e bê be ve dji è wuiny wa djo ya wa, ze a yoho ba be a ngôme be yirane a ne a ngôme e nga mana a tube.

A nga bo na: A ne etugu ba ze be nga tobo, a ne be nga ke li djihî ô suny a yat, be mana a biany bedji, edeze a nga djo etugu na: A mui etugu, be ne faga ve na be bo be dji bedji ô ne. Be a ye bo be kele a bedji a djaha. E mos yui, ede e bône etugu, be nga ke ba dji be nsaha be ekuan, è bône ze be ke ba a djaga, è bône etugu be kaga ba a kuma a ve, ede è bône ze be nga dugane ne a nda, be djo esaha na: A pêpa è bône etugu so ba dji beknan a mu dje wo ne kaga a so bia bekuan? Ze a ndji kia yalane na bo.

Kikirin, eyong ba etugu be keyan, a fane è te be ke a kuiny ô suiny, a bege nye a vus, a ke kuiny a lelem ô suiny, ede a nga sili etugu na: A mu dje ônga bo na: Nge be tyini na bia ke ya bedji a djaha, wo ô kele bio? Ze a zamêle nyu, etugu a pweny ô suiny, a ke yebe a kog a yob, a tem ô kieny wa zu wa yeng, etugu a mana a vegele ô kieny te, a djege ô suiny. È bône nkome-ngan be yene ô kieny te, be tuega wa, be ke wa a lere esaha, ede a nga lôme bo, nye na kelan me zu ma e bot a va vegele ô kieny yui, ma yi na a zu, ma a vegele me ki ma, na ge bône be ne ma biale ya bevegele be te, ô nyû. Ede è bône nkome-ngan be nga bere ô suiny a kuiny, a kue etugu a toho, a ne be nga djo nye na: Ye wa ô va vele ô kieny yui? Etugu a yebe, ede be nga djo etugu na: Wa be zu nyong, pêpa a lue wa.

A ne be nga bege etugu, be kele a nye a djaha.

A ne nkôme-ngan a nga djo etugu na: Makumu na ô vegele ma meki ma ma yi na ge bône be ne ma a biala ya bevegele be te. Etugu nyena: Nge ô kege ma a ngama mbuane, ya mebông ya nkù, ô djihî feme nda nge me kaga wa a kut mbeny, mbôt a taga zu ô ne. Ede be nga lere nye nda, be mana fe nye a kege è bême a nga djaga ya meki mê nkôme-ngan, etugu a nga torane ne ndjian meki, me ukôme-ngan a nda è te. Nye ne a nga y ene me lige ya avityang, a kele a kut mbeny, be zu nye a kuhu mbeny. Nye na eseny da ke veiny, a bera dugane a nda è te, a mana a buiny meki mesege me nga lige, a nga yang mo, a mana nyia, ede a nga kut mbeny, be zu nye a kuhu mbeny, nye na me taga a kuhu mbeny yui. nge a yit bebeny va, a kuiny sono è beny.

Etugu nye mui nkôme-ngan, ma keyan kege ye ma è bông ba ke ma liri a djaha, ede be nga mana yagane ne nye, be lôme bong nye be

ke nye a liri, a ne ô dji dji mông o nga ke bêbe a veng, ô ntaha faga ve bebuè buela meki. Ede mông a nga ke djo è bôt abaha na: Ke le na yene a ne etugu a va mana a dji meki, djome e se fe è te, ede bôt be nga ke yene, be siême. Be bore mông ne a ke a behe bo. Mông a ke a lue a nsue nkagao!

Ne kaga wok, etugu ne na, ba djo na ô wulu ma a voho veng da zu, nsue nkaga a mbara, a ke tele etugu. Etugu a kele è djaha deny, nye ne a nga kuiny, ede a nga djo ze na: A ze djè ô nga bug ô fet muì nkaga a nga bane bia?, Ekut me so wa do edadi, meki me nkôme.

Ze ne na ma ke weny ndege, a ne a nga ke, a ke kuiny, a vele be mbolo a abahasi, nye na a nkaga ma yene fogo, me djeny fe meki me nkôme-ngan ô nga vehe etugu, nkôme-ngan nye na nde mina me nga dji meki mam, ba be è bone beny be nga yiri ze, be mana nye a nyagan, ze a duru nyù ô sì. A dugane ede ène na: Nye etugu a nga dugan ne ze edjam a nga bo nye a na.

A nga bo: A ne mbwe-mbwem, ya etugu ya nkôme-ngan be nga tobo. Ede mbwe-mbwem a nga lôme etugu na: A ke a djeng bedji, etugu a tube a ke nyihi è nda djeny ô teheteg.

Kikirin, ekuna, a ne etugu a nga ma a ke a faga bibeny a fane ne te, a mana a tugane a ke a djibi bio. Ede a nga ke è be nkôme-ngan, nyena mbwe-mbwem è nye a lôme ma è be wa na: A lue wa ô ke dji, nkôme-ngan. Nye na a etugu, ya ne ye ma, be ke, nkôme-ngan a ke a bank beny, a zu kue etugu, be sue dulu, esesang sen, etugu nye na wa woke è duge, me kue wa ke, a ke nkôme-ngan, a nga ye bera a wulu a pweny è beny, a so etugu a nga so, a tugane a bera a djibe nkôme-ngan è beny ô si. A ne a nga ke è nda mbwe-mbwem a djo nye na: Ma so è be nkôme-ngan ô djo na: A ne wa a nyab ya è beny a bele, mbwe-mbwem a sième. ede a nga lue etugu nyena: Nke ma ye nye a ke wuiny a moho. A ne be nga tehe, ba ke, ba ke, nye ne etugu a nga yene bentoho bebeny, nye na: Nkele a mbwe-mbwem, me kue wa ke, ma kumu a ke è duge, a ke mbwe-mbwem a nga ke a kuhu è beny dada nkôme-ngan a nga kù.

Nye ne etugu a nga so, a zu tebe è beny a yob nye na: A nkôme-ngan, wo ô nga djona: Ô ne a nyab mbwe-mbwem a moho è nya le, a mbwe-mbwem wo ô nga djo na wa ye wuiny nkôme-ngan, è nyale. Ede be nga sume meyiran è beny ô si. Etugu nye na me wunu mina y a mefege. A we a nga ke nyong è bina y a è bône mbwe-mbwem.

A nga bo na: A ne etugu ba ze, ya be tyid be vogo, a ne be nga ke tube mekog mêm̄yogo, ze a bere a ke a tube melen o yob, ede be nga dugane a djaha.

E mos yui, ede nvin a nga so a zu kue etugu, nye na wok seny a mu etugu, etugu nye me bele faga ve nkgog meyog bia mui ze bia mana a bo e wo ô ne o yob ô lui wuiny, nvini nye na vaga ma a etugu. Etugu nye na ma ve wa, ve ma yême ma a bede oyob, wa wa ye bede a ma è bara è te, ma ke ya mbatogo wôme nyi, nge me djo wo na abere a sùme o djà tog ô nyù ma, nge me djo wo na abere a wan, ô bere a vi tyan ô nyuhu, ye wa wok?. Nvini nye na mayebe.

Ede nvin è nga bere a etugu, be ke kuiny alen ô yob, etugu nye na: A bera a sùme, a bere a nyuhu etugu, etugu nye na: A bere a wan, a bere avityan a nyeny.

Ze nyage a mbe na: A toho nda djeny a yene nkgog-mêm̄yogo, ede a nga yene mbôt a yêne, a zu, a zu nye ne etugu a nga yene nye, a djo nvini na: Apuab, apuab, nvini a djoge nye a si a kele mbihi a ke sobo, ze a suane nye na: Zaha a ne ô yob ô ko?, Nvini nye ne ma, ze nye na mina zaha?, Nvini nye na bia etugu, ze nye na: Etugu te a ne?, Ayoho, ze abi nye a mana a dji.

È nye ze a nga mana betyid be vogo va. Mos ô fe, a ne ôkpwông a nga so nye na a etugu, me ne bo ya a bime seny ya è vehe di?, Etugu nye na bia be a wok seny, bia ze be bele nkgog-meyogo ô yob ô ko.

Ôkpwông nyena: Kele ma a nyù, etugu nye na: Wa yeme na ma yeme a bet, wa wo ye bere ma, èbara è te, nge me djo wo na: Abera a sùme, ô bere, ô nyù ma, nge me djo wo na: Abera a wan, ô bere, ô nyù wa men, nge ô wok na: Apuab, apuab, ô wa è bara a si, ye wa ye mana a si mane? Ôkpwông nye na: Ma ye simane.

Ede ôkpwông a nga bere a etugu ôyob, a ke kuiny etugu nye na: Abere a sùme, ôkpwông a biere a nyù etugu, etugu a nyuge, etugu a djo nye na: Abere a wan, ôkpwông a djà tog. A nyeny, etugu nyena ôkpwông ye nye bi djo na?, Ôkpwông nye na: Ke bia nyù.

Ze yene mbôt alen ô yob, a zu, a zu a zu kuiny, nye na zaha ane ô yob ô ko?, Ôkpwông nye na bia, ze nye na mina zaha?, Ôkpwông nye na: Bia etugu, ze nye na wuanye ma nyi a si ô ne, ede ôkpwông a nga

wua etugu a si, nte ze a nga kumu a biny etugu. Ede ôkpwông a nga yoho, a ke kuhu mefane è te, ze a ke a djilane ne a nye. Ede ôkpwông a nga ke a nyihi a mboroyo è te, a lige a duhu faga ve mis a mis.

A so ze a nga so, a yene faga djôme è bomo a mis, nye na: A mis me bomo, a mis me bomo.

Ôkpwông nye na: Me wuiny ya ze mewôme methane wo ô ne è nyi mewôme methane ya mbogo.

A ne ze a nga bulan ô vùs, ne a ke djeng etugu, a kue a keyang nda djeny è te.

A nga bo: A ne zalang nye fe ba lue na feleves, ba etugu be nga bo awuiny. Ede zalang a nga zu fagan ne etugu, nye ne a nga suan, ede a nga mana a beran na etugu, ngaha ya è bône beny. A ne etugu a nga sili nye na a muiny ye ô lik è vong djue ô ngege, wa ke ki ve?, Ede feleves a nga yalan ne etugu na: Wa me zu fagan, me lik fe bône ya bininga ô gongo.

Etugu nye na kara ma fueny, ede zalang a nga djo nye na: Me so na ô ve ma nsuà, me bele nguan a djaha ma yi da a nsuá, ede me tem na nge wamen, nge bedoman bue, mina me ne venguan ne te.

Etugu nye na a ne mbeba djam, ma ye yalan ne a wa ô kiri, ekuna kikirin.

Nye ne a nga kuiny mewola me ngeuge, be mana a ke betyi a abaha, feleves, etugu, ya è bône etugu, be mana a dji, bedji be ngeuge, ede be nga ke lere feleves è djok. Etugu a mana a lue è bône beny, nye na: Me yem na feleves, a ne ndjijing vuiny djam, me se ki nya a sama, ede è ne na: Malik a wa mono, wa one nyaboro, wa wa ye lige wa kege nye, ô djo nye na: Pêpa a ke a bêbe melam, ede a lik na me lige ma ke wa mono. Ve e yong wa ke a nye ô taga a ke kú a fona, nge ki a ke tele a fona te andaha, nge ô ka bo djam ya è te mono a ye wa a djang, ô taga a fanga a yana pêpa a ke a bêbe melam, a ne djobo a ne melu mesaman, ke wa wok? Nye na: Yaha ma wok!

Ede etugu a nga tue mono ya è yeny a kege nye, a djo ndoma djany na: Wa nyia ma a mono è te, ô mana a kag a fona. Bêmbe ba nkagan ô kege nye, ô mana fa kobo a nye a ne me ve djo nye.

Oyom tam ede a nga mana a kag esaha etugu a fona mo è te a ke nyia è djina djeny, be mênâ a ke ba djobo ô si.

Kiri e lene, nga etugu a ke kege feleves, mendjim a tuga ma a sùhu.

A vehe è bône etugu be nga mana ke ba vehe, be mana ke a baha.

Ede bengâ lue è mone a mbe mong, be lôm nye na a ke lue zalang, asoho zalang a nga soho, ede è mone etugu a mbe ntoho a nga djo nye na: Pêpa a kuna a ke a fan è te, na a ke bêbe melam, ede a lik na: Me lige ma yalan na wa, è mono ô nga zu wa djeng è nya nyi a ne a fona è

te ka, eyong wa ke do, ô taga do a kù a sen, nye ne wa ke do, ô a ke nyii do a nda, wa ke da lik a fan è te tanga melu melana o ke va, nge ô mbo kaga djala wamen wueny.

Ede zalang a nga ke, è djaha deny. Nye ne a nga siga a bo ves, ves, antele e djaha deny, a ke lik a fona a fa è te, a ne etugu a nga kuny a fona è te, a bera a mana a wogo a fona a ne mbèe, a kele a fan ô si. Nye ne melu melaha mè nga kuiny, ede zalang a nga ke tue a fona mono, a zu kù faga ve ndendaha mono.

Zalang a kiane è bône beny, ya bobenyan, na: È mono nyi maye nya a djíhi etugu, a muna, etugu a se kia a bed o siaha ndagan na a zu kuiny a yob ô ne, be nga ke ba fa lueny, a tem è tugu a veama ô sen nkieny, a zu nyi abaha, a mana a ke a beran ne a bo, be nga lea milang, ede etugu, a nga ke a kosina a ke beran na nkia mina ya è buan.

A lu etugu ba e buan be ke djobo ô si, è sesang alu, etugu a djíhi e bí: Ey, ey, ey, me wueloho, me wueloho, ndegete ede bôt be nga mana soho, be na: A etugu djè è bo?, Etugu nye na ma ne fa ning, ma ne fa ning, kele ma lik a djaha kele ma lik a djaha, ma kuma a yagan ne a yen è bône bam.

È bôt be mbe va, be kobo a feleves be na: Kele nye a lik, ba ngaha, a voho a sa zu wù va.

Ede feleves a nga lue etugu, nye na: A etugu tebeye, mè ke wa lik, mina nnyonga, etugu a tēbe a ke fa tat.

Nye na nkean, nye ne be nga kuiny ô sen nkieny, a siga a bo a ves, ves, faga va a laban a si, ba etugu y a ngodjeny, nye ne a nga dugan, etugu a kele abaha, a djo bobenyang ya è bône beny na: Ma etugu ye mbôt a ne ma duk, nsua a nga ke a wa, me so ya mina, djo ne benyua na be yia mbôm bia ya a longé a yenga.

A ne mefeg etugu ba zalang me nga toban ne bo, etugu a lugu è gòne zalang.

A nga bo na: Etugu ba betyid be ntoho, a ne etugu, a nga djeng na, a mana a muiny betyid bevogo.

E mos yui ede etugu a nga ke a afane è te, a kele ekueny ya mbuara, nye ne a nga ke kuiny, mana a fage è beiny, a ke tebe a ntele, a ntele, a bêbe, kui a zu, kui nye na: Dje wa bo va a muiny etugu?, Nye ne etugu a nga wok do, nye na: A kui ma wok na mayi è mbôt a yege ma a ne ba lam ô lam. Kui nye na: Ye djam me edale, ane kui a nga mana a lam olam. Nye na muiny etugu mêmányan, etugu nye na: Tyit è wola a djibe ya? Kuí nye na me tame wa lere, e nye tyit è wola a so a na a zu tyibe e beiny o lam ô bì a djibe.

Etugu nyena a muiny kuíny tame ma a tungan ne a lere, ô tyibi è beiny, ma ye wa a tyihi.

A ne kuí a nga ke tyibi e beiny olam a tyibe olam, a tate na muiny etugu zaha ma a tyihi, etugu nye na: A muiny kuí ma yuí wa, me va dugu wa, ma yuí wa.

A ne etugu a nga so ya mbuera a nga taman ne na: Me dji, madji, mewan, mawan me yene wa bevama, a nyong mbuera a kege kuiny nlò, ane kui a nga wù.

Etugu faga ve a ke a djaha, a ke mana a dji kuí.

Mos ô fe, ede etugu a nga bera a ke afane è te a bera a ke tebe a bêbe ôkpwông a zu, a zu kuiny è vom etugu a mbe tele, nye na a muí etugu, wa bo dje ô tele va, etugu nye na mawok, na mayi è bôt a yege ma a ne ba lam olam, ôkpwông nye na ye djam e dahale.

Ma ye wa yege, a ne etugu a nga kege nye ekueny ya mbuera, ôkpwông a lam, a lam, a mana a lam, ede etugu a nga djo nye na: Yege ye ma a ne betyid be wola a djibi olam, ôkpwông nyena ma yege wa, nge wa yem na ya ye ma a zu tyihi, etugu nye na, maye wa a zu tyihi. Ede ôkpwông a nga ke a tyibi e beiny olam, ede olam ô nga bihi, ôkpwông a tyibi, a tate, a etugu zaha ma atyihi, etugu nye na, ma wuiny wa, ma ke wa a tyihi, ma djimi a lam olam, etugu a taman nye na: A mbuera yui, mbuera wôm me so wa ô tyamg nyang, be vâma è be benga lige ma wa, a ke wuere ôkpwông mbuera nlò ôkpwông a wuen, etugu faga ve a ke a djaha a djí ôkpwông.

Ma ke mina a ne meloho, me nga ke, betyid be nga man.

A ne etugu a nga bera a ke afane è te, a ne etugu a nga ke a bera a lam olam a mana a fage e beiny, a bêbe ngôm da zu, nye na mbolo a mui etugu, etugu a yebe, nye na wa bo dje?, Etugu nye na a mui ngôm ma wok na, ma yi è bot a yege ma a ne ba lam olam, ngôm nye na: Ye djam è dale a etugu, zaha me yege wa, ngôm a lam etugu a taha, nye ne a nga mana a lam olam, ede etugu a nga djo nye na, betyid ba tyibi ya?, A ne ngôm a nga dugan ô vus, A zu a mbara a tyibi a bo è beiny olam, olam ô bihi nye abo a lue etugu, a mui etugu zaha ma a tyihi. Etugu nye na: A gôm ma yui wa, ma ve djima a lam olam me va dugu wa, ma wuiny wa, ma ke wa a djí. A ne etugu a nga tuga mbuera, nye na a mbuera wôm mê so wa o tyang nyang, be vevama e bê benga lige ma wa, a ne a nga bega mbuara a were wo ngôm nlò, ngôm a weiny, a tihí a kele a djaha, a ke nye adjí.

Mos ô fe, ede etugu a nga bera a ke a fane, a faga ebeiny olam, a bê be a sog ô so, nye na: Mbolo a muiny etugu, etugu nye na: A mbolan, ede osog ô nga sili etugu na: Wa bo djé a muiny etugu?, Etugu nye na: ma wok na ma yi é bot a yege ma a ne ba lam olam. Osog nye na: Zaha ma yege wa a ne ba lam, osog a lam, a lam, a bêbe etugu. Nye ne a nga mana a lam, etugu nye wa makumu fe yen a ne betyid be wola a tyibi olam, osog a tele a bo è beiny ô lam è te, olam ô bi nye, a lue etugu a mui etugu. Zaha ma a tyihi olam è ngogoho, etugu nye na wui wa, ma ke wa a dji a djaha, ma ve djimi a lam olam, me va dugu wa, a tuga mbuara a ke evôm osog ô mbe tyihi, a yen osog ô nga yen etugu a zu, ede a nga tyihi è men ya emo meany, abihi etugu a nyia e bara è te, a kele a nye a djaha, ve a dje nye a ke dji, etugu a tub ya me feg meany.

Ede è ne na: Nge ôkve mbot a bo djam ô bêbe ô tara a mana yem è djam a bo.

A nga bo na: Betyid be mbe be toho ngura djaha, ede be nga kuma a ke yene nguan be lue de na: Mengue mê Onoan. A ne ze a nga ke na: A ke yene Mengue mê Onoan, nye ne a nga ke kuiny a djinmi ô dje djaha: «Mengue mê Onoan wue mê ndae, Mengue Onoan wue mê ndae». Ede momininga a yalane na: «Mabo, mabo e nanihi, baha djodjobo a tyid è nong». A ne ze a nga bulane. Menguekaga nye a kù mbeny.

Eyong te mbwe-mbwem, a nga ke na a ke yene Mengue mê Onoan, nye ne a nga kuiny a djuimi ô djedjaha: «Mengue mê Onoan wue mê ndae, Mengue mê Onoan wue mê ndae, Mengue mê Onoan wue mê ndae», Ede mengue a yalane ne na mbwe-mbwem na: Ma bo e nanihi, ma bo ma bo nanihi bahai djo djobo a tyid è nong», A ne Mengue a nga bera bo kaga a djing, nge a kù mbwe-mbwem mbeny.

Ede betyid bese be mana a ke na ba kuma a ke luge Mengue mê Onoan be nga mana ke, a lige ve etugu.

E mos yui, ede etugu a nga tamane betyiri na ma ma ke luge Mengue mê Onoan te, mbwe-mbwem a yaha nye na: A etugu nye na wa buini na: Maga mê na ne mina, me ye yene a ne ma luge Mengue mê Onoan.

Kikirin a me etugu a nga ke na a ke yene Mengue mê Onoan nye ne a nga kuiny, ede a nga djuimi ô djedjana a kut Mengue mbeny. «Mengue mê Onoan wue mê ndae, Mengue mê Onoan wue mê ndae, Mengue mê Onoan wue mê ndae», Ede a nga sili etugu na: «Ône zaha? Nye na ma etugu, a ne etugu a nga yalane na: Kuge me mbeiny, Mengue nye na: Ma bo, ma bo, ma bo è nanihi ba djo djo bo ba betyid è nong. Etugu nye na Mengue kuge ma mbeiny, a ne Mengue a nga kù mbeny, etugu a nyihi.

Mengue a ke djobo è nong, etugu nyaga a lige a tele ô si.

Etugu a lue Mengue, a Mengue da ye mê enong, ede Mengue a nga koro ô si, a ke da etugu è nong, be mboho, a ne etugu a nga zu Mengue mê Onoan, a luge nye, a ne etugu a nga luge y a mefeg meany.

A nga bo na: A ne etugu a nga tobo a mbele abaha ba kôm bekieny. Emos yui, ede etugu a nga ke abaha beseny djeny, anyihi a nga anyihi, a tobo ô si, oyôm ndeg, fefeny a veama mbeiny ya akong ô moho, nye na: Mbolo a etugu, me so na, o kôm ma a kong di. Etugu nye na: Toboyan ô si, ede fefeny a nga tobo ô si.

Oyôm ndeg a bea nseng koho-ko-lihi-koho. Fe feny nye na: A etugu dje da kobo a na? Etugu nye na: A ne nôm kub, ede a djo etugu na: Mgogoho a muiny etugu ma ye sobo, nge nnôm kub yene ma, ma kaga fe a ning, a mu a kumu ma a wuiny ede a nga djo etugu na: A mui etugu lere ye ma e vôm ma sobo.

Etugu nye na: kele a sobo e djina di, a ne fefeny a nga ke sobo a kele a duru mebo ô si, ya ewong a mbe bele.

Oyôm ndeg nôm kub a so, nye na: Mbolo a mui etugu, etugu a yebe nye mbolo, nye na a mui etugu, zaha so a ne ya è mbemba ba akong di?, Etugu nye na fefeny. Nnôm kub nye na ô djo ne zaha?

Etugu nye na fefeny. Nnôm kub nye na fefeny te ane vehe?

Etugu, nye na edjina di, nnôm kub a ke a mbara nye na nteny me tera a djeny a djeng fefeny, a ke koan ne a fefeny a were nye nsông a mihini nye a so, a zu tobo ô si, a ntoho ba a etugu. A bea bina be kuran ne mesième nsing, nsing, nsing, a wok nnôm kub a nga wok do, a sili etugu ne ba djoyang?

Etugu nye na: Ba djona: Nsing. Nnôm kub nye na: A etugu lere ye ma è vôm ma sobo, nsing ô se ma yen me nyige, a zaha yuiny ma, è gongo a etugu.

Etugu nye na kele a sobo e vôm ô va wuiny fefeny, nnôm kub a djihhi a djimly eyong, faga ve mbi, a ke sobo. Oyôm ndeg nsing a nyihi nye na: A etugu mbolo, etugu a yebe, nye na a etugu zaha so na è bemba be ovon nyi?, Etugu nye na: Wuiny djam, nsing nye na: Zaha fe a ne akong?; Etugu nye na: Fefeny, nsing nye na: Fefeny te a ne ve? Etugu nye na fefeny te nnôm kub è nye a wuiny nyi.

Nsing nye na: Ô djo ne zaha? Etugu nye na: Nnôm kub, nsing nye na a ne ve? Etugu nye na a ne edjina di è vôm a va wuiny nnôm kub.

Nsing a kele mbi, nye ne nteny me nga tara a djeny a djeng nnôm kub a ke biny nnôm kub, a mihini a dukan ne a zu tobo ba etugu.

Ba etugu be ntoho, a taman a bea bevù ba zu ba dung mêgong.

Nsîng nye na: A etugu sueleyema a etugu sueleyema, ye ma wo wok benvù, etugu nye na: Mina benvù me ne fe zaha etôm?

A ne nsing a nga djo etugu na: A etugu suele yema benvù ba ne ma yen, etugu nye na kele a nyihi è djina di, nsing faga ve mbì, a ke nyihi è djina.

Oyôm ndeg benvù be veama be woran ne e nûm, bekele edjina ba nyab nsing, ane nsîng a nga wù. Ede a nga kuiny na: Nnôm kub a wui fefeny, nsîng nyaga wui nnôm kub, ede be nvù baga be wui nsing.

Ede è ne na: Nge ô bo mbôt djam ô bama nye a djaga è gogoho, ô taga nye a tub, wa ye è vôm me ye bera ayenan.

A nga bo: A ne bôngo be laha ba be esaha be nga tobo, be ntoho, be ntoho, be ntoho, ede ba be esaha be nga ke a tyihi ba li, ba li ba li, be so a djaha. Ede esaha a nga lue è bône beny, a djo be na: A bône tame awù e kuiyang e be ma, mea ligi, me bo ye me a li mêtyihi, me taga a vuane a tobo kaga tyihi, è bône beny be te be mbe beyola na: Otehe, Eli mône, ya Routye.

Ekuna kikirin, ede be nga ke na ba ke yene è vôme be ne li tyihi a fane è te. Ede be nga ke a kiri tyihi.

A ne be nga ke bête esaha, a kue na a wù yang, be ke nye adjêbe, ba lige ba tyini nliane tyihi, be djigi, be mana a biany bedji, kara mos, ba bo be ke kue bedji be ndjeng bo a tyihi, è mos yui, ntoho nye na ma mê ke kala tyihi, me tame a ke mômo tyihi. Otehe a ke a li, ake a li a nga tême nyas, nyas, a bête mbemba ba momininga.

Ede a nga sili nye na: Wo ô ne zaha, o zù bo dje, wa so ki ve?, Momininga nye na me ne ngône bekon me zu ma djeng nnôme, Otehe nyena ma nyi, ma yi è mina ma luge, momininga nyena; Ma djo wo na, nge ô kôane ne ma mbihi, e yong te ô luge ma, ve nge ô bo kaga kôane ma o sube ma.

Ede momininga a nga ke mbihi, Otehe a ke a djilane ne nye, momininga a ke ku ô suiny a so Otehe a so, a zu kuiny ô suiny a job, a dugane ne ô vùs, a ke a nga ke a djaha a mana. A kat bobenyang fueny, ba kege nye bidjo, be na bia be se lige na momininga a ke bia, kiri te ede Elimône a nga ke a tyihi, a ke kuiny, a li, a li, a li, e de a nga ke wega, a dji, a bea nfeng nyas, nyas, a bête faga ve mbemba ba momininga, Elimône a ke kue momininga, a sili nye na: Wa so ve, wa ke ki ve? Momininga nye na: Me ne ngône bekon, me zu ma djeng nnôme Elimône nye na: Ma ma kumu fa a luge.

Momininga nye na: Nge ô kôane ne ma mbihi ô luge ma, nge ô bo kaga ma a biny ô sùbe ma, ede momininga a nga ke mbihi, Elimône a ke a djilane ne nye, momininga a ke vihi ô suimy, Elimône a zu sugu ô suiny a job a dugane.

A kui a nga zu kuiny a djaha, a mana a kiane bobe-nyang, Routye nye na me ye yene, ma momininga a se duge. Kiri te, ede Routye a nga ke a fane è te a bête faga ve momininga, a ke a djilane ne nye momi-

ninga a ke ku ô suiny, Routye nyaga a ku fe ôsuiny, a ke kuiny ô suisui, a bêbe faga ve me nda.

Routye a ke, a ke a ke kuiny a ntaha faga ve nda djahadjaha e toho ntuge Routye a ke nyihi, à kue ô tuyôme mina ô mboho, Routye a vele hye mbolo a djo nye na me zu ma behe momininga, ede a nga ke a fane è te, a mana a ke kige bele a mana nye akôme nda, a djo nye na ma ke yang. Nnôme mina ô ke lara a ntuge nkueny è te, ô tuege nsege a kege Routye, nye na kele, è wa ke, e djame è sege ba ye wa djo ne ô bo, ôtaga da a bo, kaga sili nsege ma kege wo va yui, ede Routye a nga tyini dulu, a ke, a ke, a ke kuiny. Ede a nga ke a baha, nye ne a ngake kuiny a bêbe kaga fe mbôte, ede a nga sili be na: Ye nye me ne a na: Na nge mbôte a so mina ô djaha me kaga a bêrane ne nye, bôte be ake ba so, ede a nga kat be na me zuma behe è bône djame, be na, è nye e ne è nda nyi. A ne Routye a nga ke berane ne bekiè ya è bône, kikirin be mana a tyaha ndjaga, be mana a komane mbura nbege nduane, be djo môngo na: Nge o tebe a nduane è te. Ya a ke wa djeme kaga a djige, ô luge è gône djaha. Routye a sili o sesege, o sesege nyi na kele a djeme eloge a vus e duge, ô nyia do nfege, e yonge wa ye ke a nduane è te, da ye wa bo djôme. Ede môngo a nga mana a bo a ne osesege ô nga djo nye. Kikirin ede be nga ke lere môngo nkuna bobininga, be toho a suhu dja dja, be na nge a lere è mominga weny a luge, môngo a bera a sili ô sesege, ede ôsesege ô nga djo nye na: Wa ke wa lang bobininga a kuiny ô gereya,

A bulane ne waye bulane, e nyi mewomebeha, e nye a ne è momininga wuè, a ne a nga ke a bo a ne ôsesege ô nga lêbe nye, a ne a nga luge, be mana nye a vehe a buiny a kume ya be metuha be zu lirane ne a nye a so a djaha. A zu kòane ya bobenyang, a mana ba aluge, be mana a bige.

61

A nga bo na: Mông a ntoho, a ntoho, kaga kuma a yem, nge a tiaha djam me bininga, nye me mong a nga sum sikolo, ede a nga djo esaha na: A kumu a yege fara, esaha nye na a yebe do, ede a nga nye na: A è mône wom me yenya wo è mina makumu na ô lug. Mông a mbé è deda ngâng, nye a tobo foho è voho, kaga ne a nga wok ki do veny è sîng.

Melu a ka, melu a ngôm, ede mông esaha a nga ke nye a lug bêba ba momininga, a soho nye a zu kege mông.

Mông ba ngaha be ntoho, be ntoho, ve mông a nga bo a yen djam: Ne nge ba ngaha be tobo na ba djí a tebele a yob, nye ne a bed tok djá, nge è beny, a djoge ndjiang, nye na a djeyan a kumu fe a bera a djí.

Mông a wok djam me te abehe, nye na: Mê nga yem na, djé da lot ya è mininga wôm, a ne va na kaga a tungan ne adjí, kaga ki a ne a kowan.

Ede mông a nga tobo, na a faz, a mu dje djam mê te da lot. È mos yui, nye ne ba ngaha be nga ke a djobo ô sí, ezesang a lú, mông a nga tem, ngaha a koro nye a nvus. A zu nye a dang a yob, a mana a buat biyeny a kuì a tane, mông nyaga a tobo a djiga a mana a buat mesuru biyeny, a tue fe mono a nyia nfek, mông a ke a behe ngaha ô nuus ô tehetek, a nga tèm ngaha a yala a fan mèsong, mông a sigan, a sième, nye na: Me tele ve me tele va?, Mong a bea ô sù faga ve na: Ô ne faga ve a kuan ne ma beboho bebôt, wa yem na, ma makumu fe a djí mekiekiény me bôt, nye ne mông a nga wok do, ede a nga sième, a dugan ô nvus ô tehetek, a zu kuiny esala, abêbe takxi a zu, a sele nye, a tebe, mong a dange, a zu kuiny è vôm nda è mbe nye. Ede a nga djo è bôt ô takxi na: È nye ma lige va, ede taksi e nga tebe, mông a zu, a kele è nda djeny a djobo ô sí, ô yôm ndeg, a bea ngaha a nga dung mbeny, a kuhu mbeny, a mana a suera biyeny a djobo ô sí. Ndege te ede mông nye a nga koro è nong, a ke tabiyeny ô sí, a mboho, nye ne ngaha a nga yen do, ede a nga sili nye na; A mu djé wa ke djobo ô sí metyoho o lige è nong? A ne mong a nga yalan ne nye na: È djam ma bira a wok ayong.

Kikirin ede momininga a nga mana a wuege bidji ayong, a mana a seng ba nnôm bidji, a ke tele a tebele a yob, a lue nye ne be dji, nye ne

be nga sum ndjian, e de momininga a nga bera a biet tog è beny, a djama ndjian, a ne nnôm a nga sili nye na: Djé ô ne kaga tungan a dji a do?, Momininga nye na è djam mê tare ya a djí, nnôm nye na: Mena-ha, è djam ô sohoya a mana a djí bôt, a fan mesông alú.

A ne momininga a nga sigan, ya awuran ne nyú, ede a nga koro ô si, a ke nyihi a akosina, a bere mendjim, a zu a bunan me anu, a zu kuiny è vôm nnôm a mbehe nkobo a nga kobo vaha mbôt fe a mbe wa wok faga ve debele è men. A ne a nga tù mông medjim ô nyú, mông a vean ne mône nvuhu, a toho nsut a kenye, Ede a nga ke nseng avion, nge ki na: Nseng ô non bekieny, ndege te ede mbôt a nga kus mône nvù te, a kele nyi mési, mési, eyong te é si a nga ke suan ne nyi, a kue na be ndemana a tyieny mono wen, mbôt te, a mbe nkuan ne mefem, a nto na nge bôt be zu kus mefem, nge be soho ya è mono a ne a behe, mône nvù a vaha è mono a ne a behe a nyie nyi ngura vôm.

Nye ne momininga esíng a nga yen do, ede a nga djo è bôt a mbe a mône nvù na: A kumu nyi a kus, a ne a nga kig nye tang, a mana a yiagan, a kele a mône nuù.

Be kenye è nda djeny, a ke kuiny, ede momininga te a nyong mendjim a tugu ma a nú, a kobo ya debele a tuhu mône nvù mendjim me te ô nyù, a fegan ne mbôt a ne a mbehe, eyong te ede a nga sili nye na: Ye ô bele ngaha?, Mône fam nye na: Ô, owuo, mône fam te a lara a nfeg nkan a mbe bege a tuga è foro ngaha, a lere nye momininga, ede momininga te a nga djo nye na: Mayem nyongaha, bia nye be mbe a sikolo mebiang ya mesisim.

Mông a djo momininga na: Ha keyan ô vog, momininga nye na: Kele, biang eda nyi, nye ne wa ke ô nyong do ô vele a nú ya mendjim ô mana a tuge a nú, ô tuhu nye o nyù, è djom wa kumu na a vegan, ede fe a ye vegan, vua te, ede wa ye dugan ne è be ma, naha ô zu ma aluk, ye wa wok? Mông nye na: Ma wok, maybe fe.

Nye ne mông a nga ke, a kui è djaha deny a zu nseng ô sege esaha a bêbe a mbe toho a abahasi, nye na: A ne ya, ye ma vuane, vuane, zaha a fonan ne a ne è mône wôm?

O yôm ndeg a bêbe a nga nyihi è nda djeny, ede esaha a nga ke nye a yen, be wuban ya nyagan ne mêmang.

A ne mông a nga ke yen ngaha a kosina a beran ne nye, ede mông a nga ve biang a nú, a vele fe mendjim a suguru, nye na: Ma kumu na ngaha wôm avegan ne ekamêloho, a tuhu nye mendjim o nyù, a ne momininga a ngavegan ne ekamêloho, a tehe, a ke a wulu mési, mési.

Ede mông a mana a kat esaha fueny, ede mông a nga lige ba be esaha, a mu na a nga tem na: Nge e momininga nyi è nye a tera ma a bulan ne mbôt a ne me mbe, nge me ke nya a lug, è mos bia ye wù, a

nema a veanne ele. Ede mông a nga djona a dugan ne fe è be momi-ninga te.

Djam me te ede da tyinan ne na: Mbôt a yiane a djo na: Me tame a bo è mbôt nyi, è djam di, a muna a yen ening mekeng. A mu na nte ô sege mbôt a ke a fan, nge ô mtaha ele efuifua ngura nfag, yem na mbôt nfe nyaga a ne fe da afuè nfaga mbogo.

A nga bo na: Ane mbôt a nga tobo, a bele bininga bebeiny, è nyi abele mône am, è nye fe a mbe ekoma mina è nyi mbogo è nye a mbe otoguan ne mina, è nye a mbe o yôm bê ba momininga. Nye a bo va mông esaha nye ka ga a tungan ne a djiny ngaha a mbe momininga, a djiny faga ve mong nyiaha. A kue na mbôt te, ndomadjeny è toyan mbura nkueny, è nye ô toguan esaha è nye waga ô ve na a djîng.

E mos yui, ede ngaha esaha te a nga ke è be ngegan mininga, a ke nye a sili na: Me ne bo ya, ma bira a djîng è mone nnôm wôm, ede a nga sili momininga te na: Dje mône te a djîng a djî?, Nye na a djîng a djî nkog, a ne a nga ke a fane a mana a vù esuega, a kege do momininga, nyena wa ke buk nkog ô mana a fuy egong te ô ntuanè è suaga di ô mana a kahan ô ke nye a ve, wa ye yene è djam a ye wa bo.

Ede momininga a nga ke buk nkog a mana a bo a ne ngegang ô nga leb nye, a kele a djaha, a ke kebe mông nkog.

Nye ne mông a nga mana a djî. A ntoho faga ve ne nnêm wa ke, wa ke nyi faga ve è be ngaha esaha te. A lù ede mong a nga ke kut ngaha esaha ô teheteg a so a nga zu wue mbeiny faga ve mong a nyihi nye ô teheteg, a djihî mbeiny be ke djobo ô si, be nga yeman a ne fam ya mina, eyong kiri nga zu lene a kue mong a keyan è djina deny, ba ngaha esaha te, ba bo be boho e bône te, e mos, y uî. Nye ne be nga bera a ke djobo, nde esaha nyaga a seheya bo. Ede a nga tera a ke a djina mông nyiaha, a lige è djina momininga a toho na è nye a mbe melu. Nya mong esaha a bera a so wueny a zang a lu, a zu a bêbe meveng, a kue ndomadjeny è mbere ngaha a job, a siême nye a dugan ne a ke djobo è djina be ekoma mina djeny.

Kikirin, a ne a nga lue ndomadjeny, ba nyi, bêbeiny nye na: A mône ô vus y a ma, ô ne yem abo ya na biawa bia yen mina, nge nya a kuiya na tuegeya bem ô ke è vôm ô ke.

Ede mong, a nga mana a tue è bem bisesege beny a keny, a ke, a ke, ane a nga ke kuiny djaha esîng, a yene mbembaga momininga è te, adjîng nye a ne ba nye be nga beiny mbura mône fam, a yoho nye esaha, be ntoho a lug weny.

Mông nye ne a woran na gaha e saha a vas yang, ede mône te a nga djo na: Ma zu ma bo ntobo ya va?, Ma djibi a dugan ô vus a djaha be

tyira, a ne mông a nga lue ngaha nye na: A gaha wôm, ma djo na bi ke ô vog, kele a mana a kôm bem, bi ke a muna: Me simaneyang tyira, ya nanaha. Ede mong a nga ke a yagan na bôt, a nyong mône, ya ngaha, ya è bem beny a kele a vodjeny, nye ne a nga kuiny esaha a zu wuban ne nye, nye na: A mône djuì ma a muna ma makù, ô djí bo djam, mina te è nye a nga dugu wa, ma lige ma yem do ô vus a mône wôm è ngogo djuì ma, wa mbe e tom esing.

Ede è ne na: Nge djam esing da lot ô djaha, wa yiane do a tera a fas ya a yem do, se a siga a kege bedjoho.

A nga bo: Bôt be ntoho ô djaha, è bele a fane mbôt kaga de ake. A ne bôt ye djaha te a nga tobo ba ngaha kaga mône mbôgo mbôgo. Ede mbôt te a nga ke a seny ngaha, ngaha a mana a let, a nyong a bum, tanga mebu melaha a toho a bum, ede a nga beny mone fam, mône te a mana a vêm, a ntoho burambôt, è nye a mbe kaga a koho djam esing wong.

E mos yui ede mône a nga sili esaha na: A mudje bot be ne kaga a ke afane diny? A ne esaha a nga yalan ne nye na: Bêvama è be beng a kili ma na: A fane te ène è ki a ke, ede ma makili wo do.

Kiri te, ede mông a nga ke a fane è mbe e ki, a kele a bekueny na a ke alam melam, nye ne a nga ke, a kui a fane, a ke a lam, a nto na eyong a ke a lam olam yui, è yui ô vogo ô bì nye ô nvus, a ke a wuiny a buiny betyid, a dugaan ne a djaha.

Ede mông a nga suane a djaha ya nkuna betyid, a mana a ke a vehe è bôt ô djaha. Mos ô fe, ede mông a nga bera a ke afane te, a ke a dege melam, a kele a wuiny betyid, ede a nga ke ô sù, a bera a ke a lam melam mê fe, a nga ya fe a bêbe ô sù a nany a tem nlian ô ntoho, nkum ô tele a nlian ne te. Ede mong a nga ke kuiny nkumasi, a kuru nkum, a bea: Kro, kro, mbôt a kui a tohoa nlò, ya benam, ya mobo, kaga nkug, faga ve meya, meya, ede a nga sili mông na: Wa so ve?, Ede mong a nga bere nye a sili na: Wo wa so ve?; Ede bôt te, a nga lue mông na a beran ne nye, a same mông a nga same a nam, a wa nye me kud è te, mong a bera a so a zu tebe bôt te ô sù, bôt te nye na ô ne faga ngù, ô ne fe fam, a muna me wola bo na. Nge me beran ne a mbot, a wua ma wua nye, ó yob, faga ve enam a tehe nyi, ede madjo wo na: Ô zu wa djeng betyid maye wo ba ve, ede bôt te a nga long ôlong betyid be mana a so, a sili mong na: Zaha betyid wa kuma a dji?, Mong a ke a lere ô nù, nye ne a lere tyid ô nù, e pueny mbim, a mana a kege mong a buiny betyid. Ede a nga djo mông na ô taga a bera a so.

Mông a zu kuiny a djaha, a bera a ke a kap betyid ô djaha.

Mos ô fe, ede mong a nga bera a ke a fane te, nye na ma bera a ke wuiny betyid. A kui mông a nga kuiny, a nga bea nkum è te kro, kro, kro, ô mbôt mbôt ô kui, a sili mong na: Ô bera a zu bo dje, nge ma djo wo na ô taga bera so?, Ede a nga bera a mana nyong betyid, a mana a

vehe mông, a djo nye na: Gereya e da nyi, ô taga bera a zu, nge ki a ke kat mbôt esing è djam ô yen, ye wa wok?, Mông nye na: Ma wok mong a so a djaha, a mana a kap betyid, e mos yui, mông be esaha be ntoho a baha ô mos, mông nye na: Ma kumu wa a djo djam esaha nye na: Zaha djam?, Mông nye na: Ma kumu wa a djo na, nye ne ma ke a fane è te ede ma ke kuiny vôm, ô toho nlian, nkum ô tele è te, ede ô yome mbôt ô nga kuiny è te, a toho na: Ô yob mbôt, ô si mbôt, ô yob mbot, esesang è te, faga ve nya, nya, mông a wueny. Ede bôt be nga mana a so, be sili esaha na: Mône a wu wo djé?, Mobôt te nye na: Ma wok ne mône a ke ma a fane e ne è ki, ede a nga ke kuiny è vôm ô mbe nlian, nkum ô tele è te, ede ô mbo mbôt ô nga kuiny è te ô mbe na; Ô si mbot, ô yob mbôt, esesang faga vehe nya nya, mong esaha a wueny.

Ebôt bese be nga ke ba kat fueny nye faga a ne be tubeya nyanya, bese faga vehe a mana a wù, djaha da lige belikgabelik, mbôt mboho a mboho a nga lige, a yene a nga yene do. Ede a nga ke kare begoman, eyong akuiya e begoman, ede a nga djo nye na: A goman, bôt be mana ya a wù ô vog. Goman nye na: Ba wù djé?

A ne a nga yalan na: Mông a ke a lam melam a fan è te, a fane te daga è toho e ki, nye ne a ke kuiny, ede a nga ke kuiny vôm ô toho nlian, a dege vôm te è nye nkum ô mbe tele è te, a nama a nge nama wa ô mbombôt ô kui, ô mbe na ô yob mbot, ô si mbot, esesang djam me te ede fe mese djo a goman, mê sa wù, goman nye na: Kobeya, mamen me bele mêngaha ya bezima, mêvolo mesege, ane mbot a nga djo na: Esesang faga vehe nyanya, bôt a wù.

Goman a yaha, nye na luen bezima bezu ya mêngaha, a so bezima be nga mana a so, be dang mêtua be ke a su djaha te ba begoman, be yala a fane è mbe eki, ba ke, ba ke, ba ke, ede be nga kuiny è vôm ô mbe nlian, a bêbe nkum ô ntele. Goman nye na: È mone bezima a ne elang, a kele a kut nkum wui, ede mone bezima a nge ke kuru nkum a so mbi è vom goman a mbe ba be è babovogo.

Be nga bea a nkum è te kro, kro, kro, ô mbombôt ô kui, e de goman a nga vehe nye mbolo, a sam a nga sam nye e nam a beran ne nye, a kele mekud è te, a bera a zu tebe, ede a nga djo goman na: O ne faga ngù a mu na me wola a bo na nge meberan ne a mbôt, nye ne a ke mekuru è te, a bugi. Ede goman a nga djo nye na: Wa me zu a fagan ne na: Ô mana ya ma wuiny bôt, ma kuma a yem a mu dje?, Ede a nga yalan ne nye na: Se ma ma wuiny wo bôt, è mông a nga so va, è nye a mana wa awuiny bôt, a muna: Me nga djo nye na a taga a ke kat bôt è mam a yen na a fane è te ô ne, a ne nyaga a nga bo mêloho. Ede ô mbo mbôt ô nga bera a dugan a nkum è te, a so ya esuega, a tuga do, a kege do goman nye na: Nye ne wa ke ya esuega di, ô ke wa tone do, mèsong è bôt be nga ke ba wù, bese ba ye mana a wômo.

Eyong te, ede goman a nga zu, ba be bezima beny, a zu kuinny a djaha, goman a tara a ke tone è song mông, mong a wômo a djo na: Me vehe ya a wù a dje, me dema a wù, me ntoya fe ening. Ede goman a nga kege mong esuega a djo ne na, a ke a tone do mèsong è bôt bese bevogo.

Djam te ede è ne na: Nge o kue djam è toho eki, wa ô tage de azu vaha, a muna wa yem ki a mudje be nga kili do.

A nga bo na: Mông a ntoho, mông a ntoho, nye kaga a kuma a yem djam bininga.

E mos yui, ede mông a nga ke a fan ne te, na a ke a bêbe melam, a ne mông a nga yuiny mbura ôkpwông, a zu è sen a djaha, nye ne a nga kuiny bebeiny a djaha. Ede a nga zu kuiny ô mbe bebeiny a djaha, akoan na momininga va, ede a nga djo nye na a ve nye ôkpwông. Nye na madjing fewa, na kumu na, nge ô ne ma a zu yen è nda djam a lûô ne kue nda edjí, ô tyini mbeny, ma ye lig ô yege, ye wa wok? Mông nye na: ma wok, ma ye soho.

Alú ede mông a nga sue dulu, na a kenda be è bôn, nye ne a nga kut mbeny, nye kaga a wok mbôt a yebe, a tyini mbeny a ne be nga yagan a nyii a nda ete a fere mbeny. A nga yen bedjí be buri a tebele a yob, a ke tobo a nga djí, nye ne mông a nga mana a djí, a ke nyii edjina, a bêbe a nga bêbe enong a ntaha momininga a mboho biyeny ete, a ne mông a nga mana a suera bem ô nyù, a djobo ô si. Ede a nga djo momininga na: Yira a vus, yira a vus, momininga kaga a fuane, nde akue na momininga a bem ya a wú ô kuà.

Mông a nga bea nseng, medjaha a nga tebe ntum; Beayan, beayan: A ne yem ma bo ya na: Momininga ayam a nga mana yam, a ke djobo ô si, a mu djehe me ne yem a lik mbim ô boho a nda è tam, è tam ya? A wok mông a nga wok do, a tobo e nong, a sigan, nye na djiang mbimang!, Ede mông a nga yoho ô yunu a zu ku a tane, a sigan è nyabord a mbe tele nseng a nga sigan, a nyage àbi, a zu mông a nga zu a kele mbi, nyaboro nya a kele fe mbi.

Kikirin, ede bôt be nga kue a bi è boho nseng è te, ede ba sili na: Zaha a nga nyage a bi, ye è mông a nga zu ô yunu, ye è nyaboro a nga kobo a tele a kseng? È be ma mateme na: È nyaboro a mbe a nseng, a mu na nye ne a nga sigan eyong mông a nga yoho, è nye a yiane a nyage a bi eyong te.

A nga bo na: Alug ntoho, ngaha ba nnôm, be ntoyan meyôm me bôt, be mbe be bele mône mbogo, mône fam ede mông esaha a nga ma nye a kôm a kông a kege è mône weiny a djo nye na: A mône a kong di, da vus djôm esing, è dadi ve emos da ye wa a djimi waga wo weny fe.

Melu a aka melu a gôm, esaha a wen nyia nyaga a bere fa wù. Mông a lige etâm me etâm. Ede mông a nga nyong mbuera a ke mana a li tyihi a fane è te, a so a djaha.

A ke a nga bera ke kiri te, a ke kuiny faga ve afane, afane.

Mong a bera a mana ali, a dugan ne a djaha, akue faga ve afane, afane ede mông, a nga bera a ke mana ali, a kele è be medjim me sohosoho nye na: A medjim me sohosoho, ma mana a ke li tyihi, a fane è te, ede e ne na: Emos ô sege ma ke, makue faga ve afane, afane.

A ne medjim sohosoho, a nga nyong e suega a kege mông, nye na: Nye ne wa ke. Ô ke sobo e vôm ô va li. Ede mông a nga ke ya a bara bedji djeny, ya a kông esaha a nga lige nye do.

A ke a nga ke sobo, a bêbe mbura ebighan a so, a kobo nye na: A afane di, nge se ki mamen me na wa, ma yi na evôm sege wui ô mana a vangan ne afane afane, afane è bera a mana a bo ane è mbe, mông nye na: Ma a djohan ne wa, a nyong a kông nye na: Akông djam di, nge se ki tyira è nye a nga kege me wa, a wua a kong è be bura ebighan, è lum nye a kele a tate ne me weloho, me weloho, a kele mông a kông, mông nye na: Me se ke a djaha kaga a kông djam, a ke a behe meki, ake a behe meki, a ke kuiny vôm ô bele nda djaha, nnôm mininga e wo ô mbe a nda. Nye ne anga ke duhube a mbeiny. Nye na a mône nyihi, ô tuyôme nyovam, e wo ô ne, ô ne.

Ede mông, a nga nyihi, a beran ne nye, ede a nga sili mông na wa ke ve?, Mong nyena: Ma wok na a kông tyira è nye a lige ma do, nye na: Nge edjimi, me weny, nye me lume do bura ebighan va, a kele a do.

Ô tuyôme mina na: A mông ye ô bele e djom ba tyihi?, Va, ô ve ma.

Mông nye na: Nyong, mong a mana nye a ve a buiny bedji.

A nyeny medjim, mông nye na: Ma keyang, ede ô tuyô me mininga ô nga djo mông na: Ô dang anyeb mavolo wa, a kele a nyong esuega a djo mông na: Ma vengan ne wa esaha mônenyang a dema a wù, ede a nga tone mông esuega, mong a vean, a ke, a ke, a ke, a bê be a yene djaha.

A djíhi ebi ô sen ne nkleny: Me zu nyong è djom da wuiny e mône è mone nana. Ndege te a mena taman, me zu nyong e djom da wuiny e mône è mône nana, bôt be na kege ne nye. esaha è mône è mônén yi angè nya le.

Ede be nga kege mông a kông, nye ne a nga zu kuiny, è be nnôm mininga, ô dugan nye a ne a mbe, mong a kenya a kông a ke, a nga ke a wuiny betyid ya a kong djeny, ya ali medjihi.

Ede é ne na: Nge be lige wa djom wa yiane ne da a kala mbeng.

A nga bo na: A ne a fane è nga tobo ele daga è vèm fe è te, nye ô mbombôt ô mbe ô toho è te, a mbe bele shia, tebele ya toge. Ede a nga koro nye na: Ma ke ma djeng mininga ma luge, môngote a mbe eyola. Na Obama Mbo, ane a nga tehe suesueny a ke, a ke, a ke kuiny ô djaha, be lue nye ô Obama Mbo, ô Obama Mbo ye wa wulu suesueny zaga a nyong torasis, Obama Mbo a ke nyong torasis a boro, a ke, a ke a bera a ke suane ô djaha, ba lue nye, ô Obama Mbo ô Obama Mbo, ye wa wulu nsoho nkuge, zaga nyong ewoman ô buate, Ôbama Mbo a ke nyong ewoman a boro. A ke, a ke a bera a ke suane ô djaha, a bea: Ô Obama Mbo, a Obama Mbo ye wa wulu ô si, zaga a nyong pating, Obama Mbo a ke nyong patin, a ke, a ke, a ke bera suane ô zaha, a bea ô Obama Mbo, ô Obama Mbo. Ye wa ke ô patin zaga a nyong methua, Obama Mbo a ke nyong methua, a ke, a ke, a bera a suane è djaha a vôgo. A bea, ô Obama Mbo, ô Obama Mbo, nye ne methua è nye wa wulu ya nyi, zaga a nyong ô none-bikieny, Obama Mbo a ke nyong ô none-bikieny, a ke, a ke a ke kuiny è djaha be kèza. E de Obama Mbo a ke yen è gône kèza, e djiny nye, a ne kèza a nga mana koane bôt bese, a djo be na mê lue mina na gône djam è djing ya mbôt, a ke ya aluge. Ede kèza a nga mana a yagan na gône djeny, ba nnôme gône weny.

A ne Obama Mbo a nga nyong ngaha ba nye be ke dang ô nône-bikieny, be tehe a ye lot, ba tele bo. Ede be nga tebe mbôt a so, nye na ô Obama Mbo ye ô ye lot a ma ô nône bikieny wôme. Ede Obama Mbo a nyong ô nône bikieny weny, Obama Mbo a ke nyong methua be dang ba ngaha, ba ke, ba ke a bera a ke kuiny è djaha vôgo, ba sele bo, ô Obama Mbo kege ye ma methua wôme, ane ô Obama Mbo, a nga kege nye methua a nyong è tohoto weny, a ke, a ke, a ke, a bera a ke kuiny ô djaha, a bea: Ô Obama Mbo, ô Obama Mbo, ye ô ye lot a ma è tohoto wôm, Obamama Mbo a kege nye è tohoto weny faga ve do, ve do, a ne Obama Mbo a nga lige suesueny, ba ke, ba ke, ba ke, a ke kuiny ô le lem me fane è te be suane è le a si, Obama Mbo nye na: Nye bia wuege va, be bere ele, a ke kuiny esesang nkuge ele, be nyihi a veng be ntoho, be ntoho, be ntoho, memos va lot, memos va a lot, e mos yui. Ede bura ô mône a nga zu berebe ntem ele, a kobo na: Ve mbeambea, ve mbeambea. Ede momininga a nga lue nye, a bura ô

nône, a bura ô nône è djam wa djo di da yili ya? Ô nône te nye nyina: Da yili na: È nye Obama Mbo a biale va, è nye fe a toho va eyong è sege.

Kikirin e de momininga a nga tyamane ya Obama Mbo, a ne a nga dugan e djaha be esaha, a mana nye a kate fueny, a ne esaha a nga djo nye na: Mefang me bot me nga zuzu wa yen, wa kaga be a kumu a luge, è bôt wamen ô nga djíng è nyale.

A nga bo: A ne mbôt a nga tobo, ba mônê faga ve ne ba lam melam, a ne esaha a nga leb nye, melu a ka, melu a ngôm esaha a weny. Mông lige e tam, kaga djaha fe bebeiny. Ede mông a nga ke a fane a mana a lige mekot me tyid a nda è te, eyong a soyan, a kue faga ve, nyaman bedji. Ya nkomane nda, mông faga va kue do, è mos ô sege a ke afane. Ede mông a nga ke è be ngegang, ô tuyôme mininga, mông nye na ma kumu a yeme na: Ma me ne da etame, ya fe djaha etam, ve eyong e sege ma ke afane, me lige nda e fere ma, nye ne ma so, a kue faga ve nyaman bedji ya nkomane nda. Ede ma kumu a yeme be zaha be zaha be wulu ma suane a nda ô vùs?

Ngegan nye na: Mayem na wa ye so, nge gan ô kele afane è te, a nyong be log a nyia be esuega è te, a kege mông, nye na: Nye ne wa ke esuega di, ô vele do mendjim, ô mana a ke wa tone do benong. A si, ya me beng me nda, edjome wa ye kue, daga ô tone fe esuega.

Mông a kele è nda djeny, a mana a ke a tone esuega, a ne ngegan ô nga lebe nye, a kele a fane è te, a so a nga so, akue mbemba be momininga a ntoho enong.

Mông a tone nye esuega, ede a nga djo mông na: Nteny bia wa be ye tobo, ô taga a vegele a tube nge a tahà è bone bia wa be ne bele, è djam da larane ne ôkpwông.

A ne mông be ngaha, be nga tobo, be mana a fuiny a buiny nuong.

E mos yuè, a ne mông a nga yite ngaha, a ntaha nye, a taha e mbe e ki. Ede ngaha a nga ma na lue bône, nye na: A nowôm ô dji kumu a djala a ne me nge djo wa, lige a ne a nga mana a ke ya bône bese mbihi a zananyini. Mông a bera a lige a ne mbe kaga djôme.

Ede da djinan na: Nge be kili wa eki, wa yiane ne da a djala.

A nga bo na: Mbôt a ntoho a bele bône be laha, be toho beyola na: Mba, Ndong ya Otè: Mba nye a mbe ntoho. Ndong nye a mbe eberan ne ntoho. Otè nye a mbe mesugu a moan.

Ede nga bo na: A lú, eyong be bamia a ke djobo osi, ede esaha a nge zu nye a tebe nloho a djo Nyena: Kelan ô kiri a edum a si, me ke degue mefona me melaha, wen è nye cada mbôt ye è be mina a ye tuege a fona djeny, ve mefona me te mia ye ma a ke kú a betyin a bianan be te, mbôt a taga kú a fona djeny a seny, a ne kiri è nga lene, Mba a ke nyong a fona djeny nye na a nga mana a kat è bobenyany be vogo. Ede Mba a nga ke begue a fona djeny, a nga zu, a nga zu, nye ne a nga kuiny a sen. Ede a nga djo na, mawu a djit a djè, e de anga tobo nkog a yob a kuhu a fona, momininga a kui, è nyi mbogo a bera a kuiny, be motua be nga kuiny, bône be nga kuiny, ya a akum mevolo mese. Ede Mba a nga djo na: Me te ma yana Ndong ô vus, nye ne Ndong a nga soho. Ede Mba anga djo nye na: A modjang wa wu wtyug a sêse, mekuag è mê ô begue a fona e te, a ne Ndong a nga kú a fona djeny, mina a kuí, mina a bera kuiny, bône be nga kuiny, be mêtua be nga kuiny, a kum mêvolo mèse è nga kuiny.

Ede Ndong a nga yaha, ede Mba a nga djo nye na nyaneya Oté a zu ô vus. Nye ne Oté a nga suan, ede Mba, y a Ndong be nga djo nye na: A Oté, wa wu ntyug a sêse, sêse bem ede è ne wa a fona è te. Ede Oté a nga yalan ne bo na: Ma ye kú a fona dam, a ke kuiny a ne ma ye kuiny è nda djam.

A ne Otè, a nga lot, a kele a djaha, nye ne a nga kuiny a djaha. Ede a nga ke suan a djaha, a nyihi e djina djan e te, a mê na a fet me beny. Ede a nga kú a fona, binininga be nga kuiny, bône be nga kuiny, be metua be wga kuiny, y a akum mê volo mèse.

A ne Otè a nga kuiny nkukum, bobenyang be nga senny a nyihi, a ngunu a abuiny bône, y a be metua, a yen a nga yen do. Ede a nga wok a behe, a nga kab bobé nyang bininga y a bône.

Ede da tyinan ne na mbôt a sêse a yiana a djala è man ba tyoho wye mê toho y a sosoho. A mu wa, nge ontoha élé nfuangura nfag, yem mbeng a mbeng na: Mbôt nfe a ne da fuí ngura tam, nfaga nfe.

A nga bo na: Nnôm mbôt ô mbe toho ba be bône belaha y a ngaha. ntò ô mbe eyola na: Otehe, eberane ntò è mbe eyola na: Eri Bobè. mesugu nye a mbe eyola na: Ondo.

Emos yui, e de esaha a nga yagane ne ya bo, a weny. be lige ba be nyiaha, è nye a mbe gône ye mendjim ôsi, kôme è sege nyiaha faga ve a kiane bo mâme me ye medjim ô si weny. A ne nyia te a nga wù.

Bôngo be lige e tam, e mos yui, ede Otehe a nga djo bobenyang na: Nkean benyangdomo ba osuisui, ede be nga ke kù ô suiny be lue ye wo na esimbo. Nye ne be nga ke kuiny, ede be nga kue è ndôme nyiaha e toho e dada nhôme, a ne Otehe a nga djo nye na: Be lige yang è tame è tame. Kaga pêpa, kaga nana, ede be zu wa a fagane ne na: Nge o ne bia volo. Ane a nga nyong mbang zok, a kege Otehe, nye na: Nye ne me ye kuiny ô si, kara mbôt a ye djaga e yong djahà, a bime akùm.

È sege a ye yi, ke mia wok, bôngo be ne y aha.

Ede be nga zu ba a djoge, be zu kuiny, Otehe nye na: Ma ma tera a ke sume. Nyena a mbang zok yui, be so wa è be nguè ma kumu faga va, evôme ô ne afane va wui ô nto faga ve mê nda y a be motua ya bininga, a bimi mbang zok, ô si, faga ve è name mesege a nga djage. Eri bobè, ya Ondo be mana a ke ba bo, a volo a ne ber nga yagane na bo.

E mos yui, Otehe nye na a ke a yene è maha bobenyang, a kui a nga kuiny è be Eri Bobè, a sième, ede a nga sili nye na: Zaha a bele mbang zok?, A ne a nga djo ne na: Ondo, ede Otehe a nga ke è djaha be Ondo, a ke kuiny a bera a sième, nye na nde ma bele djaha.

Ede a nga djo Ondo na a zu nyong mbang zok, Ondo a kege nye.

A kehe a nga ke wa, akuiny è djaha deny nye na: Ma kumu faga va, ve mēnda ma dang è ma bobedjang a bimi mbang zok ô si, è dja ha deny faga ve gôme afane, a yene a nga yene do. A ke dugu Eri Bobè, nyaga a sugane ne fe ane è nye. Nye ne ba nye be nga kuma a ke dugu Ondo, Ondo kaga yebe, a ne bebeny be te, bengà ve na a ke a seny y a Ondo. A mu na è nye a nga bo a kene.

A nga bo na: A ne kèza a nga tobo, kèza te, è nye a mbe bele djôme esing, e mbe toho nye a mange è te, djôme te da djidji kara mbu hu mbôt, kara mbuhu mbôt, e mos yui, môngo ye djaha fe, nyaga a mbe bele biang è gaha, e toho na: A wua daha faga ve sambuaha.

Ede môngo te a nga sùme dulu, na a ke a djeng è momininga a ne lùke, a ke, a ke, a ke, a bele è gaha djeny ô mo, a ye bera a wulu, e de a nga tobane na nkuna be ngihi, a vele a kong a ngaha è te, akône ne a nga ye a kône. Ede esaha bengihi a nga djo nye na: Ô taga a fange a wuaha, bia yeme na ô ne na, a wuaha daha faga ve sam buaha, ede bia djo na, bia ve wa ngihi djaha, a ne môngo a nga yebe a nyonge ngihi djaha, ba do ba ke, ba ke, ba ke, a bê be a nga bê be ô sù, a tème nkuna be nbwe-mbwem wa zu, môngo a ye sâme ngaha, esaha be mbwe-mbwem nyi na: A môngo mayème na ô ne na a wuaha daha faga ve sambuaha. Ede bia djo na ô taga a fange a wuaha, be ve wa mbwe-mbwem djaha, a ne be nga kege nye mbwe-mbwem djaha, môngo a suehe dulu ba ngihi, ya mbwe-mbwem, ba ke, ba ke, ba ke, a bêbe môngo a nga bêbe ô sù, faga ve nkuna be zok, ede môngo a nga sâme è gaha djeny, esaha be zok nyi na: A môngo bia yème na ô ne na: A wuaha djaha faga ve sambuaha, ve ma ve wa zok djaha. Ede môngo a nga nyonge zok, a tehe ba be nsama betyide weny, ba ke, ba ke, ba ke, a bêbe faga ve mbôt, ede mbôt a nga djo môngo na: A mône ba wuwulu kaga nvù nefane è te, mône nvù e nya nyihi, nwuane e wo fe yui, e vôme sege wa ke wa ke, nge ô yene ô tebeya ô djibi, ô nyonge nwuane o wage mône nvù, wamene ô yene è djame ô yene, a ne môngo a nga ve nye akiba, a djini dulu ba be betyid beny, ya nvù djeny, ba ke, ba ke, ba ke, a ke kuiny è djaha be kèza. Ede môngo a nga ke yene e mône kèza a djo nye na: Ma kuma a yene è suha. Ede mône kèza a nga ke nye a lue. A so kèza a nga so, môngo a berane ne nye, kèza nye na a môngo ô so ya?, Môngo nye na: Me luge è gône djue, ede kèza a nga lue gône djeny, môngo a berane na momininga, a djo nye na: Wa me zu fagane, na: Me zu wa a luge. Kèza nye na: Ba ke wa lere e vôme wa ke a wuiny ebibiny, a mu na nge ô wui ebibiny te, ô yème na ô luge yang, nge ô bo do kaga woiny, ô sube gône djam. Môngo a mana a lôme betyid ô sù, ba be nvù, be ke lere môngo, be na e nye wa ye ke a

kog da yene a mang è te di, e nye e bi biny e toho ô si wueny, bôt be te be dugane a djaha.

Môngo a mana a lue betyid beny a fane è te, be so, nye bia ke ne a mang ète, bia be mina, na be ke na a lumane ne ya ebibiny, a ne zok e nga djo môngo na: Zaga a dang e vus djam, ma ma ke ma djoge y a wa. Ede be nga tehe zok ô sù, betyid bevogo ô vus, a ke kuiny môngo a kele osuisui ba ebibiny ba zu ba yirane, a zu kuiny a kog a job, zok, y a mbwe-mbwem, ya ngihi, y a mône nvù, be bihi ebibiny, ba ke ba duru do, a ne be nga ke da wuiny nsage mang, môngo a kige do beny, y a meloho a nyia nfège, a ke kue na a mana y a a tege, ba be betyid beny ede be nga djobo a nsage mang, be mana a ke ô yo. Ede beyobe kuas be nga suane bo ayob be kibe ebibiny mevême, eyong te be kele nda be kèza, be na be wui ya ebibiany, a vehe nvù e nga vehe da suge zok, ya mbwe-mbwem, ya ngihi, be mana a vehe be tahane môngo a bo mbi-me. Ede ngihi a nga djo be na bewômo môngo, a wôme be nga wômo nye, môngo a bêbe kaga fa momininga. Ede a nga kuiny e be kèza a djo nye na: Ma mê wuiny ebibiny, ede kèza a nga lue e bôte bevogo, a sili be na: Ya mina, ye e môngo nyi, zaha a wuiny ebibiny?, Bôt be te be na bia, môngo nyi na: Ma, a me kèza a nga djo be na, kara bôt a lere ya ma be kila ebibiny. Ede bôt be te be nga lere beny be ebibiny.

A ne môngo nyaga a nga lere bo moho, ya meloho me ebibiny. Ede bôt besege be nga djo na: Môngo e nye a wuiny e bibiny.

Ede kèza a nga luge e gône kèza, a kele do e djaha deny.

ÍNDICE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	<i>Pág.</i>	7
--------------------	-------------	---

PRIMERA PARTE

EL CICLO DE LOS CUENTOS DE BEME

1. El egoísmo de Beme	23
2. El mal carácter de Obula	25
3. El egoísmo de Beme	27
4. Beme, el comilón	29
5. El egoísmo de Beme	30
6. Beme y el hombre cornudo	32
7. Beme, Obula y el enano del bosque	34
8. Beme y el león	36

SEGUNDA PARTE

EL CICLO DE LOS CUENTOS DE ANIMALES

II.a. Características de un animal:

9. La historia del perro	41
10. Por qué la tortuga tiene caparazón	43
11. Por qué el perro tiene el morro alargado	44
12. Por qué el gorila y el chimpancé tienen el cuerpo peludo	45
13. Por qué el loro puede hablar	46
14. Por qué la serpiente no tiene patas	47

II.b. Oposición entre dos animales:

15. El perro y el gato	49
16. El gallo y la mosca	51
17. El hijo del antílope y el hijo del leopardo	52
18. Una historia de pájaros	53
19. El gorila, el cangrejo y el chimpancé	54
20. Las mujeres del antílope	56

II.c. La tortuga y el leopardo:

21.	57
22.	58
23.	59
24.	61
25.	63
26.	64
27.	65
28.	67
29.	68
30.	70
31. La tortuga y el león	72
32. El león, la tortuga y el cocodrilo	74
33.	77
34.	79
35.	81
36.	82
37. El león, la tortuga y el cocodrilo	84
38.	85
39.	87
40.	88
41. La tortuga y el león	90

II.d. Otros cuentos de la tortuga:

42. La tortuga y el relámpago	93
43. La tortuga y el cocodrilo	95
44. Las trampas de la tortuga	96
45. La mujer y los animales del bosque	97
46. Mongonam y los animales	99
47. La historia de Sakina	100
48. El más fuerte de los animales	101
49. El más fuerte de todos los animales	102
50. La tortuga herrera	103
51. La tortuga y los demás animales	105

II.e. Otros cuentos de animales:

52. Un loro codicioso	107
-----------------------	-----

TERCERA PARTE

CICLOS MENORES

III.a. El pequeño ciclo de Mengiri-Mengiri:

53. Los fantasmas del bosque	111
54. Mengiri-Mengiri, el pequeño brujo	113

55. El brujo Mengiri-Mengiri y los fantasmas del bosque	114
56. Un chico huérfano	116

II.b. El pequeño ciclo de la suegra bruja:

57. La suegra que era bruja	119
58. El elefante, el mono y la bruja	120

CUARTA PARTE

CUENTOS NO ADSCRITOS A NINGÚN CICLO

IV.a. Un tema recurrente: La brujería:

59. Los brujos y el curandero	125
60. El matrimonio de Roge	127
61. La bruja que comía cadáveres	130
62. Los poderes de Susa	132
63. Mba y la mujer de carácter	134
64. Una mujer que mandaba demasiado	136
65. La mala mujer joven	138
66. El sobrino de la bruja	139
67. Los tres hermanos	141
68. La parte secreta del bosque	143

IV.b. Otro tema recurrente: Los fantasmas:

69. El chico que no quería a las mujeres	147
70. El chico que no podía bañarse	149
71. Las dos mujeres fantasmas	151
72. El fantasma de los dos ojos	153
73. El fantasma y el hombre que tenía diez mujeres	155
74. La bella Mangi	157
75. El secreto del rey	158
76. Los tres amigos y el fantasma	160
77. La lanza mágica	161

IV.c. Otros cuentos no adscritos:

78. El descubrimiento de las mujeres	163
79. El hombre que vivía en un árbol	164
80. El cazador solitario y la mujer antilope	166
81. Una chica muy fea	168
82. La bola mágica	169
83. La chica de pelo largo	171
84. Salvado de la muerte	172
85. El pájaro que hablaba	173

86. Mba y el pájaro de oro	175
87. El bolígrafo que escribía solo	176
88. La bola mágica	177
89. La bola mágica	178
90. El fumador y el cazador	180
91. El hombrecillo del bosque	182
92. El viaje a la casa del rey	184
93. El valor de una piel de caballo	186
94. Un hermano despreciado	188
95. Un huérfano con suerte	191
96. Los tres huérfanos y el nido de palomas	193
97. Tres muchachos en busca de esposa	194
98. La envidia de los hermanos	196
99. Los tres hijos del rey	197
100. La herencia de los tres hermanos	199
101. Los tres deseos	201
102. La mujer adúltera	203
103. Dos chicos y una chica	204
104. Nzimi y Milang	205
105. El monstruo del río	206
106. Ubeti	208

APÉNDICE

MILANG (versiones en lengua fang)

3.	213
9.	215
16.	216
23.	217
24.	220
25.	222
26.	224
32.	225
37.	227
41.	228
42.	230
44.	232
46.	234
50.	235
60.	237
61.	239
65.	242
68.	244
69.	247

77.	248
79.	250
80.	252
100.	253
101.	254
105.	255



A lo largo de los últimos años, y con la ayuda del *Centro Cultural Hispano-Guineano*, **Jacint Creus** y **M.ª Antònia Brunat** han llevado a cabo una intensa labor de recopilación de la literatura oral ecuatoguineana. El resultado de su trabajo ha sido la creación de una estructura de investigación en esta materia, con un amplio abanico de colaboradores e informadores en todo el territorio.

Cuentos de los Fang de Guinea Ecuatorial recoge

una muestra muy significativa de este género popular: parte de un análisis global del material, para presentarlo posteriormente agrupado por ciclos: Entre ellos, destaca el de los cuentos de animales —especialmente las fábulas de la tortuga y el leopardo— por su complejidad y grado de fijación. Otros ciclos menores, así como cuentos sin a dan fe de la diversidad de fang.